



# LO QUE NO ERA RUIDO JAVIER GALLARDO

# Índice

**Portada**

**Portadilla**

**Dedicatoria**

- 1. El amor también se mide en silencios concedidos**
- 2. Un tren hacia el lugar del que huyó**
- 3. Un encuentro con el pasado**
- 4. Un hospital con demasiadas ventanas**
- 5. A pesar de todo, sigo aquí**
- 6. Pequeñas treguas de paz (o de guerra)**
- 7. Lo que queda cuando el ruido se apaga**
- 8. El día que amaneció distinto**
- 9. Lo que se mueve en silencio**
- 10. Lo que permanece**
- 11. Un boceto a lo que era y había olvidado**
- 12. A veces la ayuda es no insistir**

- 13. Hay límites que no deberían cruzarse**
- 14. El dolor de los demás también importa**
- 15. Un paseo por el puerto**
- 16. Una llamada llena de esperanza**
- 17. Mucho más que una libreta**
- 18. No olvides nunca de dónde vienes**
- 19. Enfrentarse al pasado**
- 20. Nunca culpes por amar**
- 21. Empezar de nuevo**
- 22. Nuevos límites y nuevas promesas**
- 23. La fuerza de una persona se mide por lo que defiende, no por lo que soporta**
- 24. No nací para ir tirando**
- 25. No fallarte de nuevo**
- 26. Abre las ventanas para que la luz entre**

**Epílogo**

**Agradecimientos**

**Créditos**

# LO QUE NO ERA RUIDO

JAVIER GALLARDO

 matchstories

*A mi abuelo Máximo, todo y siempre*

# 1

## **El amor también se mide en silencios concedidos**

*25 de septiembre*

Una mariposa azul golpeaba el cristal del escaparate, buscando una salida. Amalia la miró sin detenerse. No tenía fuerzas para pensar en metáforas. Ni siquiera en escaparates. Tenía las justas para caminar unos pasos por detrás de Sofía.

—¿Sabes que tienes cara de estar secuestrada? —le dijo su amiga sin girarse, como si hablara con el viento.

—No me apetecía salir, tengo mucho que estudiar. —Era una verdad a medias.

—Todavía te quedan cuatro meses para el examen de la oposición, Amalia.

—Bueno, pero no me apetecía salir —contestó al tiempo que hundía los hombros en un gesto de derrota.

—Lo noté cuando tuve que gritarte desde la calle para que bajaras. ¿Hacía cuánto que no abrías la ventana? ¿Un mes?

—Semanas. No soy tan dramática.

—Llevas el pelo recogido con un lápiz y juraría que es el mismo de hace tres días.

—Es cómodo.

—También lo son los pijamas, pero no por eso vas a casarte con uno —intentó bromear.

Amalia no respondió. Observó otro escaparate sin verlo realmente. Las luces del interior iluminaban apenas unos maniquíes que parecían flotar, irreales, pero su mirada no se posaba en ellos. En su lugar, un reflejo grisáceo le devolvió la imagen de sí misma que no quería reconocer: el cuerpo tenso, los ojos marrones cansados, el gesto apagado de quien ha cargado demasiado tiempo el peso del dolor y las decisiones ajenas. Hasta su propio reflejo le pesaba, como si cada línea de su rostro contara la historia de los abandonos, de los miedos, de los silencios que había guardado.

—¿Quieres un café? —insistió Sofía—. Te juro que hoy pago yo. Incluso si pides uno de esos raros con leche de avena y nombres de filósofos.

—No quiero café.

—¿Una cerveza? Porque yo necesito dejar de pensar en cómo de mal me va con mi tesis doctoral... —Suspiró—. A este paso va a dejar de gustarme el arte contemporáneo.

—Cerveza tampoco.

Amalia escuchó el resoplido de Sofía, pero no entendía su frustración. Eran mejores amigas desde niñas, ya debería saber que había días que le costaba enfrentarse al mundo. Aunque, desde hace cinco años, lo difícil era recordar un día en que fuese fácil.

—¿Una copa de vino? ¿Un whisky? —preguntó con ironía. Alzó los ojos al cielo, molesta—. ¿Una infusión de calma espiritual?

—No tengo sed.

Sofía se detuvo en seco y se giró hacia ella con las manos en la cintura, la mirada cargada de una mezcla entre paciencia y hartazgo y unas ojeras bajo aquellos ojos grandes en las que su amiga no reparó.

—¿Y qué quieres, entonces? —bufó.

Amalia abrió la boca, pero no dijo nada. Porque no lo sabía.

—¿Seguir en ese cuarto para siempre? ¿Dejar que la vida pase y ya? —continuó Sofía, mientras negaba con la cabeza. Su pelo largo y rizado, de un suave tono castaño cobrizo, le caía sobre los hombros —. Porque si es eso, dímelo y me rindo de una vez.

—No quiero que te rindas —susurró bajando la vista y recordando todo lo que había hecho ya por ella.

—Pues ayúdame a ayudarte.

—Estoy aquí, ¿no?

—Estás físicamente —replicó dolida—. Emocionalmente... no lo sé. Eres como una sombra de ti misma desde hace años.

—Desde que murió mi madre.

—Y desde lo de Laura y Jorge... —Sofía se detuvo al ver que ella se estremecía—. Perdona. No ha sido justo sacar eso ahora.

Amalia bajó la cabeza. Había nombres que seguían pesando incluso cuando los pronunciaban en voz baja.

—A veces pienso que algo en mí se quedó congelado. Como si no hubiera vuelto del todo desde entonces.

—Pues en ese caso empieza por volver poco a poco —dijo mientras la abrazaba; sabía que le hacía falta—. Por Madrid, por mí. Por ti.

Pasaron frente a una pequeña librería y, en el escaparate, un volumen atrajo la atención de Amalia. Se quedó unos segundos mirando la mariposa de la cubierta, sin moverse.

—¿Ese era el libro que...? —preguntó Sofía.

Asintió. Lo recordaba perfectamente y algo en su pecho se encogió al pensar en ello. Hacía cinco años que no pensaba en él, cinco años sin ver aquella imagen de la portada, cinco años en los que había borrado aquellas historias infantiles de su cabeza.

—Es el que le regalé a mi madre cuando empezó a estar mal. Le leía un cuento cada tarde. Nunca lo terminamos. —Hizo una pausa, como si necesitara ordenar algo dentro antes de seguir—. Ella decía que los cuentos no eran solo para niños —añadió al fin—. Que en realidad estaban llenos de cosas que los adultos fingimos no necesitar. Que ahí se aprendía a perder sin volverse cínico, a esperar sin desesperarse, a querer aunque no hubiera promesas.

—¿Quieres que lo compremos?

Amalia se alejó con paso resuelto del escaparate.

—No. Si lo termino ahora, será sin ella.

—También puede ser por ella —susurró Sofía.

Caminaron en silencio unos metros hasta llegar a un semáforo. Estaba en verde para ellas y, a su lado, una pareja mayor se tomó de la mano y cruzó con paso lento hacia el parque de enfrente. Amalia los observó como si fueran un espejismo.

El móvil vibró en su bolsillo.

Lo sacó sin prisa, con ese gesto automático de quien espera siempre el mismo nombre.

Era un número desconocido.

Frunció el ceño y dejó que sonara un par de veces más antes de contestar.

—¿Sí?

Al otro lado hubo un silencio breve, irregular. Como si alguien estuviera decidiendo por dónde empezar.

—¿Amalia? —preguntó una voz al otro lado.

El cuerpo se le tensó al reconocerla, aunque habían pasado años. Parpadeó, confundida. No podía ser. No podía ser él.

—¿Jorge?

Sofía clavó la vista en ella de inmediato.

—Sí, soy yo. Perdona que te llame así, sin avisar.

Amalia abrió la boca sin entender lo que estaba ocurriendo y volvió a cerrarla, como si las palabras se le atascasen en la garganta. Sofía le dio un leve codazo para que reaccionase.

—¿Pasa algo? —se atrevió a preguntar.

El silencio volvió a instalarse, más largo esta vez.

Ella tuvo la sensación absurda de que, si colgaba en ese momento, nada ocurriría.

—Es Laura —dijo él al fin.

—¿Qué pasa con Laura?

—Ha tenido un accidente.

Las palabras llegaron limpias, sin dramatismo, y precisamente por eso dolieron más. Amalia cerró los ojos, sus piernas perdieron por un segundo la capacidad de sostenerla y notó cómo Sofía la agarraba al instante del brazo.

—¿Un accidente? ¿Cómo?

Se dejó guiar hasta sentarse en un banco que estaba cerca, y Sofía se sentó a su lado, sin atreverse a preguntar nada todavía.

—La han atropellado —continuó Jorge—. Un autobús. En Alicante.

Amalia miró al frente. El parque seguía igual: niños jugando, una pareja que parecía discutir en voz baja, un perro tirando de la correa. Todo en su sitio, ajeno a lo que estaba ocurriendo en la vida de Amalia.

—¿Está...? —No terminó la frase.

Cada bocanada de aire era una batalla.

—Está viva —respondió él enseguida—. Pero está grave.

—¿Dónde está ahora? —acertó a preguntar.

—En el hospital. La han operado hace un rato. Los médicos dicen que... que hay que esperar.

Amalia tragó saliva.

—¿Por qué me llamas tú?

—Porque en el hospital me han preguntado por el contacto de algún familiar directo... y pensé que querías saberlo. —Hizo una pausa—. Yo estaba con ella cuando pasó.

Eso último también tardó unos segundos en asimilarlo.

Amalia apretó el móvil con más fuerza.

—Ya... —murmuró, sin saber qué otra cosa decir.

Sofía le apoyó la mano en el antebrazo, suave pero firme.

—¿Puedes venir? —preguntó Jorge—. Los médicos dicen que es importante. Laura podría responder a estímulos... Preguntan por ti.

Amalia asintió, aunque él no podía verla.

—Sí —logró decir—. Claro que voy.

Colgó sin despedirse. Las manos le temblaban, no solo por la noticia, sino por lo que implicaba: imaginó que despertaba, que pronunciaba su nombre, que reclamaba algo que solo ella podía darle. Se quedó mirando la pantalla apagada del móvil, como si esperara que volviera a encenderse sola, como si el mundo necesitara un segundo más antes de ponerse en marcha.

—Era Jorge. —Sofía lo afirmó en voz baja, no preguntaba.

Amalia asintió.

—Es Laura... —Se le quebró la voz—. La han atropellado.

Sofía se llevó una mano a la boca, pero no dijo nada más. Solo la abrazó con fuerza, y ella no se apartó.

—¿Está... bien? —quiso saber al separarse.

Amalia se encogió de hombros mirando al suelo, como si aquello pudiese ayudarla a evitar que todo se derrumbase.

—Jorge ha dicho que está grave.

Sofía calló unos instantes al advertir la sombra oscura que la envolvía. Se apiadó de su amiga.

—No volvisteis a hablar, ¿verdad? —preguntó con el corazón en un puño.

—Cinco años. Cinco putos años.

Amalia cerró de nuevo los ojos. Las imágenes se acumulaban como las nubes cargadas de lluvia antes de una tormenta. El día en que Laura desapareció de su vida. La llamada que nunca llegó. Jorge. Su madre, un año después, sola en aquella casa enorme que se fue quedando vacía.

—No he vuelto a oír su voz desde entonces —susurró Amalia—. Ni una palabra. Ni una explicación.

—Pero trataste de buscarla, Ama.

—Al principio —respondió mientras se aferraba al banco para intentar no temblar—. Luego pensé que, si ella no quería estar ahí, no podía obligarla.

—Deberías ir.

Amalia sintió que le faltaba el aire solo de pensarlo.

—¿A Alicante?

Sofía asintió.

—No lo sé. Me cuesta hasta respirar. No me imagino volviendo a nuestra ciudad, Sofía... Demasiados recuerdos. —Acababa de decirle a Jorge que claro que iría, y ya notaba el nudo en el pecho, en la garganta.

Hubo una pausa. Sofía la observó. La forma en que su amiga sujetaba el móvil, como si fuera una bomba a punto de estallar.

—Te arrepentirás toda la vida si no lo haces.

Amalia giró la cabeza muy despacio. La frase era cruel pero honesta.

—¿Y si llega a despertarse y vuelve a desaparecer porque no quiere verme?

—¿Y si despierta y lo arregláis?

El silencio entre ambas se llenó con el ruido de los coches y el crujido de unas hojas que el viento arrastraba a sus pies.

—¿Crees que merezco volver a pasarlo mal? —preguntó Amalia, apenas audible.

—No sabes qué va a ocurrir.

—Lo que no sé es si quiero mirarla a la cara, Sofía —confesó—. No sé si puedo.

—No tienes que mirarla si no quieres. Solo estar ahí... A veces eso ya es mucho.

Amalia se hundió contra el respaldo del banco, exhalando por la boca.

—Necesito tiempo para pensar.

—No lo tienes. Si quieres verla, tienes que ir ya.

—¿Y si me rompe?

—Ya estás rota, Ama —replicó con cariño y agarró sus manos temblorosas—. Pero eso no significa que no puedas recomponerte.

La mirada de Amalia se perdió en aquel cielo nublado de Chamberí. Las nubes avanzaban lentas, densas, como si el día se negara a decidirse entre la tormenta y la calma. A su alrededor, la ciudad seguía funcionando con una normalidad casi insultante: pasos apresurados, una sirena a lo lejos, el murmullo constante del tráfico. Todo seguía en pie mientras ella sentía que, por dentro, algo que llevaba años amenazando con desplomarse acababa por fin de venirse abajo.

—No sé por dónde empezar.

Sofía se levantó y le tendió la mano.

—Por casa. Prepara una mochila. Así de fácil.

—Así de difícil.

Amalia dudó unos instantes, pero luego se puso en pie. Caminaron en silencio. De repente, Madrid parecía otro planeta.

—¿Qué le digo si despierta?

—La verdad.

—No sé si tengo una verdad clara.

—Entonces sé honesta con eso también.

Al llegar al portal, Amalia se detuvo antes de abrir la puerta. Sintió un nudo en el estómago que subía hasta la garganta. Sus manos temblaban sobre las llaves, y se mordió el labio hasta notar el sabor metálico de la sangre.

—¿Tú lo harías? —preguntó para infundirse de valor.

Sofía no dudó.

—Sí. Haría lo que tú vas a hacer: coger un tren y enfrentarme a mi mierda. Porque eso es lo que hacen las valientes. Y tú lo eres.

Abrió la maleta sobre la cama. Ignoraba cuánto tiempo estaría fuera, así que la llenó sin darle demasiadas vueltas: ropa a medio doblar, camisetas que aún conservaban el olor del armario, un jersey demasiado grueso para septiembre pero que siempre acababa llevándose a todas partes. Todo era provisional, como si no terminara de creerse que iba a marcharse.

Luego fue a por los libros. Dudó frente a la estantería y acabó cogiendo los manuales de las oposiciones, los apuntes sobre gestión de museos, conservación de patrimonio y leyes de protección del patrimonio, todos subrayados con colores que ya no distinguía. También echó mano de las hojas sueltas llenas de esquemas torcidos sobre cronologías artísticas, protocolos de exposiciones y procedimientos para la catalogación de obras. En algún momento del año pasado, al ver que ya asomaban los treinta, decidió convertirse en funcionaria de museo, y cada página parecía recordarle cuánto le faltaba aún. Colocó todo en el fondo de la maleta con un gesto torpe, casi brusco.

No sabía si iba a estudiar algo en Alicante, pero necesitaba llevárselos. Eran la prueba de su vida actual, de ese intento de futuro que había construido tras el derrumbe: horarios estrictos, silencios largos, una disciplina que a veces confundía con estabilidad.

Cerró la cremallera a medias y se quedó de pie en la habitación, sin saber qué más faltaba. Sofía y ella se habían despedido con un abrazo en el portal y el piso estaba en silencio, un silencio antiguo que ya no le resultaba extraño ni frío.

Fue entonces cuando pensó en su vieja libreta marrón.

Abrió el cajón de la mesilla y la encontró donde siempre, con la tapa ligeramente doblada en una esquina. La sostuvo entre las manos, con la sensación de que pesaba más de lo que debía. Llevaba sin abrirla desde antes de que su madre muriera, desde antes de que todo cambiara de sitio. Allí había otra Amalia, una que dibujaba sin ataduras, sin miedo a decirse a sí misma ciertas verdades a través de aquellos descuidados trazos y que fantaseaba con la idea de vivir de ello algún día.

Cuando su madre murió, de algún modo esa parte de ella también se había apagado, como una habitación cerrada para siempre. No había vuelto a atreverse a abrirlo. Tampoco a tirarlo.

Lo metió en el bolso casi por impulso, sin pensarlo demasiado, como si hacerlo fuera una forma de protegerlo... o de protegerse. Cerró la maleta del todo y sintió que algo se desplazaba dentro de ella, un leve desorden inevitable. Por último, compró un billete de tren para ir a Alicante.

Apagó la luz del dormitorio y dejó que la oscuridad la envolviera. Luego tomó aire y se dirigió con paso firme hacia la calle. No sabía qué iba a encontrar al final de aquel viaje, ni qué versión de sí misma tendría que enfrentar. Solo sabía que no podía quedarse en

Madrid ni seguir huyendo de Alicante. Y que, quisiera o no, se llevaba consigo todo lo que aún no había sido capaz de dejar atrás.

## 2

### Un tren hacia el lugar del que huyó

*26 de septiembre*

El tren partió de Atocha a media tarde, con el cielo ya colmado de tormenta. Amalia se apoyó contra la ventanilla, observando cómo los edificios se volvían campo y los tejados desaparecían. Sofía no había insistido en acompañarla, y se lo agradecía. A veces el amor también se mide en silencios concedidos.

Llevaba los auriculares puestos, pero no escuchaba música. Solo los latidos en su pecho. Su mente repasaba escenas que no quería ver. Laura y ella, en pijama, bailando con calcetines por el pasillo. Su madre, con el pelo recogido en un moño mal hecho, tendiendo la ropa en el patio. El silbido de una melodía que Amalia nunca llegó a aprender, pero que reconocía al instante: el mismo ritmo, el mismo susurro que ella siempre cantaba en voz baja mientras se ocupaba de las tareas cotidianas.

Aquella voz, que aún podía oír si cerraba los ojos, hizo surgir un recuerdo de manera vívida desde el fondo de su mente, porque su madre tenía esa misma forma de cantar bajito cuando cocinaba. Esa forma que entonces le molestaba cuando quería estudiar.

—Te juro que no es una obsesión, mamá, solo quiero que el examen salga bien.

—Sí, hija, y yo solo quiero que la tortilla no se pegue —respondió ella, meneando la sartén.

El humo se mezclaba con el olor del aceite caliente. En la radio sonaba una canción de Sabina. Amalia, con los apuntes abiertos sobre la mesa, intentaba concentrarse mientras su madre hablaba sin parar de cosas que no parecían venir a cuento: la vecina del quinto, el precio de los melones, un vestido que había visto en un escaparate.

—No entiendo cómo crees que puedo estudiar con tanto ruido —protestó Amalia.

—El silencio es para los cementerios —replicó ella con una sonrisa, dándole la vuelta a la tortilla.

La frase quedó flotando en el aire.

A Amalia le gustaba que su madre hablara así, con ocurrencias que no sabía de dónde salían, aunque a veces la agotaran. La mujer era un torbellino: decía no creer en los santos, pero les encendía velas a todos; y aseguraba que la vida era corta para preocuparse por el dinero, pero no dejaba de ahorrar para un viaje que nunca llegó a hacer.

Sacudió la cabeza para apartar aquella imagen. Los ojos le ardían.

—No llores —se dijo a sí misma—. No aquí.

Pero lloró. En silencio, sin escándalo. Las lágrimas resbalaron sin permiso, como si hubieran estado esperando ese vagón, esa velocidad, esa distancia.

Cuando el tren llegó a Alicante, el sol ya rozaba el horizonte. Un calor pesado flotaba en el aire, como si septiembre se resistiera a dejar ir el verano. Amalia bajó con la mochila al hombro y el estómago en un puño, y recibió de golpe el aroma de la panadería que hacía esquina y que había olvidado por completo.

Cogió un taxi en la puerta de la estación.

—Hospital Universitario de San Juan —indicó.

El trayecto fue breve. Las palmeras, las rotondas, el olor a sal que entraba por la ventanilla entreabierta. Todo le era ajeno, incluso su propio cuerpo.

El hospital apareció de pronto, blanco, impersonal, recortado frente al cielo oscuro del anochecer. Amalia entró con pasos torpes, siguiendo los carteles azules hasta la recepción.

—Vengo a ver a Laura Martín Caballero —dijo, con más aplomo del que sentía.

La mujer tras el mostrador tecleó algo en una pantalla.

—Planta tres. Unidad de Cuidados Intensivos. Solo pueden pasar familiares directos.

Amalia asintió.

—Sí, sí. Soy... —La palabra se quedó agarrada en su garganta, como si sintiese la culpa. Tuvo que obligarse a soltarla—: Soy su hermana. Muchas gracias.

La mujer dirigió de nuevo la mirada al ordenador.

Se encaminó hacia el ascensor, que tardó una eternidad en llegar. Cuando las puertas se abrieron con un suave pitido en la tercera planta, sintió el aire frío del pasillo impregnado con el olor de desinfectante. Una enfermera pasó junto a ella, Amalia le preguntó por su hermana y ella señaló una habitación sin detenerse.

La puerta estaba entreabierta.

Respiró hondo antes de entrar. Algo le dolía de una forma extraña que todavía no era capaz de entender.

Y allí estaba.

Laura.

Su hermana pequeña.

Inmóvil. Pálida. Intubada. El rostro parcialmente cubierto por una mascarilla. Reprimió un sollozo al verla. Su hermana tenía el pelo

rubio y corto, hasta los hombros, muy diferente al que recordaba. Los ojos cerrados, como si durmiera, pero no lo hacía. Era algo más lejano, una quietud terrible.

Permaneció en el umbral, sin moverse, como si entrar en esa habitación pudiera romper algo irremediable. Luego se acercó lentamente, hasta detenerse al borde de la cama, sin apartar la mirada de ella.

—Hola —susurró, sin creer que realmente estuviera hablando—. Estoy aquí.

Se inclinó sobre la cama. No sabía si tocarla. No sabía si tenía derecho.

—¿Puedes oírme? ¿Sientes algo?

Una lágrima cayó sobre la sábana blanca al ver que Laura no reaccionaba. Sintió que no le entraba aire en los pulmones. Intentó respirar sin conseguirlo. Ver a su hermana así le dolía, le dolía de un modo que iba más allá de las palabras. Necesitaba oxígeno, salir de allí, huir a algún sitio donde Laura estuviese sana. Pero aquel lugar no existía e hizo lo único que pudo: salir de la habitación.

Amalia caminó por el pasillo del hospital. Cada paso que daba la alejaba de la habitación de Laura, pero no lograba escapar de la imagen de su hermana en coma, atrapada entre la vida y la muerte. La noticia, tan repentina, aún la golpeaba como los embates del mar contra el rompeolas.

Se apoyó en la pared, cerró los ojos e inspiró hondo, tratando de ganar algo de control. No pudo evitar preguntarse cómo había llegado hasta ahí. Cinco años sin saber nada de Laura, sin entender por qué se fue, y ahora... ahora la tenía allí, entre máquinas que la mantenían con vida, y la sensación de abandono la asfixiaba.

Sacó el móvil para tratar de distraerse, pero en su pantalla apareció el titular de una noticia: «UNA JOVEN DE 28 AÑOS ATROPELLADA POR

UN AUTOBÚS URBANO EN ALICANTE». Los mismos pensamientos dando vueltas en su mente. «¿Por qué ha tenido que pasar esto?».

Se quedó en el pasillo, mirando la puerta de la habitación, incapaz de entrar y también de irse, no todavía. De pronto, un sonido cercano la sacó de su trance. La enfermera que se había cruzado antes apareció nuevamente, empujando un carro, pero al verla de pie y con la mirada perdida se detuvo.

—¿Estás bien? —preguntó con tono suave.

Amalia tardó un segundo en responder, no sabía qué decir.

—Sí. Solo... necesito un minuto.

La enfermera, sin hacer preguntas innecesarias, se quedó a su lado. Amalia notó cómo la presencia de la mujer la envolvía, le ofrecía respaldo sin invadir su espacio.

—Es difícil estar aquí —dijo la mujer con calma—. Yo también lo siento a veces. Pero estar aquí ya es mucho, más de lo que parece. No tienes que hacer más.

Amalia dejó escapar una pequeña risa, seca, fuera de lugar. No era humor; era incredulidad. Porque durante años había hecho exactamente lo contrario: irse, convencerse de que marcharse también contaba como sobrevivir, como protegerse. Pensó en su madre, en aquel tiempo de hospital que acabó pareciéndose demasiado a una despedida interminable, y en Laura esfumándose poco después, como si el dolor no dejase aire para las dos. Amalia no sabía si había buscado lo suficiente, si se había quedado lo necesario, o si simplemente se había rendido cuando el dolor se hizo insostenible. Madrid había sido eso: una huida elegante, una forma de poner kilómetros entre ella y un vacío que no sabía nombrar. Y ahora alguien le decía que estar era suficiente, que no hacía falta nada más.

La idea la desarmó. Porque quizá lo que más le había pesado todos esos años no era el dolor, sino la sospecha persistente de haberse marchado demasiado pronto.

—No siento que esté haciendo gran cosa.

—En ocasiones eso es todo lo que podemos hacer. Estar. Y eso es suficiente. Para ellos. Para ella.

—No me oye —susurró, como si se lo dijera más a sí misma que a la enfermera—. No sabe que estoy aquí.

La mujer la observó un momento antes de responder.

—¿Y si sí? —preguntó con suavidad—. ¿Y si una parte suya lo nota?

Amalia se encogió de hombros; no tenía fuerzas para esos «y si». El rostro de Laura, tan lejos y tan cerca al mismo tiempo, seguía en su mente, y las palabras se le atoraban en la garganta.

—He visto cosas raras en esta planta —continuó la enfermera—. Hay quienes reaccionan a voces familiares, o se calman si alguien les habla con cariño. No siempre lo sabemos, pero... a veces, el mero hecho de estar ahí lo cambia todo.

Amalia volvió la mirada hacia ella, sorprendida de escucharle hablar de esa manera, sin ciencia ni promesas, solo hechos que nadie podía explicar.

—No sé si le sirve mi cariño —murmuró—. No sé si alguna vez le ha servido.

La enfermera la miró como si intuyese algo más allá de las palabras.

—No tienes que entenderlo todo ahora, ni tener todas las respuestas. Pero te aseguro que estar ahí, incluso sin saber qué hacer, puede significar más de lo que imaginas.

Con los ojos humedecidos pero sin lágrimas, Amalia asintió levemente. Era eso: no había una única forma correcta de estar ahí.

—Gracias —dijo en voz baja.

—No tienes que dármelas. Solo cuídate. Come algo si puedes. Y si necesitas hablar... sé escuchar.

La enfermera le sonrió brevemente antes de alejarse, sin esperar respuesta. Amalia aún siguió en el pasillo un buen rato, antes de volver a entrar a la habitación de Laura, sintiendo que el pecho se le descomprimía poco a poco.

### 3

## Un encuentro con el pasado

*27 de septiembre*

Amalia amanecía en la pensión más económica que había podido encontrar. Treinta y cinco euros por noche y un extraño señor encargado de la recepción cuya amabilidad resultaba incómoda. El ventilador del techo giraba con desgana, arrastrando el peso de la noche. Había dormido a ratos, envuelta en un sueño pegajoso, perseguida por la imagen de su hermana inconsciente y por la sensación de que, una vez más, todo volvía a desmoronarse.

Sobre la mesita de noche, el móvil vibró con un mensaje. Amalia lo desbloqueó de prisa, era de Sofía:

*¿Despierta? Llamo en 5.*

Amalia se frotó la cara con ambas manos, sacudiéndose el sueño. A los pocos minutos, la pantalla se iluminó de nuevo. Videollamada entrante.

—Buenos días, zombi —dijo Sofía desde el otro lado, con un gesto entre compasivo y burlón.

Amalia forzó una sonrisa.

—Buenos días. O algo así.

Sofía ladeó la cabeza.

—No me vas a decir que dormiste bien, porque te conozco. Pero dime al menos que cenaste algo.

—No, pero ahora iré a por un café. Anoche, al llegar, vi una máquina.

—Eso no cuenta como desayuno. —Sofía hizo una mueca y se sentó frente a la cámara. Detrás de ella, el fondo reconocible de su salón en Madrid—. Bueno, ¿y? ¿Has pensado en lo que te dije anoche?

Amalia entrecerró los ojos.

—¿Qué parte en concreto? Porque me dijiste como mil cosas.

—¡Sobre la foto que viste! —Sofía la miró con intención—. Lo del Instagram de Gael.

Amalia apretó los labios. Había evitado pensar en eso, pero la imagen seguía grabada en su mente: una historia de Gael en su habitación, una mochila abierta y rodeada de ropa y un texto que decía: «A veces, solo hay que estar».

—Tampoco era tan explícito —murmuró.

—Vamos, Amalia, está claro que va a ir a Alicante. Está clarísimo. —Sofía puso los ojos en blanco—. Igual aparece en la puerta de la pensión con flores y esa sonrisa de «estoy aquí porque sé que me necesitas». O con un táper de lentejas que haya hecho su madre —dijo con una amarga ironía—. No me extrañaría.

—Por favor. —Amalia hizo una mueca, aunque no pudo evitar que se le escapara una risa—. Gael no es así.

—No, es peor. Es un manipulador, que está obsesionado contigo.

—¡Sofía! Sabes que él no es así. Es... cariñoso. Empático. No hay mucho más.

Amalia sabía perfectamente lo mal que le caía Gael a Sofía. Las dos le conocieron en la primera clase del máster de Conservación del Patrimonio Cultural, que decidieron estudiar en Madrid tras acabar juntas la carrera de Bellas Artes. Sofía le hizo la cruz nada más entrar por la puerta. No importaba lo cercanos que se hiciesen

Amalia y Gael, Sofía siempre parecía estar en guardia cuando él andaba cerca y eso no había cambiado en los ocho meses que Amalia y Gael llevaban saliendo, aunque estaba intentando darle una oportunidad por ella.

Sofía inspiró hondo antes de responder.

—Vale, me he pasado. Perdón. —Levantó una ceja sin sentirse realmente culpable—. Pero ¿te acuerdas de la vez que te esperó tres horas en la biblioteca solo porque le habías dicho que ibas a ir a devolver un libro?

—No lo hizo por mí. Tenía que estudiar —respondió Amalia, aun sabiendo que no era cierto.

—¿Y de la vez que fingió que sabía cocinar para impresionarte y acabó quemando las tostadas y el arroz en la misma comida?

Amalia soltó una carcajada.

—Vale, de esa sí me acuerdo. Y luego me regaló una planta diciendo que era «para purificar el aire de sus errores».

—¿Ves? Eso no es normal. Eso es obsesión. Puede intentar engañarte y hacer cosas bonitas, pero... es obsesión.

—O exceso de creatividad. Pero es verdad que no quiero que venga. No ahora —reconoció Amalia.

Bajó la mirada y se frotó el pulgar contra el lateral del móvil, una manía que le aparecía siempre que algo le incomodaba de verdad. Pensar en Gael allí le tensaba el cuerpo, como si su presencia fuese a añadir una capa más de ruido a un momento ya demasiado frágil. No quería tener que explicarse, ni repartir consuelo, ni sentirse obligada a estar atenta de él cuando todo su esfuerzo giraba en torno a no derrumbarse por Laura. Aquello necesitaba vivirlo sola, sin intermediarios, sin distracciones, aunque doliera. Levantó de nuevo la vista, decidida, sabiendo que esa certeza no iba a cambiar.

—Pues díselo. Llámale.

—Me va a odiar.

—Te quiere, no te va a odiar —dijo con la boca pequeña.

—Vale. Le llamo. Ahora te vuelvo a llamar a ti.

Colgó antes de que Sofía pudiera añadir nada más. Amalia se quedó unos segundos en blanco. Se estiró despacio, notando la tirantez en la espalda, y se levantó. Caminó hasta la puerta de la habitación y salió al pasillo, donde el olor rancio del café de máquina flotaba en el aire. Iba pensando en cómo decirle que no viniera sin que sonara a rechazo, sin herirlo más de lo inevitable. Sabía que no bastaría con una frase sencilla; tendría que sostener la incomodidad, el silencio, quizá su decepción.

Volvió a entrar en la habitación y se sentó en la silla junto a la cama. Respiró hondo, como si se preparara para un pequeño enfrentamiento, y entonces sí, marcó su contacto. Gael respondió al segundo tono.

—Amalia.

Su voz, grave y serena, le resultó dolorosamente cercana.

—Hola —dijo ella, más fría de lo que pretendía—. He visto tu historia.

—Lo imaginaba.

—Oigo ruido de fondo, ¿dónde estás?

—En el tren. Pensé que quizá te vendría bien tener a alguien cerca. Lo bueno de estar en el paro es que tengo bastante disponibilidad —comentó entre risas.

Amalia no contestó inmediatamente. Suspiró. No sabía cómo decirle aquello porque era consciente de que Gael lo hacía con buena intención. Al otro lado, el sonido de las voces de fondo parecía atronador ante su silencio. Cerró los ojos, como si con ese gesto pudiera minimizar el dolor que le iba a causar lo que estaba a punto de decir.

—Te agradezco que pienses en mí, de verdad, pero necesito estar sola. Esto... esto es algo que tengo que gestionar por mi cuenta.

Al otro lado, Gael trataba de procesar aquella información.

—No quiero agobiarte —dijo al fin—. Si cambias de idea...

—Lo sé. Gracias, Gael. Cuídate, ¿vale? —le interrumpió para que su respuesta no la hiciera sentirse culpable.

—Si me necesitas, aunque sea solo para hablar, yo me quedaré unos días por aquí desconectando. Escíbeme. Ya sabes que siempre estaré para ti.

—Lo sé. Y lo valoro. Mucho.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —La voz de Gael titubeó al otro lado del teléfono.

—Claro.

Gael tragó saliva.

—¿Te agobio? Dímelo sin más.

La pregunta le dejó un peso incómodo en el pecho. Amalia sintió culpa, no porque Gael estuviera haciendo algo mal, sino porque no sabía cómo recibir ese cuidado sin que le doliera. Le frustraba no tener una respuesta clara, no poder decir sí o no sin traicionarse. Parte de ella quería aceptar el gesto, dejarse acompañar, y otra se revolvía ante la idea de deberle algo emocionalmente cuando apenas podía sostenerse a sí misma. Esa contradicción le provocó una rabia sorda, dirigida más hacia ella que hacia él: por no saber querer de otra manera, por no saber explicar lo que le pasaba sin herir.

—No es eso. Es solo que estoy rota ahora mismo.

—Entonces te esperaré desde lejos. No me moveré. Pero tampoco me iré.

Amalia sonrió, esta vez con ternura.

—Gracias, Gael.

—Es una forma de hablar. Lo sabes, ¿no? —quiso explicar algo contrariado—. Lo digo porque moverme, me voy a mover, pero... que si me llamas voy.

A Amalia se le escapó una sonrisa.

—Te he entendido, sí, tranquilo. Gracias, de verdad.

Colgó antes de que la voz se le quebrara y se quedó un instante en silencio, dejando que el silencio le recordara la distancia entre ellos. Sus hombros, tensos durante toda la conversación, empezaron a ceder mientras soltaba un largo suspiro. Se levantó, caminó despacio hasta la ventana, y apoyó las manos en el marco frío. Afuera, la ciudad parecía ajena a sus miedos y decisiones; verla desde allí le brindó cierto consuelo. Dio unos pasos de un lado a otro por la habitación, como buscando ordenar pensamientos que no querían asentarse, y luego se detuvo frente a la mesa donde había dejado el móvil. Respiró hondo otra vez, notando cómo cada inhalación aliviaba un poco la presión que había sentido en el pecho. Aun así, había una certeza que se mantenía firme: aquello era suyo y necesitaba atravesarlo sola. Con un último vistazo a la ventana, volvió a sentarse y levantó el teléfono para llamar a Sofía. Antes del primer tono, su cara apareció en la pantalla. La ceja alzada en un gesto de expectación.

—¿Y bien? —preguntó nada más cogerlo.

Amalia suspiró.

—Sí. Está viniendo. Quería enfrentarme a esto sola, pero... quizá me venga bien.

Sofía hizo una mueca, pero enseguida su expresión cambió, como si deseara darle una tregua a Amalia.

—¿Te acuerdas de cuando Gael te ayudó a montar la estantería esa de segunda mano y acabó desmontando media pared sin querer? —soltó de repente, como quien lanza un salvavidas.

Amalia lanzó una carcajada breve, agradeciendo que dejase de juzgar a Gael por un momento.

—¡Y no quiso admitirlo! Me dijo que los tornillos venían mal. Luego me confesó que había estado siguiendo un tutorial de TikTok... ¡en portugués!

—Exacto. —Sofía sonrió—. Y, aun así, le pusiste una copa de vino y le diste las gracias por «el esfuerzo decorativo».

—Lo peor es que todavía tengo esa estantería. Está torcida, pero le tengo cariño. —Se dejó caer contra el respaldo—. A veces pienso que con Gael todo es eso: torcido pero hecho con ganas.

Sofía la observó desde la pantalla, más seria ahora.

—¿Y qué te da más miedo? ¿Que venga a ayudarte a reconstruir eso que está roto... o que tú misma no sepas si vale la pena salvarlo?

Amalia bajó la mirada. Todavía sentía el peso de la conversación con Gael y esa duda que le había abierto el pecho sobre si quería o no enfrentarse sola a todo lo que implicaba estar de nuevo en Alicante.

—Ambas cosas. No sé si quiero que alguien me vea como estoy ahora. Ni siquiera él.

—¿Estás bien?

—No —admitió sin más. El nudo en el pecho empezaba a deshacerse, pero solo para dejar paso a otro más viejo, más profundo—. Todo esto me ha removido cosas que llevaba mucho tiempo sin tocar.

—¿Quieres hablarlo?

Asintió, con los ojos húmedos.

—Ya lo sabes. Tras la muerte de mi madre... —Su voz se quebró por el dolor. Suspiró e intentó explicarse de nuevo—. Que Laura desapareciera de mi vida no fue el único problema. También perdí a

Jorge. Y no se fueron solos: se fueron juntos. Como si yo fuera la pieza prescindible.

Sofía no dijo nada. Sabía que el silencio era la mejor forma de que Amalia se sintiese lo suficientemente cómoda para hablar

—No solo me traicionaron. Me borraron —murmuró—. Nunca entendí por qué, jamás me dieron una explicación. Solo se fueron en el peor momento. Mi hermana y mi novio, que pasó a ser el suyo... Como si yo no importara. Como si hubiera hecho algo terrible.

Notó que los párpados le ardían, como si las lágrimas se resistieran a contenerse. Se agarró a la sábana con fuerza, casi clavándose las uñas en la palma, en un intento de aferrarse a algo que la anclara a la realidad mientras su pecho se comprimía en un nudo que parecía irrompible. La garganta le quemaba, y cada respiración profunda dolía más que la anterior, recordándole que aquel abandono continuaba vivo dentro de ella, como un eco que reverberaba en cada rincón de su cuerpo. Sentía rabia, impotencia y una tristeza tan profunda que amenazaba con engullirla, pero también un curioso alivio por haber podido, por fin, poner palabras a lo que la había roto.

—Y ahora están ahí otra vez. En tu vida —dijo Sofía con pena.

—No. Ella está en coma y él... no tengo ni idea. No quiero hablar con nadie de aquel tiempo. —Suspiró—. ¿Tendré que hacerlo? ¿Volver a eso?

En la pantalla del móvil, Sofía ladeó la cabeza.

—No puedo decirte lo que debes hacer. Pero si esa herida sigue abierta, quizá necesites cerrarla. O al menos entenderla.

Aquello se clavó en su mente e intentó buscar una respuesta a la verdad que no quería afrontar.

—¿Y si entenderla significa remover todo lo que quise olvidar? Hay cosas que ni siquiera me he atrevido a contarme a mí misma.

—De hecho, nunca me has contado bien qué pasó entre vosotros —dijo despacio—. Es lo único que siempre te has guardado conmigo.

El silencio que siguió a sus palabras pesó como una losa. Amalia se tensó, como si la pregunta implícita hubiese rozado una herida abierta.

—No es algo fácil —replicó a media voz—. Hay cosas que prefiero no recordar, Sofía. Cosas que pensé que ya había enterrado.

—Pero si no lo cuentas, ¿cómo voy a entenderlo? —insistió su amiga—. Has cambiado, y a veces parece que estás aquí, pero también en otro sitio. Me preocupo por ti.

Amalia cerró los ojos un instante, valorando el inicio de aquella historia.

—Fue hace mucho, pero no se ha ido —dijo por fin—. Jorge no fue solo un error. Fue... parte de un tiempo que me marcó para siempre. Y Laura, también.

Sofía aguardó a que continuase hablando, consciente de que aquella conversación hundía sus raíces en algo mucho más complicado.

—Cuando estés lista, estaré aquí —le aseguró al ver que no añadiría más.

Amalia miró al techo. El ventilador seguía girando. Pensó en Laura, en Jorge, en Gael. En todas las palabras que se habían quedado atascadas en su garganta hacía ya cinco años.

La llamada aún se extendió unos minutos más, entre silencios y frases sueltas. Después de colgar, se quedó un rato sentada en la cama, mirando su reflejo en el cristal de la ventana. La ciudad comenzaba a despertar allá afuera, y tal vez ella también debería.

Necesitaba salir. El aire fresco le iría bien. Salió del hostel dispuesta a caminar por aquella ciudad que tanto le dolía. Se adentró en las calles de Alicante, buscando en la soledad algo que la

distrajera y esquivando aquellos lugares que le recordaban a esa vida del pasado que parecía de otra persona. Las tiendas aún estaban cerradas y las aceras vacías le daban una sensación extraña, como si la ciudad estuviera en pausa. Caminaba sin rumbo, pero eligiendo solo aquellas direcciones que no le resultaban familiares. Evitaba recorridos que había repetido cientos de veces cuando vivía allí, incluso aquello que le resultaba levemente familiar. Cinco años después de huir de allí sin mirar atrás, se hallaba de nuevo perdida por sus calles.

Al doblar la esquina de una callejuela que llevaba al puerto, un viejo amigo de la infancia surgió frente a ella, como una aparición. Amalia se detuvo en seco, sorprendida. Tuvo que frotarse los ojos para confirmarlo.

—¿Sergio? —preguntó asombrada, sin saber si era una ilusión.

El chico sonrió ampliamente. En su rostro ya adulto quedaba algo de aquel niño travieso que solía corretear por el barrio buscando amigos con los que intercambiar cromos y conseguir el mejor trato. Tenía el cabello oscuro más corto ahora, y una barba incipiente.

—Amalia. Hace siglos que no te veía —dijo en tono relajado— y mira que siempre fuimos del mismo grupo. ¿Qué tal? ¿Cómo andas?

Amalia le devolvió la sonrisa. Era cierto que llevaba años sin ver a Sergio, lo último que recordaba de él es que quería irse a Alemania a desarrollar su carrera como artista.

—No esperaba encontrarme contigo aquí. Había oído que estabas trabajando en Berlín. ¿Qué haces en Alicante?

Sergio se encogió de hombros y miró a Amalia con frustración con sus grandes ojos verdes.

—Escapando de algo. Supongo. ¿Te acuerdas de cuando solíamos venir al puerto a pensar? Este lugar siempre me pareció el sitio ideal

para dar sentido a todo lo que no entendemos. Suena muy místico, pero es así.

Ella asintió despacio y clavó la mirada en el vaivén de las barcas amarradas que se veían en el embarcadero a lo lejos.

—¿Y de qué estás escapando? —preguntó, más por acompañar la conversación que por verdadera curiosidad.

Sergio soltó una risa breve, sin humor.

—De Berlín, para empezar. O de lo que me estaba pasando allí —se corrigió—. Las cosas dejaron de tener sentido. Exposiciones, gente nueva todo el tiempo, mucho ruido... y yo cada vez más vacío. Necesitaba volver a un sitio que me recordara quién era antes de todo eso.

Amalia no respondió. Le sorprendió reconocerse en aquellas palabras y algo se agitó en su pecho. Ella también había vuelto, aunque no lo decidiese, aunque solo fuese de forma temporal. «Solo hasta que Laura despierte», se dijo.

—¿Y tú? —continuó él, mirándola con atención—. ¿Qué haces ahora? ¿Sigues en Madrid?

—Sí. Estoy estudiando oposiciones —dijo dubitativa, como si aquello no terminara de pertenecerle—. Vivo allí desde hace unos años.

Sergio arqueó las cejas, curioso.

—Vaya. Nunca te imaginé opositando.

—Yo tampoco —admitió ella.

Hubo un silencio breve, cómodo solo en apariencia. Sergio había advertido cómo ella se tensaba al mencionar sus oposiciones y su vida en Madrid, por eso no insistió.

—El otro día hablé con Jorge —dijo cambiando de tema.

Amalia encajó el golpe con un pequeño respingo.

—¿Con Jorge? —se esforzó en repetir.

—Sí. Me lo encontré por casualidad y le pregunté qué tal le iba todo. También le pregunté por Laura —añadió—. Bueno, y si había vuelto a saber de ti.

Ella desvió la mirada hacia el mar, se pasó la mano por el pelo, nerviosa.

—Laura está en el hospital —dijo sin más—. Sufrió un accidente. Sergio abrió la boca, sorprendido.

—¿Qué? ¿Cuándo ha pasado?

—Hace unos días. —De pronto se dio cuenta de que no estaba segura de sí había sido ayer mismo, o antes.

—¿Y cómo está tu hermana?

Amalia carraspeó para deshacer el nudo de su garganta. Le costaba hablar.

—En coma.

Sergio no parecía saber qué decir ante aquella situación.

—Lo siento —murmuró al final.

Ella asintió, incómoda, deseando que la conversación no siguiera por ese camino. Él lo notó enseguida, cambió el peso de un pie a otro y forzó una sonrisa ligera.

—Así que estás aquí por eso.

Amalia le dijo que sí. No se le ocurría cómo continuar la conversación. Él lo hizo en su lugar:

—Imagino que echarás de menos Madrid —añadió—. He visto alguna foto tuya en Instagram y pareces más feliz allí. Siempre sales con una chica. Es la misma que venía a tu cumpleaños cuando eras pequeña, ¿no? No recuerdo su nombre.

Amalia se relajó un poco. Le sorprendía que Sergio recordara aquello después de tantos años.

—Sofía. De pequeñas siempre estábamos juntas, luego se mudó con sus padres a Madrid.

Sergio sonrió.

—Se os ve muy unidas. Así que ¿seguisteis en contacto?

Amalia también sonrió, esta vez sin esfuerzo.

—Sí. A pesar de vivir en Madrid, ella venía mucho a Alicante para ver a su abuela. Por eso los veranos los pasábamos juntas —recordó con cariño esos momentos de su niñez—. Después hicimos el mismo máster en Madrid. Siempre ha estado a mi lado, especialmente cuando más lo necesitaba.

Sergio asintió, satisfecho de haber podido cambiar de tema.

—Me alegra saber que has tenido a alguien cerca.

El cielo empezaba a oscurecerse y el aire se volvía más fresco: el final del verano amenazaba tormenta. Sergio miró el reloj.

—Oye, antes de que me vaya... —Sacó el móvil del bolsillo—. En unos días inauguro una exposición. Arte contemporáneo... ya sabes —bromeó—. Me gustaría invitarte. O, si no, tomarnos algo y ponernos al día con calma.

Amalia dudó apenas un segundo antes de sacar su teléfono.

—Claro.

Intercambiaron números, un gesto sencillo que, sin embargo, le dejó una sensación extraña, como si algo del pasado reclamara de pronto un lugar en su presente.

—Me ha alegrado verte, Amalia. —Sonaba sincero.

—A mí también.

Se despidieron con un abrazo breve, frente al mar. Cuando Sergio se alejó por el paseo, Amalia pensó que aquel encuentro no había sido casual.

Aún no sabía por qué, pero lo sintió con una claridad incómoda, como tantas cosas que estaba a punto de remover.

El sonido de su móvil interrumpió sus pensamientos. Era un mensaje de Sofía:

*¿Cómo va todo? ¿Te has encontrado con el pasado?*

Amalia miró el teléfono y luego a su alrededor. Había enfrentado un pedazo de su pasado, y aunque seguía doliendo, sabía que podía seguir adelante.

## 4

### Un hospital con demasiadas ventanas

*28 de septiembre*

Su segunda mañana en Alicante amaneció gris, como si el cielo también dudara de sus intenciones. Amalia cruzó las puertas automáticas del hospital con el mismo nudo en el estómago que llevaba arrastrando desde que salió de Madrid. El aire del vestíbulo olía a desinfectante y café recalentado. Demasiado silencio en aquel lugar tan lleno de vidas suspendidas.

Caminó despacio hasta el ascensor, evitando mirar los rostros de los que esperaban sentados en las sillas de plástico. Cada mirada, una historia que no le correspondía descifrar. Pulsó el botón: tercera planta. Mientras el ascensor subía, el espejo cromado le devolvió el reflejo de un rostro que empezaba a resultarle desconocido: las ojeras profundas, el cabello alborotado, los labios resecos. Aquella versión suya que parecía estar hecha de insomnio y pensamientos sin resolver.

Al llegar al pasillo de la UCI, la recibió el sonido constante de los monitores. A cada lado, habitaciones aisladas por cristales gruesos, como acuarios de dolor. Y allí, al fondo, Laura seguía atrapada en un sueño sin puerta de salida.

—Buenos días —murmuró Amalia, por cortesía más que por convicción.

El enfermero asintió.

—Todo sigue estable. Sin cambios esta noche —informó, como cada mañana.

Amalia agradeció con un gesto. «Sin cambios» se estaba convirtiendo en una letanía. Ni buena ni mala. Solo suspendida. Igual que su vida.

Entró en la habitación.

—Hola, Laura —susurró—. No sé si me oyes. No sé si esto sirve de algo. Pero estoy aquí.

El pitido regular de la máquina por respuesta.

Le costaba encontrar las palabras. Había demasiadas. O ninguna.

En ese instante, escuchó pasos detrás de ella. Unos pasos que no esperaba.

Al girarse, su mirada se cruzó con la de Jorge. Reconoció de inmediato aquel pelo castaño despeinado y los ojos marrones rasgados y llenos de preocupación que parecieron sorprenderse al verla, como si él mismo no la hubiese llamado dos días atrás para pedirle que fuera.

El corazón de Amalia dio un vuelco y un calor extraño subió por su pecho mientras crispaba los puños. Su cuerpo se movía solo, demasiado nervioso para seguir el dictado de la cabeza. Cada fibra de ella reconocía la sorpresa, la inquietud y la tensión que Jorge le provocaba, aunque intentara disimularlo.

Había pasado mucho tiempo y, sin embargo, él seguía teniendo la misma mirada: esa mezcla de culpa mal disimulada y fragilidad que la desconcertaba. Venía solo. Traía en la mano un café, tembloroso, que había sacado para tomar en la sala de espera.

—Has venido... —rompió el silencio con una voz contenida.

El aire parecía más denso de repente.

—Ya, bueno —respondió ella, sin demasiada expresión.

Jorge bajó la mirada, como buscando un lugar donde apoyar la culpa.

—No molesto. —Se sentó en silencio al lado de Laura.

Durante un minuto, ninguno de los dos habló. Solo los pitidos de la máquina llenaban el espacio entre ellos. Un espacio que arrastraba cinco años de vacío.

—Jamás habría imaginado volver a encontrarte en estas circunstancias —dijo al fin Jorge, con un hilo de voz.

—Cinco años sin verte —murmuró Amalia, para sí misma—. Y ahora esto.

Jorge asintió, pero no dijo nada.

—¿Y Laura? —preguntó Amalia, intentando no pensar en ese vacío que él dejó—. ¿Qué opinas de lo que dicen los médicos?

Él miró a Laura con una mezcla de dolor y esperanza.

—Dicen que está estable, pero no saben si despertará. Ya sabes cómo son estas cosas. No hay certezas de prácticamente nada.

Sus palabras se perdieron en el pitido que llenaba la habitación. Amalia no sabía cómo contestar a eso. El silencio entre los dos era una losa y ella podía notar todo su peso y todo el dolor que la cercanía de Jorge le causaba.

Lo observó desde atrás, ese pelo castaño, con el mismo corte que tenía entonces. Vio cómo agarraba la mano inmóvil de Laura para darle un apretón cariñoso y sintió una punzada en su pecho. Otra vez aquella sensación de haber sido traicionada.

Él se giró como si notara la mirada de Amalia clavada en él.

—¿Tú cómo estás? —Sonaba dubitativo—. ¿Cómo va todo?

Pensó en mentir para evitar hacer aquel momento más incómodo de lo que ya era, pero necesitaba sacar el viejo dolor que sentía en el pecho.

—Han sido años difíciles —dijo Amalia, con la voz baja y tensa—. No solo por ella, sino... por todo lo que pasó entre nosotros.

Jorge la estudió en silencio. Su rostro estaba firme, pero los ojos revelaban cansancio y vulnerabilidad.

—Lo sé —dijo con la dureza de quien busca protegerse—. Y no pretendo que las cosas vuelvan a ser como antes. Ni siquiera sé si eso sería posible. —Suspiró para relajar el tono de su voz—. ¿Qué necesitas tú?

Apartó la mirada, jugando nerviosa.

—No sé qué quiero, Jorge... Solo sé que duele. Que todo esto duele mucho.

Él se levantó y dio un paso hacia la ventana, como buscando sostenerse, y luego volvió la mirada hacia ella.

—Lo que yo sí sé —dijo despacio— es que no podemos seguir ignorando lo que nos pasó. Por Laura... por nosotros... por... lo que fuimos.

Amalia tragó saliva y se cruzó de brazos.

—No estoy lista para hablar de eso. —Intentó sonar firme, aunque su voz temblaba un poco—. Ni siquiera sé si algún día lo estaré —en un susurro, añadió—: Tampoco sé si quiero verte.

Jorge resopló con un deje de frustración contenida.

—Está bien. No quiero obligarte. Pero... tal vez deberíamos organizarnos de alguna manera. Para no... encontrarnos sin querer. No ahora.

—Sí —murmuró ella, entendiendo el trasfondo de su propuesta—. Horarios de visita. Así podremos ver a Laura sin... sin cruzarnos más de lo necesario.

Él inclinó la cabeza, aceptando la distancia entre ambos.

—Hasta que estemos listos, o hasta que esto... todo esto... se vuelva menos doloroso —susurró.

Amalia sintió que un peso se asentaba en su pecho. No era reconciliación, era el inicio de un camino que ninguno sabía bien a dónde llevaría.

—Voy a bajar a la cafetería a comer algo —quiso añadir Jorge—. No he comido nada desde que llegué anoche.

Ella lo miró, aún procesando la tensión del encuentro.

—Está bien —respondió—. Aquí me quedo.

Jorge dudó un instante antes de girar hacia la puerta.

—Si necesitas algo, estaré abajo —dijo antes de salir.

La puerta se cerró tras él y el silencio volvió a instalarse.

El silencio volvió a la habitación, pero no era el mismo que antes de que Jorge entrara. El aire le parecía más denso, cargado de palabras no dichas y emociones contenidas que todavía vibraban en cada rincón. El pitido constante de la máquina le sonaba más agudo, como un metrónomo que marcaba el ritmo de su propio corazón acelerado. Se apoyó levemente en la cabecera de la cama y volvió a mirar a Laura, que seguía inmóvil, rodeada de tubos y vendas, ajena a todo, pero ocupando todo su mundo. Una punzada de ansiedad le recorrió el pecho, y no pudo evitar hacerse preguntas que no tenían respuesta: qué habría sentido Jorge en esos años, qué habría pensado Laura, cómo se había abierto aquel abismo entre ellos. Cada respiración le dolía un poco, recordándole que la vida podía doler incluso en la quietud.

Unos minutos después, la puerta del pasillo se abrió de nuevo. Amalia se giró, pensando que no estaba preparada para volver a hablar con Jorge, pero no fue él quien entró. Gael apareció en el umbral, con la mirada alerta y una sonrisa suave al verla. Se apoyó en el marco de la puerta y con su altura pareció ocupar todo el espacio. Se tensó ligeramente y la camiseta se marcó sobre unos brazos fuertes.

—Amalia —dijo mientras se acercaba a ella para darle un abrazo y un rápido beso—. No esperaba encontrarte aquí tan temprano.

Ella lo miró, sorprendida.

—¡Gael! ¿Cómo te han dejado pasar? Te dije que prefería estar sola.

Él fingió no escucharla. Se acomodó en una silla cercana y le cogió la mano con ternura.

—No ha sido complicado, la verdad. ¿Cómo te sientes? —preguntó con suavidad.

Amalia respiró hondo, tratando de ordenar sus pensamientos.

—Confundida. Y cansada. Han sido unos días muy largos. Ver a Laura así... y luego, encontrármelo a él aquí.

Gael frunció el ceño, sorprendido.

—¿A quién? —Cruzó los brazos sobre su pecho.

Ella dudó un momento antes de contestar. Sabía que Gael podía ser celoso.

—A Jorge. Mi ex.

Gael la miró fijamente con los ojos de ese azul tan intenso que la hacían estremecer. No dijo nada al principio, procesando la información. Amalia se dio cuenta de cómo fruncía los labios.

—No sabía que... —empezó, pero se detuvo.

—Es el novio de Laura —interrumpió Amalia para quitarle importancia—. Aunque verlo ha sido inesperado.

Gael volvió a apretarle la mano.

—Debe de ser duro. Pero no tienes que enfrentarlo sola.

Amalia le sonrió con una mezcla de agradecimiento y tristeza. Un cosquilleo de nervios le recorrió el estómago; había algo en la cercanía de él que la hacía sentirse expuesta, consciente de cada latido de su pecho y de cada pensamiento que no podía ocultar del todo.

—No esperaba verte aquí, Gael. Te dije que prefería estar sola —le recordó con un suspiro—. Siento que últimamente no llevo las riendas de nada. No sé si estoy preparada para eso.

Gael frunció el ceño, preocupado.

—Solo quiero estar contigo.

Ella le lanzó una sonrisa triste.

—Lo sé. Pero es que... estoy cansada. Y Laura... Laura sigue ahí, sin volver. Como si el tiempo se hubiera detenido.

Gael le acarició la mano con el pulgar.

—Oye, ¿y por qué no ponemos un cartel en la puerta? Algo tipo: «Se ruega aviso previo. Entradas no programadas, prohibidas».

Amalia rio; el sonido un pequeño alivio en medio del caos.

—Sí. O tal vez una alarma que suene cada vez que alguien se acerque. Así por lo menos me da tiempo a esconderme.

—O una cámara oculta para atraparlos in fraganti —bromeó él—. Ya imagino la primera víctima: Jorge entrando con cara de «no era yo».

Amalia le lanzó una mirada divertida. No podía evitar sentirse agradecida por tenerle allí. Su mano, todavía entrelazada con la de él, se relajó un poco, sus hombros, tensos durante toda la conversación, empezaron a ceder mientras soltaba un largo suspiro. Que Gael estuviera a su lado no borraba el miedo ni el nerviosismo, pero le daba un soporte silencioso que le hacía sentir que quizá, solo quizá, podría sobrellevar lo que venía.

—No te pases.

Gael se apoyó en el respaldo de la silla, sonriendo.

—Entonces mejor seguimos con el plan «camuflaje y escape». Yo me encargo de vigilar la puerta, y tú haces las distracciones.

En ese momento la puerta de la habitación se abrió de nuevo.

—Creo que me dejé la chaqueta aquí —dijo Jorge desde el umbral—. ¿La has visto? Tengo la cartera dentro y...

Calló de golpe. Su expresión cambió de inmediato al ver a Gael y frunció el ceño mientras intentaba adivinar quién era él y qué hacía ahí. Amalia se levantó con cierta rigidez, buscando una excusa que no tenía para justificar su presencia. Se limitó a hacer las presentaciones.

—Jorge —dijo—, este es Gael.

Gael extendió la mano con seguridad, y Jorge la estrechó con cierta formalidad.

—Hola —saludó el recién llegado.

—Hola. Soy su pareja —respondió Gael, manteniendo la cortesía.

A Amalia le impactó oírlo. Es verdad que llevaban saliendo ocho meses, pero era la primera vez que le escuchaba presentarse como su pareja. Jorge se quedó en silencio, pensando qué decir.

—No sabía que estabas con alguien. Daba por hecho que... —murmuró al fin, sin mirar a Amalia directamente.

Amalia sonrió ligeramente al escuchar aquellas palabras. Ladeó la cabeza.

—Veo que sigues con esa costumbre de dar por hecho cosas sin saber.

Jorge la miró, confundido, pero no insistió.

—No quería molestar —dijo finalmente, recogiendo la chaqueta.

—No molestas —dijo Gael con una amabilidad cortante—, solo estábamos charlando.

Jorge asintió y dio un paso hacia la puerta.

—Nos veremos, entonces.

—Claro —respondió Amalia.

Jorge salió al pasillo y los dejó a solas.

Durante unos segundos, ni Gael ni Amalia dijeron nada. Amalia apoyó la cabeza contra el respaldo de la silla, cerrando los ojos un instante. El leve pitido de las máquinas marcaba el ritmo de aquel silencio que ahora pesaba menos, aunque seguía pesando.

—No te lo esperabas —dijo Gael al fin.

Amalia abrió los ojos y lo miró.

—¿El qué? ¿Que aparezca Jorge? ¿Que aparezcas tú? ¿Que esto sea un desfile continuo de visitas inesperadas? —contestó con un tono entre irónico y resignado.

Gael sonrió, algo divertido por el comentario.

—Sí, bueno... Es verdad que este hospital empieza a parecerse más a una comedia de enredos que a otra cosa.

Amalia se encogió de hombros.

—Ojalá fuera una comedia. Al menos tendríamos guion. Aquí improvisamos todos.

—Yo sigo tu ritmo —dijo Gael.

Ella le sostuvo la mirada un segundo más de lo habitual, pero luego desvió la vista hacia la cama de Laura.

—No sé si hay ritmo en esto, Gael.

Gael asintió, comprensivo.

—A veces las cosas pendientes encuentran la forma de volver, aunque no estemos listos. Pero... —Hizo una pequeña pausa—. Otras, cuando aparecen, nos obligan a aclarar lo que pensábamos que teníamos controlado.

—¿Sabes lo que más me desconcierta? —preguntó ella, sin esperar respuesta—. Que ni siquiera sé lo que siento al ver a Jorge aquí. Ni rabia, ni tristeza... Solo esta especie de vacío incómodo.

Gael frunció el ceño y sus labios se tensaron, formando una mueca apenas perceptible de desagrado. No quería que Amalia lo notara, pero cada palabra sobre su ex le removía algo incómodo en

el pecho, una mezcla de celos y miedo a perder lo que compartían. Su mirada bajó un segundo, como si midiera cómo hablar a continuación, mientras intentaba calmar el cosquilleo de irritación que subía desde el estómago hasta la garganta.

—Es normal —dijo con un tono que Amalia no supo interpretar—. Hay historias que, cuando terminan, no terminan del todo.

Amalia suspiró.

—Eso parece.

Ambos volvieron a guardar silencio. El hospital seguía con su ritmo inalterable, como si nada hubiese ocurrido.

Gael, finalmente, quiso aliviar un poco la tensión:

—Tengo el cartel definitivo para la puerta: «Acceso restringido a visitas sorpresa» —bromeó de nuevo—. Quizá funcione.

Amalia soltó una risilla.

—Apúntalo. Puede ser nuestro primer proyecto conjunto.

—¿Ves? Ya estamos haciendo planes. Eso es un avance.

Ella le miró, con un destello de ternura, pero también de cautela.

—No corras tanto, Gael.

—Tranquila —dijo él—. Solo es un cartel.

Amalia estuvo a punto de contestar, pero entonces su móvil vibró sobre la mesita, interrumpiendo la tregua. Miró la pantalla y se puso en pie.

—Es Sofi —dijo en un susurro, mientras descolgaba—. Hola.

—Ama, ¿cómo estás? —preguntó Sofía al otro lado, con ese tono que mezclaba preocupación y un intento de sonar ligera.

—Bien... o lo que se puede aquí. Acaba de irse Jorge —añadió, sin pensarlo.

—¿Jorge? —La voz de Sofía subió medio tono—. ¿Qué hacía allí?

Amalia sonrió levemente, como si Sofía pudiera verla.

—¿Tú qué crees? Ayer no nos cruzamos, pero hoy hemos coincidido. Parece que ha decidido aparecer en el mejor momento... como todo el mundo últimamente.

Sofía soltó un suspiro al otro lado de la línea.

—Madre mía. Bueno... luego me cuentas con calma.

Mientras hablaba, Gael se incorporó, señalando la puerta con un gesto amable.

—Te dejo tranquila, para que habléis un rato —le susurró—. Y yo me voy. Solo quería saber cómo estabas.

Amalia le hizo un gesto de afirmación con la mano, y tapó un segundo el micrófono del móvil.

—Gracias —le dijo.

Gael sonrió, le acarició el hombro suavemente al pasar y salió de la habitación sin hacer ruido.

—Perdona —retomó Amalia la conversación—. Gael estaba aquí y justo se iba.

Sofía, por supuesto, no dejó pasar el dato.

—Vaya... ¿Gael también? ¿Se está instalando ya en el hospital o qué?

—Sofi... —rio ella, frotándose la frente—. No empieces. Está siendo amable, no es lo que piensas.

—No pienso nada —replicó Sofía—. Solo constato que se cogió un billete sin preguntarte y luego siguió con su plan, aunque le dijeras que no fuera.

Amalia puso los ojos en blanco. Y suspiró con cansancio.

—Sofía, en serio... con Laura así y todo lo demás, no tengo ni la energía ni la cabeza para pensar en nada de eso.

Su amiga bajó un poco el tono, más seria.

—Lo sé. Perdona. Si necesitas desconectar, hablar o lo que sea... aquí estoy, ¿vale?

—Lo sé —le dijo agradecida—. Gracias, de verdad.

—¿Y Laura? ¿Sigue igual?

Amalia fijó la mirada en su hermana, que yacía inmóvil en la cama, con la bata del hospital de un verde apagado que le sentaba horrible, mientras los tubos recorrían su cuerpo como raíces que la mantenían conectada a la vida. Las vendas cubrían sus brazos y parte de la cabeza, y cada respiración se escuchaba en el leve subir y bajar de su pecho. Se sintió pequeña frente a esa fragilidad, incapaz de aliviar el dolor ni el miedo que emanaba de aquel cuerpo indefenso.

—Sí. Todo sigue igual. Ni mejor ni peor que el primer día. Como si estuviéramos todos aquí flotando.

—Estoy contigo, Ama. Aunque no esté allí, estoy contigo.

—Sofi... A veces me pregunto si llegaré a superar todo esto.

—¿Todo esto?

—Me refiero a, después de la muerte de mi madre... cuando desaparecieron. Jorge y Laura. Aquella época.

Sofía suspiró al otro lado de la línea, pero no dijo nada. Sabía que su amiga no solía hablar de ese tema, así que esperó a que continuase hablando. No la presionó ni le insistió. Aguardó con paciencia, preparada para escuchar.

—Cuando los perdí... sentí que se me desmontaba algo dentro. Y ahora, al verlos aquí... —Hizo una pausa—. Bueno, viéndolo a él, es como si todo volviera a removerse.

—Es normal, Amal —dijo Sofía al fin—. Fueron dos personas muy importantes para ti. No se supera algo así de un día para otro.

Amalia sonrió un poco, aunque era una sonrisa triste.

—A veces pienso que he rehecho mi vida fuera de Alicante. Pero entonces ocurre esto. Me planto en este hospital, en este pasillo interminable, y me doy cuenta de que aún arrastro un montón de

cosas. Me siento como si hubiera metido todo en una maleta, la hubiese cerrado y ahora se hubiera abierto sola.

Sofía rio suavemente, intentando aligerar un poco el tono.

—Bueno, las maletas siempre terminan abriéndose en el peor momento. Pero también sirve para recolocar lo que llevas dentro.

Amalia dejó escapar una risa ligera.

—Vaya metáfora de autoayuda, ¿eh?

—¿Ves? Ya te estás riendo, que es lo importante.

—Gracias, Sofi —suspiró—. No sabes lo bien que me hace hablar contigo.

Amalia sonrió.

—Estos días tengo la sensación de estar viviendo en un mal capítulo de mi propia vida. —Miró el cielo azul que se reflejaba al otro lado de la ventana, la luz dibujaba sombras en la habitación—. Me paso las horas sentada en esta habitación, esperando, viendo pasar a gente que no sé cómo encajar.

—Bueno —añadió Sofía, con su tono siempre algo cómplice—, al menos tienes compañía, ¿no? Gael está por allí. No me puedo creer que yo haya dicho eso —añadió con una risa llena de sarcástica sorpresa.

Amalia rio, negando con la cabeza.

—Sí, Gael... siempre aparece cuando menos lo espero.

—¿En serio? Pero si es un encanto, Ama —dijo exagerando todas las palabras.

Puso los ojos en blanco al detectar la ironía en su voz.

—Sí, lo es —le defendió.

Sofía bufó al otro lado del teléfono.

—Pero ¿qué es lo que le ves?

Amalia encogió los hombros y se rascó la cabeza con nerviosismo, mordiéndose el labio inferior mientras buscaba las palabras y se

planteaba por qué aquella pregunta de Sofía la incomodaba tanto. Para ella, desde que se conocieron Gael había estado con ella en los momentos más bajos, ofreciendo un apoyo silencioso que no exigía ni reclamaba nada; aun así, ahora percibía cómo su amiga podía interpretar esa presencia impuesta de otra manera, cómo podía parecer demasiado forzada o demasiado intrusiva. Un escalofrío le recorrió el pecho: quizá había más de lo que ella misma entendía sobre lo que sentía por él, y sobre cómo los demás lo percibían.

—No sé. Me cuida mucho. A veces más de lo que me gustaría. Creo que a mí no me sale dar tanto y eso me hace sentir mal — admitió ella en voz baja—. Todo esto me tiene demasiado revuelta.

Sofía bajó un poco el tono, cálida. Sabía que su amiga no estaba preparada para escuchar sus reproches sobre Gael.

—No tienes que tenerlo todo claro ahora. Solo... Mira, deja que esté. Que te acompañe ahora mismo. Ya habrá tiempo de ordenar lo demás.

Amalia tomó aire.

—Eso intento.

—Y yo estoy aquí también, ¿eh? Para lo que sea. Aunque sea a través del teléfono.

Amalia sonrió, con el primer gesto de verdadera calma en horas.

—Te quiero, Sofi.

—Y yo a ti, Amal. Y a Laura también. Dale un beso de mi parte, aunque aún no nos oiga.

—Se lo daré. —Por supuesto que se lo daría.

## 5

### **A pesar de todo, sigo aquí**

*4 de octubre*

Hacía unas horas que había amanecido. Amalia había pasado la noche en el hospital e intentar dormir en aquella incómoda silla fue imposible, aunque sabía que, después del día anterior, habría dado las mismas vueltas en la cama de la pensión. Todavía somnolienta, miró a su hermana. Laura seguía igual, inmóvil, conectada a tubos y máquinas.

El silencio era tan denso que sentía que sus pensamientos se amplificaban dentro de la habitación.

—Laura... —susurró, con un hilo de voz—. No sé si puedes oírme, pero voy a hablar igual. Porque si no lo digo ahora, no lo diré nunca.

Se sentó en la silla junto a la cama y se inclinó hacia ella, apoyando los codos sobre las rodillas.

—Te guardé tanto rencor... —A ella misma le sorprendió la dureza de su voz—. Te odié por dejarme sola. Por desaparecer sin una explicación y llevarte a Jorge cuando más os necesitaba. Por vivir como si yo no existiera.

El monitor seguía marcando su ritmo, inmutable.

—Seguro que ahora te reirías de mí —añadió, con una mueca—. Dirías que exagero, que dramatizo, que siempre he sido demasiado

intensa. Y yo... yo te contestaría que eras tú la que siempre huía cuando las cosas se ponían feas.

Amalia bajó la mirada, atrapada en un recuerdo que volvía con una claridad incómoda.

*Un verano sofocante en la casa familiar. El olor a césped recién cortado entraba por la ventana. Ella y Laura estaban en la terraza, con limonada fría en las manos.*

*Jorge se había acercado para devolver un libro y la conversación, inocente al principio, se había alargado más de la cuenta.*

*—Gracias por prestármelo, Laura —dijo Jorge, levantando el ejemplar de Cien años de soledad—. Me ha salvado.*

*—Siempre exageras. —Rio Laura, apartándose un mechón de la cara—. Seguro que ni lo has terminado.*

*—Pues claro que lo he terminado —protestó él, divertido—. Aunque tuve que saltarme algunas partes.*

*—Yo también lo he leído —intervino Amalia, entusiasmada—. ¿Qué te pareció el final?*

*Jorge abrió la boca, pero, antes de contestar, Laura se inclinó hacia él.*

*—Seguro que se le ha olvidado —bromeó, con un destello de complicidad en los ojos.*

*Él rio, bajando la vista un segundo, y Amalia sintió que algo invisible se tensaba en el aire, teñido de un silencio extraño.*

*Jorge apoyó el libro sobre la mesa de la terraza. Laura jugó con la pajita de su limonada. Amalia pasaba la mirada de uno a otro, con un nudo en el estómago.*

*Cuando él se marchó, se formó un silencio aún más denso entre ellas.*

*—Parecía encantado de verte —dijo Laura al final, con malicia y sin mirarla.*

*—Solo ha venido a devolvarte el libro —respondió Amalia, con un nudo que no supo explicar.*

*Su hermana sonrió de medio lado, y esa sonrisa quedó grabada como una espina.*

Amalia abrió los ojos de golpe, como quien surge de debajo del agua en busca de luz y aire. Se levantó y se inclinó sobre la cama, observando el rostro de Laura, tan sereno como ajeno.

—¿Fue ese el principio de todo? —preguntó en voz baja—. ¿Fue entonces cuando elegiste? ¿Cuándo decidiste alejarte de mí para acercarte a él?

Tragó saliva, conteniendo un temblor.

—Si hubieras confiado en mí, si me lo hubieras dicho... tal vez lo habría soportado. Pero me dejaste con la duda, con la rabia, con el vacío.

Sus ojos se humedecieron, aunque no lloró.

—Lo peor es que, a pesar de todo, sigo aquí. Esperando que despiertes, aunque no sé si quiero gritarte o abrazarte.

Se quedó quieta, con la mano cerca de la de su hermana pequeña, sin llegar a tocarla, mientras en el exterior las horas pasaban, largas y pesadas.

Solo se atrevió a volver a hablarle cuando el sol empezó a descender, tiñendo las paredes de un resplandor dorado.

—Solo quiero entenderte... —susurró—. Y decirte que te he echado de menos cada maldito día.

Amalia permaneció un momento más junto a la cama, observando a Laura con los párpados ligeramente cerrados. Cada respiración

retumbaba en su pecho. Sabía que no podía quedarse más tiempo. No quería coincidir con Jorge. Habían pactado unos horarios y Amalia no estaba preparada para enfrentarlo todavía.

Se levantó con movimientos lentos y pesados y cogió su bolso. Mientras cerraba la puerta de la habitación, respiró hondo, intentando despejar el nudo que sentía en la garganta.

Bajó por los pasillos del hospital con pasos suaves. Caminó por la acera y trató de ordenar sus pensamientos, de mantener a raya la angustia.

Al pasar por un quiosco, algo la detuvo. Allí, en un estante lleno de postales y recuerdos, vio una fotografía de Santa Pola y la memoria rescató el recuerdo de un verano.

*Su madre había decidido que necesitaban «un respiro de ciudad» y las arrastró hasta una zona más tranquila, a un apartamento alquilado en Santa Pola. A Amalia, con dieciséis años, le fascinó. A Laura, con sus catorce, no tanto: mientras dejaba la maleta en el suelo con un suspiro teatral, dijo que el sitio olía a lejía y a pan tostado, aunque al cabo de unos minutos ya estaba asomada al balcón, evaluando aquel escenario como si le perteneciera.*

*—¿No decías que odiabas la arena? —preguntó Amalia, viendo cómo su madre extendía la toalla con una determinación ridícula en la arena de esa playa casi virgen.*

*—Solo la odio cuando hay mucha gente a mi alrededor —contestó ella, quitándose las sandalias y hundiendo los pies en la orilla.*

*—Pues hoy estás de suerte —intervino Laura, ya metida hasta las rodillas en el agua—. Aquí no hay nadie que te juzgue.*

*Pasaron el día entre risas y salpicaduras. Laura fue la primera en lanzarse al agua, obligándolas a seguirla; Amalia fingió que*

*protestaba, pero terminó riendo cuando su hermana la arrastró mar adentro. La piel se les cubrió de sal y el pelo se les convirtió en un desastre idéntico. Durante unas horas no hubo comparaciones ni recelos, solo el sol cayendo sobre las tres.*

*Por la noche cenaron en una terraza donde un camarero coqueteó abiertamente con su madre. Laura lo observaba con media sonrisa cómplice; Amalia fingía indignarse.*

*—No me digas que estás celosa —bromeó la madre.*

*—Me da vergüenza —respondió Amalia, sin ocultar una sonrisa.*

*—A mí me parece maravilloso —dijo Laura, brindando con su vaso de agua.*

*—Pues acostumbraos —replicó su madre, levantando la ceja—. A la vergüenza y al amor se les pasa la edad si no se les da uso.*

*Caminaron hasta el paseo marítimo. El aire olía a algas, a salitre, a crema solar. Laura se adelantó unos pasos, hablando por el móvil con alguna amiga. Amalia caminaba al lado de su madre, sintiendo el roce cálido de su presencia.*

*La madre la tomó del antebrazo y, sin mirarla, dijo:*

*—No te olvides nunca de disfrutar, Amalia. Ni de perdonar. Aunque sea tarde.*

*Unos metros más adelante, Laura giró la cabeza y las llamó con un gesto impaciente, como si el mundo siempre estuviera esperándola. Amalia no sabía entonces cuánto tardaría en comprender aquellas palabras.*

Amalia abrió los ojos, como si el recuerdo la hubiera dejado al borde de romperse. El corazón le latía con fuerza, y un nudo persistente le apretaba la garganta. Inspiró hondo, tratando de recomponerse, cuando un suave roce contra su pierna le hizo dar un respingo.

Un gato callejero, de pelaje gris y manchas blancas, se frotaba contra ella con insistencia, ronroneando, como exigiendo mimos. Amalia se agachó y le acarició la cabeza. Su ronroneo bajo y constante le brindó una extraña sensación de calma, un hilo de ternura que la conectaba con algo más simple, más cercano.

—Hola, pequeño —sonrió—. Parece que tú y yo nos entendemos.

El gato la siguió cuando se incorporó, caminando a su lado mientras embocaba la calle hacia la pensión. Cada paso se volvió un poco más liviano, como si aquella compañía mitigara el peso de los recuerdos y del vacío que la había perseguido durante horas.

Llegaron a la acera frente a la pensión y Amalia se detuvo. El gato se sentó a sus pies, mirando hacia ella con ojos grandes y atentos y despertó un calor inesperado en el pecho.

—Supongo que... tenemos que despedirnos aquí —murmuró—. No nos van a dejar entrar juntos.

Mientras giraba la llave de la puerta principal del edificio, el animal la miraba, ronroneando sin descanso. Amalia no pudo evitar reírse. Subió las escaleras hasta su habitación, dentro la esperaba aquel silencio ya familiar. Pero, por un instante, el recuerdo del gato le recordó que incluso en la soledad, la ternura podía aparecer en los lugares más insospechados.

Amalia, que echaba de menos una voz amiga, sacó el móvil y marcó un número.

—¿Hola? —contestó Sofía—. ¿Qué tal vas?

—Hola... —respondió, con un hilo de voz—. Estoy... cansada. Triste. Todo es demasiado.

—No me digas eso. —Sofía sonaba tranquila y eso la ayudó—. Estás ahí, ¿verdad? En Alicante. Pues ya está. Yo me acercaré en cuanto pueda, quizá vaya a pasar unos días a casa de mi abuela, necesito un descanso de la dichosa tesis...

Amalia suspiró.

—Sería genial tenerte cerca. No sabes lo duro que es ver así a Laura, conectada a máquinas, sin poder hacer nada para arreglarlo. Y, además, Jorge anda por la ciudad, y cada vez que pienso en cruzármelo me siento... mal.

Sofía guardó silencio unos segundos que parecieron muy largos.

—Uf... Entiendo que eso lo haga más difícil —dijo Sofía, con tono serio pero calmado—. Pero tú no estás sola en esto, siempre puedes contar conmigo.

—Lo sé —dijo Amalia, apretando el teléfono contra su mejilla—. Solo... me pesa todo de golpe. La ciudad, el hospital, las visitas, los silencios de Laura y la idea de que él pueda aparecer en cualquier momento.

—No puedes cargar con todo eso sola —insistió Sofía—. Hablar nos ayuda a estar juntas, aunque sea desde lejos. Solo respira, Ama. Lo estás haciendo lo mejor que puedes.

Amalia cerró los ojos un momento, dejando que la voz de Sofía la calmara.

—Gracias, de verdad. Que me escuches, aunque no sepas lo que se siente, me ayuda.

—Siempre, Ama —dijo Sofía—. Solo cuida de ti misma también. Todo lo demás... poco a poco.

—Sofi, te quiero.

—Yo también, tía. Cuídate.

## 6

### Pequeñas treguas de paz (o de guerra)

*5 de octubre*

Amalia bajó al pequeño patio interior del hospital con un termo de té que había traído de la pensión. Gael ya estaba allí; la noche anterior habían hablado, y Amalia había cedido ante la ternura de su insistencia por acompañarla, aunque había preferido quedar directamente en el hospital.

—Buenos días, heroína del té —dijo él, dedicándole una caballerosa reverencia en un saludo teatral.

—He venido a rescatarnos del café recalentado de la cafetería —respondió ella, con una sonrisa cansada.

—Por eso estoy siempre a tu servicio. Y hoy me declaro guardián oficial del patio. Nadie entra sin permiso.

Amalia se apoyó en la barandilla junto a él.

—¿Sabes? —dijo ella—. Este lugar no es tan terrible cuando hay alguien con quien compartir el silencio.

—Vaya, eso ha sonado casi poético —replicó él sonriendo—. Casi.

—Casi lo es —sonrió también Amalia—. No voy a fingir que todo está bien, pero... esto es soportable.

Se hizo un silencio cómodo. Gael sacó una manzana de su mochila y se la ofreció.

—Para tu energía literaria —dijo—. O para los dramas improvisados del hospital.

—¿Literaria? —Amalia le dio un mordisco a la fruta—. No sé si mi cerebro está preparado para la creatividad. Solo sobrevive a base de té y sarcasmo.

—Entonces estás en buena compañía. Yo también sobrevivo a base de sarcasmo y de café descafeinado.

Ambos rieron y el sonido se mezcló con el viento y el lejano murmullo de los pacientes. Por unos segundos, el hospital parecía otra cosa, un lugar donde incluso las pequeñas bromas tenían cabida.

—Oye —dijo Amalia, jugando con la tapa de su termo—, ¿sabes lo que necesitamos?

—No, pero imagino que algo espectacular. —Arqueó una ceja.

—Un plan de escapes estratégicos —dijo ella con una sonrisa traviesa—. Hoy, por ejemplo, podríamos huir de aquí veinte minutos y fingir que somos turistas en la ciudad.

—Me apunto. —Le guiñó un ojo—. Pero solo si prometes no perderme por callejones sospechosos.

Amalia rio de nuevo y sintió que podía respirar sin culpa, sin prisas ni presiones. Que, aunque el dolor y la incertidumbre seguían presentes, había momentos que podían ser solo suyos.

—Vale —dijo ella, mirando el cielo—. Veinte minutos de libertad. Solo nosotros y el sol.

Gael la observó de nuevo sonriente.

—Mientras no te escapes demasiado lejos de mí... Pero, te advierto, si alguien nos descubre haciendo algo que no debemos, te echaré la culpa.

Y, mientras se dirigían hacia la puerta del hospital, ambos rieron con la ligereza de quienes por fin recuerdan que la vida también

tiene pequeñas treguas.

—Bien. —Gael se detuvo un instante, los brazos cruzados—. Plan de escape urbano: paso uno, evitar a todo el personal del hospital. Paso dos, no cruzarnos con nadie que nos reconozca.

—Paso tres: mantener una conversación civilizada —se sumó Amalia, esbozando una sonrisa ligera—. No quiero que nadie piense que somos pacientes fugitivos.

—Civilizada, claro —dijo él, fingiendo solemnidad—. Aunque sospecho que nos va a costar un poco.

Avanzaron por la calle tranquila frente al hospital, dejando que la brisa cálida les acariciara la cara, y Amalia se descubrió pensando que quizá podía dejar de cargar con todo durante unos minutos.

—A veces creo que me gustaría ser invisible —murmuró, mirando el cielo.

—No mientras yo esté cerca. No te perdería ni aunque lo intentaras. Las llaves de casa sí, cada poco, pero a ti no.

Ambos rieron. No era una risa exagerada ni infantil, sino esa clase de risa que aparece cuando el cuerpo afloja la tensión sin darse cuenta.

Llegaron a un parque pequeño, con bancos de madera y columpios que chirriaban suavemente cada vez que el viento los movía. Amalia se sentó primero. Notó cómo sus hombros descendían apenas unos centímetros, como si incluso su cuerpo necesitara permiso para descansar.

Gael apoyó un brazo en el respaldo del banco y la observó unos segundos antes de hablar.

—Vale. Ya que hemos escapado del hospital oficialmente, tenemos que decidir quiénes somos.

Amalia arqueó una ceja.

—¿Cómo que quiénes somos?

—Sí. Si este es nuestro mundo paralelo, no podemos seguir siendo nosotros. Es hacer trampas.

Ella soltó una pequeña risa nasal.

—¿Y quién se supone que eres tú?

Gael fingió pensarlo con solemnidad.

—Soy un fotógrafo argentino venido a menos que viaja por ciudades costeras haciendo retratos horribles a turistas.

—Muy específico.

—Porque es verdad. En este universo alternativo vivo en una pensión cutre frente al mar y siempre huelo un poco a tabaco y café frío.

Amalia lo miró divertida por primera vez en días.

—Eso último tampoco se aleja tanto de la realidad.

—Tu turno.

Ella dudó. La respuesta le llegó antes de poder filtrarla.

—Soy una chica que coge trenes sin avisar a nadie.

Gael no bromeó esta vez. La miró con atención.

—¿Y adónde va?

Amalia se encogió ligeramente de hombros.

—A cualquier sitio donde nadie la conozca. Cambia de ciudad cada pocos meses. Nunca se queda el tiempo suficiente como para echar raíces.

El ruido lejano de unas bicicletas cruzó el parque. Durante un instante, la idea pareció demasiado real.

—¿Y está sola? —preguntó él más bajo.

Ella tardó en responder.

—Casi siempre.

Gael desvió la vista hacia los árboles, como si intentara imaginarla de verdad en estaciones desconocidas, con una mochila al hombro y la costumbre de marcharse antes de querer demasiado algo.

—Pues en mi versión de la historia —dijo al final— el fotógrafo argentino acaba encontrándola en alguna cafetería de Lisboa.

—¿Lisboa?

—Claro. Todas las personas que intentan desaparecer terminan en Lisboa. Es una ley universal.

Amalia sonrió. Y esta vez la sonrisa permaneció un poco más.

—¿Y qué pasa entonces?

Gael se acomodó mejor en el banco.

—Nada espectacular. Él le hace una foto porque dice que tiene cara de estar a punto de irse otra vez.

—¿Y ella?

—Ella le miente. Dice que no piensa marcharse.

Amalia bajó la vista hacia sus manos.

Algo en aquella conversación absurda le dolió de una forma inesperada. Porque, por unos minutos, el hospital había desaparecido de verdad. Laura no estaba conectada a máquinas. No existían las llamadas pendientes, ni el cansancio acumulado, ni el miedo constante a recibir otra noticia capaz de romperlo todo.

Solo eran dos desconocidos inventándose una vida distinta.

Gael le dio un pequeño golpe con el hombro.

—Eh. Regla número uno del mundo paralelo: no se puede poner cara triste.

—Perdón.

—Regla número dos: si alguien pregunta, nos conocimos en una estación de tren.

—¿Y la número tres?

Él sonrió apenas.

—Que cuando todo se vaya a la mierda... volveremos aquí un rato. La frase quedó suspendida entre ambos.

Amalia sintió algo extraño en el pecho. No exactamente felicidad. Más bien alivio. Como si Gael acabara de construir un lugar diminuto donde esconderse cuando el resto pesara demasiado.

El tiempo pareció ralentizarse alrededor del banco: el sol filtrándose entre los árboles, las voces lejanas de los niños, la sensación tibia de no tener que pensar durante unos minutos.

Hasta que Gael se puso de pie.

—Vale. Última decisión importante del día: ¿nos quedamos atrapados en este universo o volvemos antes de que nos declaren desaparecidos?

Amalia lo observó unos segundos antes de levantarse también. Quería quedarse allí. Quería seguir siendo esa chica que cogía trenes y desaparecía de ciudad en ciudad sin mirar atrás. Pero el hospital seguía existiendo, esperándola a pocas calles de distancia.

—Supongo que podemos volver —dijo al final—. Pero solo porque Lisboa seguirá ahí mañana.

Gael sonrió despacio, como si acabara de guardar aquella frase para más adelante.

—Entonces tenemos trato.

Le ofreció la mano y Amalia entrelazó sus dedos con los de él mientras regresaban hacia el hospital, llevando todavía encima un poco de ese lugar inventado que, por un rato, había conseguido parecer real.

El aire acondicionado del vestíbulo del hospital los envolvió de inmediato.

—Listos para enfrentarnos de nuevo al mundo real —dijo Gael, con media sonrisa, dejando que la mano de Amalia se deslizara suavemente de la suya.

—Sí —contestó ella, respirando hondo—. Pero ahora siento que puedo hacerlo sin desmoronarme. Al menos un poco.

Subieron en el ascensor en silencio. Cada piso que pasaban, Amalia notaba cómo la tensión regresaba, pero de manera distinta: más controlada, más manejable.

Al llegar al cuarto de Laura, la vio igual que antes: inmóvil, con los monitores marcando su ritmo constante. Aun así, la presencia de Gael y esos minutos de respiro le habían dado un pequeño margen de fortaleza.

—Hola de nuevo —dijo ella, por costumbre, mientras entraban.

Gael se acomodó en la silla junto a ella, y observó a Laura con respeto. Advirtió cómo miraba impotente a su hermana pequeña, cómo le urgía una reacción que no llegaba.

—Saldrá de esta, Amalia —dijo él en voz baja—. Y mientras tanto, esto es todo lo que puedes darle: estar presente, aunque sea un poco.

Ella asintió, pero su pecho seguía apretado. Las palabras de Gael eran acertadas, y su cercanía le provocaba un calor agradable, casi reconfortante, pero sabía que ese consuelo era pasajero y no sustituiría lo que necesitaba afrontar por sí misma. Durante unos segundos, el recuerdo de la risa compartida y la sensación de tregua la hizo dudar: ¿sería egoísta apartarlo ahora, después de un momento tan ligero y tierno? Un pellizco de miedo le recorrió la espalda al pensar en su posible reacción, en cómo sus ojos podrían cambiar, en cómo podría sentirse rechazado. Sin embargo, debajo de ese temor estaba otra certeza más fuerte: necesitaba escoger su propio proceso, incluso si eso significaba romper un instante de felicidad. Con suavidad, casi temiendo la respuesta, le pidió lo que sabía que debía pedir: tiempo para estar sola con Laura. Y, en esa elección, se permitió reconocer que decidir por sí misma también era un acto de coraje.

—Gael —dijo con suavidad—, necesito estar a solas con Laura.

Él frunció el ceño, con esa expresión que solía confundirse entre preocupación y molestia.

—¿Otra vez? —preguntó, bajando la voz—. Amalia, no me malinterpretes... pero no quiero que estés sola en esta situación.

—Lo sé —mantuvo la voz firme—. Agradezco todo lo que haces por mí. Pero preferiría que te fueses.

Él respiró hondo, visiblemente irritado.

—Me preocupo, Amalia. Yo solo... no quiero que te suceda algo, que te derrumbes.

Amalia cerró los ojos, buscando el valor para confrontarle.

—Gael, de verdad, es lo que necesito. Prefiero quedarme a solas con ella, ¿te importa?

—Solo intento protegerte. —Gael alzó la voz un instante, sin gritar, pero con una firmeza que cortaba el aire—. ¡Hace nada estaba haciéndote reír! ¿Acaso eso está mal? ¿Por eso me apartas?

Amalia sintió un nudo en la garganta.

—No te aparto, solo... necesito espacio para pensar.

Él se pasó la mano por el pelo, frustrado, y dio un paso hacia ella. El silencio que siguió fue pesado. Gael bajó la mirada, respirando con fuerza, mientras Amalia recogía su bolso. Abrió la boca para discutir, pero ella se adelantó.

—Creo que... deberíamos salir un momento. —Ella señaló la puerta—. Necesitamos aire, despejarnos un poco.

Gael la siguió con la vista, aún con tensión en los hombros, y negó lentamente.

—No —contestó—. Lo que tengamos que hablar podemos hablarlo aquí mismo.

Amalia podía sentir el cepo en cada respuesta de Gael. Algo que antes había pasado inadvertido, algo que quizá no había querido ver, ahora se mostraba con claridad.

Respiró hondo, intentando ordenar sus emociones.

—Gael —dijo al fin—. Esto... lo de antes, tu manera de actuar... necesitamos hablar de verdad sobre límites.

Él la miró, serio, con una mezcla de frustración y desafío en los ojos.

—Lo sé —dijo—. Lo sé, pero no sé si puedo no preocuparme.

—Pues tendrás que aprender —contestó ella, con firmeza—, porque preocuparme no significa que no pueda manejar esto sola.

—Amal... —comenzó diciendo él, con un tono que buscaba suavidad, pero sonaba terco—. No entiendo por qué actúas así. Solo quiero estar cerca.

—Porque no siempre quiero que lo estés —replicó ella, girándose para mirarlo—. No se trata de ti o de mí, Gael. Se trata de que estoy cansada de sentirme supervisada todo el tiempo.

Él frunció el ceño, cruzando los brazos.

—¿Supervisada? No te estoy supervisando, estoy... —hizo una pausa, buscando la palabra— protegiéndote.

—Protegerme no es lo mismo que decidir por mí —elevó ligeramente la voz, el cansancio transformándose en hastío—. Cada vez que haces esto, cada vez que intentas controlar lo que hago, me alejas. No me siento acompañada, me siento... vigilada.

Gael dio un paso más cerca, recortando el espacio entre ellos, y su mirada se endureció.

—Entonces, ¿quieres que me quede de brazos cruzados mientras te enfrentas a todo esto sola? —preguntó con un tono de reproche—. ¿Eso es lo que quieres?

—¡No! —contestó Amalia, con un tono que fundía tristeza, frustración y agotamiento—. Quiero que estés, sí. Pero no así. No imponiéndote, no haciendo que todo lo que hago parezca insuficiente si no estás controlando cada detalle.

Gael respiró hondo, intentando calmarse, pero su mandíbula estaba tensa.

—¿Sabes qué pasa, Amal? —dijo, con voz baja, casi un murmullo que resultaba más intimidante—. Me cuesta dejarte ir así. Me cuesta verte sola y no poder... guiarte.

Esa última palabra cayó sobre Amalia como un peso inesperado. Sintió un escalofrío que le recorrió la espalda y un nudo que le apretaba la garganta.

—¡No me guíes, Gael! —contestó ella—. Yo no necesito un guía. Necesito que respetes mis decisiones, incluso si no coinciden con las tuyas.

El silencio se instaló entre ellos. Gael la miraba con ojos cargados de frustración y preocupación, pero también con algo más: la necesidad de recuperar las riendas.

—Está bien —dijo finalmente, con la voz baja, aunque rígida—. Salgamos de aquí —añadió con un suspiro, más para sí que para ella—. Necesito tiempo para procesar esto y para... no hacer algo de lo que me arrepienta.

Amalia asintió, aún con el corazón latiendo rápido, pero con una claridad nueva: tenía la necesidad de marcar límites y era más urgente que nunca.

—Sí, necesitamos espacio —dijo—. Para los dos.

—No sabía que Jorge había pasado por aquí —dijo Gael, señalando una chaqueta de cuero que reposaba olvidada en la butaca.

Al mencionar la chaqueta de Jorge, algo en Gael cambió sutilmente, pero lo suficiente para que Amalia lo notara. Los labios se curvaron en una sonrisa breve, casi irónica, que no llegó a sus ojos, donde se dibujó una sombra de rabia contenida. Amalia sintió un escalofrío al percibir esa intensidad; era una faceta de él que

nunca antes había visto, y la hizo encogerse ligeramente, como si de repente el aire entre ellos se hubiera cargado de electricidad y advertencia. Aun así, se mantuvo firme.

—No era algo que tuviera que contarte —respondió, deteniéndose y cruzando los brazos—. Viene por Laura.

—Claro, claro. No pasa nada. —Pero su mirada se desvió hacia otro lado, dando un paso más cerca—. Amal... yo solo intento estar al tanto.

—¿Al tanto? —replicó ella, con un tono ácido que le salió sin querer—. ¿O decidir por mí lo que es mejor? Porque son cosas distintas, Gael...

Hubo un instante de silencio. Los dos respiraban con fuerza, y por un momento, todo el ruido del hospital pareció desaparecer, dejando solo la presión de lo no dicho.

—Entonces dime —continuó, más tranquila pero firme—, ¿quieres estar conmigo o quieres estar en mi vida como si fuera tuya? Porque no es lo mismo, Gael.

Él la miró, sorprendido por la claridad de sus palabras, en apariencia consciente del límite que había cruzado.

—Solo sé que no quiero perderte —admitió al fin, con un hilo de voz.

—Yo tampoco quiero perderte —replicó Amalia, suavizando un poco el tono—. Pero no voy a ceder mi libertad por miedo a que te alejes.

El silencio la envolvió, pesado, con solo el sonido lejano del hospital. Gael se alejó unos pasos. Aquella distancia fue un alivio, aunque también dejaba un vacío.

Justo en ese momento, un pitido agudo rompió el silencio. Amalia se giró hacia la habitación, sorprendida. El pitido se clavó en sus oídos como una amenaza.

—¡Laura! ¿Qué pasa?

Las máquinas parecían alterarse, los monitores pitaban con un ritmo irregular. Amalia se acercó a la cama y vio que algo en la pantalla del equipo había cambiado, provocando un caos de sonidos y luces. Laura permanecía inmóvil, pero el monitor marcaba picos que no deberían estar ahí. Amalia no podía reaccionar.

—¡Llama a enfermería! —gritó Gael, mientras Amalia, temblando, intentaba mantener la calma.

Enseguida llegaron corriendo dos enfermeras.

El pitido era ensordecedor, idéntico al último recuerdo que tenía de su madre hospitalizada. No era solo un sonido. Era la presión constante que dejaba, esa vibración que le atravesaba el pecho y le subía hasta la garganta, como si alguien hubiese apretado un botón invisible dentro de ella. Todo lo demás se volvió borroso, amortiguado, lejano.

Las voces alrededor llegaron deformadas, como si vinieran desde el fondo de una piscina. Intentó respirar, pero el aire no terminaba de entrarle en los pulmones. Cada inspiración era corta, incompleta, y el cuerpo se le quedó rígido, incapaz de reaccionar. El pitido rompía el tiempo, lento y cruel, igual que entonces: las noches interminables sentada junto a la cama de su madre, contando los segundos entre un sonido y el siguiente, temiendo que en cualquier momento dejara de oírlo.

La sensación de que algo estaba a punto de romperse se apoderó de Amalia. Miedo, culpa y soledad.

Gael estaba detrás de Amalia, todavía conteniendo la respiración. No estaba en *shock* como ella; podía pensar con claridad y escuchar todo.

—Señorita, necesito que salga al pasillo unos minutos —dijo la médica, con una voz cargada de resolución y confianza—.

Necesitamos trabajar aquí dentro.

Gael no esperó a que Amalia reaccionara. En un gesto protector, le rodeó los hombros con el brazo.

—Vamos —susurró—. Vamos, Amalia. Tu hermana estará bien.

Amalia temió derrumbarse.

—No quiero —murmuró, apenas audible, como si cada palabra de la médica hubiera sido un golpe.

—Lo sé. —Gael presionó su frente contra la de ella, en un gesto que combinaba calma y cercanía—. Pero no podemos quedarnos aquí. Solo unos minutos. Yo estoy contigo.

Finalmente, Amalia dejó que él la guiara. Sus manos se aferraron a la chaqueta de Gael mientras salían al pasillo. Él la sostuvo firme, brindándole refugio, consciente de que ese abrazo era más que contacto físico: era un ancla.

## 7

### Lo que queda cuando el ruido se apaga

*Mismo día*

Amalia salió al pasillo acompañada por Gael. La luz blanca del hospital le resultaba casi agresiva después de la penumbra de la habitación de Laura, y cada pitido del monitor seguía resonando en su cabeza como un tambor lejano que no quería detenerse. Su corazón aún latía con fuerza, y sentía la respiración entrecortada, como si el aire fuera más denso de lo habitual.

—¿De verdad vas a quedarte ahí congelada mientras pasa todo esto? —dijo Gael, con tono entre serio y exasperado—. Una no puede bloquearse así en medio de una urgencia, Amalia.

Ella lo miró de reojo, apenas consciente de sus palabras. No podía concentrarse en la reprimenda; el pitido la llevaba a otro lugar, a otro tiempo. Ese mismo sonido, idéntico, la había acompañado años atrás, cuando su madre estuvo hospitalizada. La habían monitorizado varias veces y Amalia recordaba perfectamente cómo aquel pitido ensordecedor se clavaba en su cabeza y la paralizaba, haciéndola sentir inútil, impotente. ¿Laura estaba con ella en esos momentos? No lo recordaba con claridad, solo la sensación de miedo profundo mezclado con rabia y culpa.

Gael la miraba, frustrado.

—Amalia... —susurró, más suave esta vez—. Respira. Tienes que concentrarte en el presente.

Ella asintió despacio, con las manos aferradas a su bolso, mientras sentía que sus piernas todavía dudaban. Cada pitido parecía un eco de aquel dolor pasado, y se obligó a seguir caminando.

El pasillo estaba vacío, salvo por el personal sanitario que entraba y salía. La sensación de aislamiento era casi física, un frío que se colaba por debajo de la piel. Gael se mantuvo a su lado, vigilante, como si pudiera absorber cualquier peligro antes de que la alcanzara.

—No dejes que esto te domine —insistió Gael—. Mira, estoy tratando de ayudarte, y necesito que me escuches, céntrate en mi voz.

Amalia cerró los ojos un momento, dejó que su memoria flotara entre el pitido y la luz blanca: veía a su madre recostada en la cama, los tubos, las manos temblorosas. Laura a su lado, con el ceño fruncido, negándose a aceptar lo que la enfermera le decía. La madre sonreía con esfuerzo, intentando aliviar la tensión de la habitación, y Amalia sentía que el mundo se le caía encima con solo veinticinco años. Esa sensación de miedo, de impotencia y de amor concentrado en un punto volvió ahora con una claridad insoportable.

—Gael... —murmuró, con la voz apenas audible—. Lo siento... es que...

—Shh. —La rodeó con un brazo—. Está bien, estoy aquí. Solo te pido que no te dejes arrastrar por la desesperanza ahora.

Amalia asintió, apoyando la frente contra su hombro. La presencia de Gael le daba un pequeño respiro, un ancla entre el pasado y el presente, aunque sabía que no podía permanecer en ese abrazo por mucho tiempo. Tenía que recuperar la compostura.

Y entonces lo vio.

Jorge estaba al final del pasillo hablando con una enfermera. Su mera presencia hizo que Gael se enderezara y entrelazase sus dedos con los de Amalia, como marcando un territorio invisible. La tensión se disparó en el aire, eléctrica, casi palpable.

—¿Qué hace él aquí? —murmuró Gael entre dientes.

Amalia abrió los ojos, intentando explicar, pero la confusión y el ruido en su cabeza dificultaban que sus palabras salieran coherentes. El pitido todavía vibraba en sus oídos, mezclando pasado y presente.

La médica apareció en ese momento.

—Haremos unas pruebas a Laura, pero ahora está estable. Pueden pasar.

Jorge se adelantó, pero Gael sostuvo firmemente a Amalia por el brazo, impidiendo que lo siguiera sin más.

—No voy a dejar que te acerques a él —dijo Gael con voz firme, casi un rugido—. Necesito que me expliques qué estás haciendo.

Amalia respiró hondo, tratando de calmarlo y calmarse a sí misma.

—Gael... no es lo que crees... yo... no quiero... —Sus palabras se entrecortaban, incapaces de abarcar la intensidad de la situación.

—¿Qué hace tu ex aquí? —repitió, con la voz cargada de enfado—. ¿Le has llamado?

—¡No! —exclamó Amalia, con frustración y sorpresa—. ¡No tiene sentido! He estado contigo todo el tiempo, Gael. ¡Me has visto!

Él no parecía convencido. Sus dedos se apretaban alrededor del brazo de Amalia, marcando un límite invisible.

—No lo entiendo... ¿Quieres estar con él? —dijo, con la voz baja pero peligrosa—. Porque me pediste que me fuera, pero él está aquí...

Amalia sintió un nudo en el pecho, incapaz de que sus palabras alcanzaran el tono adecuado.

—¡Gael, no! No es lo que crees. No quiero estar con él. Nunca lo pedí, nunca...

—Pues explícame, entonces—dijo Gael, con voz tensa, casi un rugido contenido—. Porque estoy cansado de adivinar lo que pasa por tu cabeza.

—No hay nada que adivinar —susurró ella, con lágrimas acumulándose en los ojos—. No tienes que entenderlo, solo... confía en mí, por favor.

Pero Gael no podía calmarse. Dio un paso atrás, soltó el brazo de Amalia y se alejó por el pasillo con un gesto de frustración que la dejó paralizada. Amalia bajó la cabeza, sintiéndose culpable.

Respiró hondo y empujó la puerta de la habitación. El pitido del monitor volvía a ser estable y de nuevo un recuerdo la atravesó. Laura había llorado, negándose a aceptar la enfermedad que se extendía silenciosa por el cuerpo de su madre. Amalia recordaba la impotencia, el miedo y sobre todo el amor concentrado que había sentido por ambas: su madre intentando sostenerlas, Laura negando la realidad, ella intentando ser fuerte sin saber cómo.

—Lo siento, mamá... —susurró Amalia, mientras se acercaba a la cama de su hermana pequeña—. Lo siento tanto, Laura.

Seguía inmóvil, conectada a tubos y máquinas. Cada respiración, cada pitido, recordaba a Amalia que el tiempo podía ser traicionero, y que no había forma de proteger a los que amaba completamente. Sin embargo, también recordó la resiliencia que su madre había intentado transmitirles.

Tomó la mano de su hermana con delicadeza. No podía reparar el pasado, ni calmar todos los miedos, ni borrar el dolor que sentía, pero podía sostenerla, estar presente. Jorge, mientras tanto, se mordía las uñas como si así pudiera evitar desmoronarse.

Amalia cerró los ojos un instante, dejando que aquel calor la llenara, recordándole que, aunque la impotencia y la tristeza fueran enormes, todavía había espacio para cuidar, para amar y para resistir.

Y con ese pensamiento, respiró hondo y se sentó junto a Laura, decidida a permanecer, aunque todo a su alrededor se tambaleara.

Con la mirada fija en el respirador, tuvo la sensación de que, si cerraba los ojos, podría oír las voces de ambas, mezcladas: su madre cantando bajito y Laura riendo en la distancia.

Por primera vez desde que llegó al hospital, no sintió rabia.

Solo un cansancio suave, casi amable.

Se inclinó y le apartó un mechón de pelo a su hermana.

—No tardes tú tampoco —susurró—. Ya hay bastante silencio por hoy.

El pitido del monitor siguió su ritmo constante, como si respondiera.

Amalia continuó allí, inmóvil, hasta que la noche cubrió por completo la ventana.

## 8

### El día que amaneció distinto

*7 de octubre*

Amalia aguardaba en la estación de tren, apoyada contra la ventanilla, observando cómo el reflejo de las luces del andén parpadeaba en el cristal como un recuerdo intermitente que no podía ignorar. Cada silbido del tren, cada movimiento a su alrededor, le resultaba casi insoportable; su cabeza seguía atrapada entre el pitido del monitor del hospital, la tensión de Gael al cruzarse con Jorge y la imagen de Laura inmóvil en la cama. Cada pensamiento parecía un eco de alarma que la mantenía a medio camino entre la vigilancia y el colapso.

Respiró hondo, tratando de calmar el temblor de sus manos, mientras sus ojos recorrían cada rostro que pasaba, cada maleta rodando, cada cartel de horarios que anunciaba salidas y llegadas. No era ansiedad por la llegada de Sofía, sino miedo de enfrentarse a la ciudad, a la rutina normal, después de días tan intensos.

Y entonces la vio.

Sofía bajó del tren, con la maleta rodando a su lado y la sonrisa cansada de quien está aguantando demasiado en silencio. Amalia sintió como el calor del hogar en sus pasos.

—¡Sofi! —Amalia se adelantó para abrazarla, sin poder contenerse—. ¡Qué ganas tenía de verte!

Sofía la abrazó con fuerza, con esa calidez que siempre había tenido, como si quisiera darle un poco de su propia energía.

—Y yo a ti. Vaya viaje. Y tú... pareces agotada.

—Está siendo... intenso —murmuró Amalia, apoyando la frente contra el hombro de su amiga—. Laura sigue igual y Gael, bueno... reaccionó fatal cuando apareció Jorge. Y mira que estoy tratando de evitar cruzármelo, de mantener horarios, de que no sea un desastre...

—¿Que hizo qué? —Sofía frunció el ceño y negó con la cabeza mientras seguía caminando hacia la salida del andén—. Ese Gael... no me cae bien, Ama. No me ha gustado nunca. Siempre que hablas de él, me dan ganas de meterme en su cabeza y poner un poco de sentido común.

Amalia sintió que un nudo de culpa la atravesaba.

—Lo sé... pero me siento culpable. Lo siento, Sofi... —dijo con la voz casi quebrada al ver la mirada de su amiga—. Reaccioné mal, quizá... pero es que no sabía qué hacer.

Sofía suspiró, intentando tomar aire y cambiar el rumbo de la conversación. Jugeteaba con la correa del bolso en un gesto inquieto y en sus ojos había una urgencia que no sabía disimular del todo, una verdad esperando turno en el borde de los labios.

—Bueno... No te preocupes por Gael, estoy segura de que entrará en razón. Escucha, quería contarte algo... —Quería hablar, necesitaba hacerlo, pero la duda la retenía: no sabía cómo pedir espacio para su propio derrumbe cuando la persona frente a ella apenas se sostenía—. No sé si es el momento —se decidió al fin—, pero llevo días queriendo decírtelo.

Amalia asintió sin mirar, atrapada en sus propios pensamientos. Su mente comenzó a divagar, llevándola a un recuerdo que la transportó años atrás.

Fue después del entierro cuando Alicante se volvió inhabitable. La casa estaba llena de silencio y de objetos que ya no servían para nada. Su madre no estaba, y Laura tampoco. Amalia sintió entonces el abandono con una claridad cruel. No solo había perdido a su madre: Laura también se había ido, y con ella, Jorge; dejándola sola con el duelo, con la casa, con todo lo que pesaba. Cada calle le devolvía esa ausencia. El mercado, el parque, el mar. Todo le recordaba que ya no había nadie esperándola al volver.

—¿Amalia? —la voz de Sofía la devolvió al presente, interrumpiendo su ensueño—. ¿Me escuchas?

Amalia volvió de golpe, y el calor de aquel verano ya perdido contrastó dolorosamente con la frialdad de la estación de tren.

—Perdona —intentó recomponerse—. Es que... no puedo dejar de pensar en Laura. Todo el día en el hospital, los médicos, Gael... Tengo miedo de perderla.

Sofía bajó los ojos, incómoda, sin saber cómo acercarse a ese dolor tan intenso que la amiga proyectaba sobre ella. Sintió una punzada de frustración al notar cómo sus propias palabras se quedaban atrapadas en la garganta. Había tantas cosas que quería contarle, tantas dudas acumuladas, pero de pronto le parecieron pequeñas, casi egoístas. Se mordió el labio y desvió la mirada, obligándose a guardar silencio. No era el momento. No cuando Amalia estaba así.

—Ama..., entiendo que estés preocupada, pero... yo también quería hablarte de algo. Es importante para mí. —Miró a Amalia, pero suspiró al ver que su mente volvía a estar lejos de aquella conversación—. Aunque parece que no hay espacio para eso ahora.

Amalia la miró, con culpa y tristeza.

—No quiero ignorarte, Sofi. Es que... no puedo pensar en nada más que en Laura y en cómo recuperarla.

Sofía asintió, apretando los labios y desvió la mirada hacia los paneles de los trenes.

—Está bien... —se resignó—. Solo... da igual. Quiero que sepas que estoy aquí, aunque no pueda ayudarte con esto.

Comenzaron entonces a caminar hacia un restaurante cercano. Amalia era consciente de la presencia de Sofía, de su preocupación, pero el recuerdo de su madre y de Laura la mantenía atrapada en un torbellino de nostalgia y miedo.

—Me muero de hambre —Sofía rompió el silencio mientras abrían la puerta del restaurante.

—Sí... y yo —respondió Amalia, con una sonrisa débil.

Se sentaron en una mesa junto a la ventana, y Amalia observó la calle mientras Sofía intentaba iniciar una conversación ligera, sin éxito. Cada frase de Sofía parecía golpearse contra un muro invisible que Amalia había construido alrededor de su mente y que solo mantenía dentro el hospital, el pitido del monitor, la cara inmóvil de Laura, la sensación de impotencia y miedo que la mantenía en tensión constante.

Salieron del restaurante y caminaron por la calle con paso lento, como si cada paso pesara más que el anterior. La luz de la tarde comenzaba a inclinarse, tiñendo los edificios de un dorado opaco que contrastaba con el gris de la ciudad, y Amalia seguía absorta en sus pensamientos. Cada vez que Sofía intentaba mirar sus ojos para hablar, solo encontraba un brillo de preocupación y miedo, como si la ciudad misma se hubiera convertido en un espejo de la hospitalización de Laura.

Sofía se mordió el labio, apretó los puños ligeramente y bajó la mirada al suelo.

Ambas caminaron unos minutos más, y Amalia recordó un verano lluvioso en Alicante, cuando ella, Laura y su madre habían tenido

que refugiarse en el apartamento por una tormenta. La madre había insistido en leerles cuentos bajo la lámpara del salón mientras la lluvia golpeaba los cristales, Laura intentando esconder la incomodidad, Amalia absorbiendo cada palabra, cada gesto, con miedo de que aquel tiempo se acabara demasiado pronto. La sensación de fragilidad y amor concentrado se mezclaba ahora con su temor por Laura, haciendo que cada paso en la calle se sintiera al mismo tiempo pesado y necesario.

Sofía la miró de reojo, intentando leer su rostro, y notó que Amalia estaba en otra parte, lejos de la ciudad, del paseo y de ella. No quería dejarla así, pero se estaba haciendo tarde.

—Será mejor que me vaya ya, Ama. Mi abuela me está esperando. Cuando me necesites llámame, ahora que estoy aquí podré estar a tu lado, podremos estar juntas.

Amalia asintió lentamente.

—Sí... gracias, Sofi —susurró—. Solo estar juntas...

Se despidieron con un abrazo breve y torpe, Sofía sintiendo que no había encontrado su lugar en la intensidad del dolor de Amalia, y Amalia con la sensación de culpa y gratitud mezcladas.

—Gracias por todo —dijo Amalia, con voz apagada y ojos un poco húmedos.

—Siempre —respondió Sofía, con una sonrisa forzada.

Mientras se separaban, Amalia sintió que cada paso que daba de regreso a la pensión subrayaba lo frágil y urgente que era su vida en aquel momento, y de lo cerca que estaba de perder a quienes más amaba. Cada sombra en la calle parecía proyectar un eco del hospital, y la compañía de Sofía, aunque imperfecta y silenciosa, era un atisbo de luz entre tanta oscuridad.

## 9

### Lo que se mueve en silencio

*8 de octubre*

Amalia bajó las escaleras de la pensión con paso ligero. Llevaba el pelo aún húmedo; el aire salado de la mañana se colaba por la puerta entreabierta, trayendo olor a pan recién hecho y café. Por una vez, no tenía prisa por llegar al hospital.

En la mesa del vestíbulo había una taza esperándola. Al principio pensó que alguien la había olvidado, pero cuando reconoció la letra en el mensaje de la servilleta, «Por si te levantas sin desayunar. Siento lo que pasó en el hospital», supo que era de Gael.

Suspiró, agradecida.

Lo encontró en la acera, apoyado contra la barandilla, con el mismo gesto distraído de siempre y un café entre las manos.

—Buenos días, dormilona. —Gael sonrió con esa familiaridad que a veces la reconfortaba y otras la incomodaba.

—No he dormido tanto —respondió ella, intentando sonar ligera—. Pero gracias por el café.

—Lo compré en esa panadería de la esquina. —Señaló con el vaso—. Tienen cruasanes decentes, aunque el tipo que atiende no sabe hacer espuma.

Amalia sonrió, aceptando el comentario como un gesto de paz.

Caminaron juntos sin hablar demasiado, evitando mencionar lo que ocurrió la última vez que estuvieron juntos, hacía ya tres días. El aire era cálido, con esa claridad de primeros de octubre que vuelve acogedoras hasta las sombras. A Amalia le sorprendía lo mucho que podía cambiar un día según su propio ánimo: el mismo recorrido que antes le pesaba ese día se le hacía liviano. ¿Y todo por un café inesperado?

—He estado pensando —dijo Gael, cuando ya se acercaban al hospital—. En lo que dijiste el otro día. Sobre el espacio.

Amalia bajó la mirada al suelo, al dibujo irregular de las baldosas.

—No tienes que explicarte —respondió.

—Lo sé, pero quiero hacerlo —insistió él, con voz suave—. Supongo que a veces no sé cuándo dejar de... preocuparme. Es algo que me sale solo.

—Lo sé —dijo ella, y lo miró de reojo—. Pero no necesito que me salve nadie.

Alicante bullía a su alrededor: niños con mochilas demasiado grandes, parejas compartiendo helados que se derretían con demasiada rapidez para ser octubre y algunos turistas consultando mapas como si el mundo no estuviera a punto de romperse en ningún sitio. Amalia caminaba sin mirar nada en concreto, con la sensación de que todo aquello pertenecía a otra vida.

—¿Te apetece entrar aquí? —preguntó Gael, deteniéndose frente a una librería pequeña, encajada entre dos comercios ruidosos.

Ella dudó un segundo, pero asintió. Dentro olía a papel viejo y a madera encerada. Un olor que le recordó vagamente a la casa en la que creció allí en Alicante, a los estantes que su madre nunca quiso tirar, aunque los libros ya no cupieran en ellos. Amalia tembló al pensar en aquella casa. Todavía tenía las llaves, pero no se atrevía a cruzar aquella puerta.

—Busco algo que no sea triste, algo que resuene —decidió Amalia en ese instante.

El librero, un hombre calvo con gafas redondas, sonrió con complicidad al escucharla.

—Entonces no busque novelas. La poesía suele sentir mejor.

Sacó un libro de un estante bajo y se lo tendió. *El amor, las mujeres y la vida*, de Benedetti.

Gael observó el gesto con curiosidad.

—Ese título promete más de lo que da —comentó—. O eso creo.

Amalia lo abrió al azar. Leyó en silencio un par de versos y, al llegar a uno en concreto, se quedó quieta.

«Te quiero porque tus manos trabajan por la justicia».

No dijo nada. Cerró el libro y lo llevó al mostrador sin darle más vueltas.

—¿Te gusta Benedetti? —preguntó Gael cuando salieron.

—No lo sé —respondió ella—. Pero ahora mismo necesito creer en algo que no esté roto.

Metió el libro en el bolso y, al hacerlo, notó el roce familiar del cartón blando. Se quedó inmóvil un segundo. Allí estaba la libreta, la que se había traído de Madrid casi sin darse cuenta. La que no había abierto desde antes de que su madre muriera, desde antes de que todo cambiara de forma irreversible.

No la sacó. Tampoco la tocó más de lo necesario. Era como si abrirla significara aceptar que una parte de ella se había quedado congelada en aquel tiempo, esperando algo que nunca volvió. Aquella libreta que tanto significó.

Siguieron caminando hacia el hospital. Gael hablaba de cosas pequeñas —del tráfico, de lo mal señalizado que estaba el centro, de lo absurdo que le parecía que siempre se comiese mal en las cafeterías de los hospitales—, pero Amalia apenas lo escuchaba.

—Te noto diferente —dijo Gael de pronto.

—¿Diferente cómo?

—Más tranquila. O más lejos. No sé si es lo mismo.

Ella lo miró, buscando una respuesta que no sonara a defensa.

—Quizá las dos cosas. —Sonrió apenas—. A veces hay que alejarse un poco para poder respirar.

Al llegar a la entrada, ella se detuvo para mirar a Gael porque quería pedirle, de nuevo, estar a solas con Laura. Inspiró hondo, sintiendo cómo su corazón palpitaba un poco más rápido que de costumbre. La libreta presionaba su costado, recordándole todo lo que había dejado atrás y lo frágil que podía ser su momento con Gael. ¿Qué diría? ¿Se enfadaría? ¿Se pondría a cuestionarla? La idea de enfrentarse a su reacción le produjo un escalofrío, pero también un impulso de firmeza. Tenía que marcar sus límites, aunque doliera o incomodara. Respiró una vez más, reuniendo valor para hablar, consciente de que no siempre podía controlar cómo él reaccionaría, pero sí podía escoger cómo hacerlo ella.

—Voy a subir sola —afirmó, sin mirarlo.

Gael frunció el ceño.

—Siempre quieres estar sola —respondió, con una sonrisa tensa—. Parece que solo molesto cuando las cosas se ponen difíciles.

Amalia lo miró por fin.

—No es eso, Gael. Es que... lo necesito así.

Él suspiró, claramente molesto.

—Claro. Como quieras. Ya sabes dónde encontrarme.

No dijo nada más. Ella tampoco. Amalia se dio la vuelta antes de que la culpa empezara a pesarle demasiado y entró en el hospital.

En la habitación, Laura seguía igual. Inmóvil, frágil, rodeada de máquinas que respiraban por ella. Amalia se sentó a su lado y apoyó los codos en las rodillas, dejando que el silencio la envolviera.

Y entonces recordó.

Recordó a su madre en aquella otra habitación, años atrás. El mismo olor, el mismo pitido constante marcando el tiempo. Laura apenas entraba. Decía que no podía soportarlo, que aquello no era vida, que prefería recordarla fuerte. Amalia se quedaba. Siempre se quedaba.

—No la mires así —le había dicho su madre una vez, con una sonrisa cansada—. Tu hermana huye porque le duele. Tú te quedas porque te duele distinto.

Miró a Laura, tendida en la cama, y sintió cómo el miedo se le acomodaba en el pecho con una familiaridad insoportable. Se quedó allí, en silencio, sosteniendo una mano que no respondía, pensando que quizá amar siempre había sido eso: quedarse cuando otros no podían.

—Te juro que sigo aquí —susurró—. Aunque todo se tambalee. Aunque no entienda nada.

El monitor seguía marcando un ritmo constante. En algún momento, Amalia creyó sentir un leve movimiento en los dedos de su hermana, pero no supo si era real o producto de su deseo.

## 10

### Lo que permanece

*9 de octubre*

Amalia llevaba días sin tocar un solo apunte. No lo había decidido de forma consciente, simplemente había ocurrido: el hospital había ocupado todo el espacio mental disponible, como si no quedara sitio para nada más. Pero aquella mañana, al despertarse, tuvo la sensación incómoda de estar perdiendo algo que no sabía nombrar del todo.

Se duchó sin prisa, dejó que el agua caliente le recorriera la espalda y pensó que, si no hacía algo por volver a su rutina, ella misma acabaría por desdibujarse del todo. Se miró al espejo mientras se secaba el pelo y se dijo en voz alta:

—Hoy sí.

No sonó convencida, pero al menos sonó resuelta.

Metió en la mochila los apuntes de las oposiciones, el subrayador verde, el azul y el cuaderno de hojas cuadriculadas que siempre usaba para resumir.

Al salir a la calle, el aire de Alicante tenía esa mezcla de sal y ciudad que tan familiar le había sido durante sus primeros veinticinco años de vida. Caminó unos metros sin rumbo fijo hasta que al doblar la esquina lo vio.

El gato estaba sentado junto a un portal, lamiéndose una pata con absoluta indiferencia hacia el mundo. Era el mismo de pelaje gris y manchas blancas que la había acompañado unos días atrás. El mismo que había aparecido cuando estaba a punto de romperse, cuando el recuerdo de su madre en Santa Pola la había dejado sin aire.

—Hola —dijo Amalia.

El gato levantó la cabeza, la observó con una calma antigua y, tras un segundo de deliberación, se levantó y caminó hacia ella. Se rozó contra su pierna y soltó un ronroneo bajo, vibrante.

Amalia sonrió y se agachó a acariciarlo.

—Así que has decidido volver —murmuró—. Pues me viene bien la compañía.

El gato respondió caminando unos pasos por delante, como si hubiera asumido sin más que iban juntos. Amalia lo siguió, divertida y extrañamente aliviada.

En el cruce se detuvo. El camino más directo hacia la biblioteca atravesaba un parque pequeño, con columpios y bancos de madera, donde su madre solía llevarlas a ella y a Laura al salir del colegio, cuando todo parecía sencillo. La recordó sentada en un banco, con el bolso abierto, sacando galletas mientras ellas corrían sin parar.

Amalia tragó saliva y giró a la derecha para tomar otro camino.

—Mejor por aquí —le dijo al gato, como si pudiera entenderla—. Hoy no puedo.

El rodeo alargaba el paseo, pero le dio tiempo a ordenar un poco los pensamientos. O al menos a intentarlo. El gato caminaba a su lado. A veces se adelantaba, a veces se detenía a oler algo invisible, esperándola sin prisa.

Cuando la fachada clara de la biblioteca apareció al final de la calle, Amalia se detuvo. El gato también lo hizo, como si hubiera

entendido que el camino terminaba allí. Se sentó en el borde de la acera y la miró con esa calma que parecía no pedir nada. Amalia se agachó una última vez para acariciarle la cabeza.

—Hasta aquí llegamos, compañero —murmuró.

El gato respondió con un ronroneo breve antes de acomodarse sobre sí mismo, ajeno ya a su siguiente destino. Amalia subió los escalones, empujó la puerta de cristal y dejó atrás la luz de la calle.

La biblioteca estaba tranquila. Demasiado.

Amalia eligió una mesa junto a la ventana y sacó los apuntes con cuidado, colocándolos como si el simple gesto pudiera devolverle la concentración perdida. Abrió el cuaderno, escribió la fecha en la esquina superior y se quedó mirando la hoja en blanco.

Cinco minutos.

Diez.

Leía la misma frase una y otra vez sin entenderla. Las palabras se deslizaban por su cabeza sin dejar rastro.

«¿De verdad quiero esto?», pensó.

Cerró el cuaderno y apoyó los codos en la mesa. Miró alrededor: estudiantes concentrados, auriculares puestos, subrayadores en movimiento. Todos parecían saber exactamente qué estaban haciendo allí.

«¿Y yo?».

Había elegido oponer casi por inercia. Por estabilidad. Por miedo, quizá. Por no tener que hacerse demasiadas preguntas incómodas. Siempre había sido buena estudiante, siempre había cumplido. Pero ahora, con Laura en una cama de hospital, con su madre muerta, con todo tan frágil, aquella decisión empezaba a parecerle demasiado... automática.

«¿Estoy estudiando porque quiero o porque no sé qué otra cosa hacer?».

El móvil vibró sobre la mesa y la sacó de sus pensamientos.

Un mensaje de Sergio.

*Inauguro la expo mañana viernes. Me haría ilusión que vinieras. Si te apetece, claro. Te paso ubicación.*

Amalia lo leyó dos veces. Luego una tercera. Sintió algo parecido a una punzada de nervios, mezclada con curiosidad. La exposición. El arte contemporáneo. Algo completamente ajeno al hospital, a los horarios pactados para no cruzarse con Jorge, a Gael y sus silencios tensos. Algo que sonaba a una vida normal.

Abrió la conversación y escribió:

*Me encantaría. Gracias por invitarme.*

Se quedó mirando la pantalla unos segundos más. Luego, casi sin pensarlo demasiado, salió de la sala de estudio, buscó el contacto de Sofía y la llamó.

—¿Ama? —respondió ella al segundo tono—. ¿Todo bien?

—Quiero proponerte algo —le soltó sin más.

—Dispara.

—¿Te vendrías a una inauguración de arte conmigo mañana?

Hubo un silencio breve al otro lado de la línea.

—¿Una inauguración? —repitió Sofía—. Eso suena... sorprendentemente normal para tu vida ahora mismo.

Amalia sonrió.

—Por eso mismo.

—¡Claro que sí! —dijo Sofía—. Me vendrá bien salir un poco. ¿Dónde es?

—Aquí, en Alicante. Sergio, un amigo de la infancia, expone. A lo mejor te suena cuando le veas, él se acordaba de ti.

—Vale. ¡Sí, iré! ¿En qué andas ahora?

Amalia recordó sus apuntes cerrados sobre la mesa.

—Estoy intentando estudiar —confesó—. Y no hay manera.

—No te agobies —dijo Sofía con suavidad.

Amalia cerró los ojos un instante.

—Lo intentaré. Gracias, Sofi, luego hablamos.

Colgó el teléfono, volvió a la sala de estudio y dejó el móvil boca abajo sobre la mesa, como si así pudiera acallar el eco de la conversación. Se quedó unos segundos mirando los apuntes, apilados con un orden casi obsesivo, y respiró hondo antes de sentarse. Venga, se dijo. Solo un rato. Como si estudiar pudiera funcionar igual que una tregua. Abrió el temario para notarías de las oposiciones a Ayudante de Museos por una página al azar.

Artículos de la ley de patrimonio, fechas de corrientes artísticas, criterios de conservación que se encadenaban unos a otros. Todo estaba ahí, perfectamente estructurado, ajeno a su vida, a Laura, al hospital, al miedo. Leyó un párrafo entero sobre protocolos de catalogación sin entender nada y volvió al inicio, esta vez en voz baja, obligándose a vocalizar, como hacía cuando empezó a estudiar. Las palabras le sonaban huecas, lejanas, como si pertenecieran a otra persona.

Cogió el subrayador y marcó un par de frases por inercia. Le gustaba la sensación de orden, la idea de que había un camino claro: estudiar, memorizar, repetir. Opositar siempre había sido eso, una promesa de control. Si seguía el plan, si no se salía del guion, todo tendría sentido al final. O eso se había dicho durante años.

Cerró el libro con cuidado, procurando no hacer ruido. No dejó de sentir la culpa por no estudiar —esa culpa vieja, disciplinada—, pero tampoco encontró la convicción necesaria para seguir. Y mientras dudaba, con los apuntes abiertos y la mente lejos, tuvo la certeza incómoda de que quizá llevaba demasiado tiempo viviendo una vida que no terminaba de sentir como suya.

Al salir de la biblioteca, el gato seguía allí, esperándola junto a la puerta.

—Ya veo que no te has movido —dijo Amalia—. Supongo que tampoco tú tenías muchas ganas de estudiar.

El gato maulló, como si le diera la razón, y echó a andar a su lado.

Amalia lo siguió, con la sensación de que, aunque no tuviera respuestas claras, al menos no estaba completamente sola.

—No te hagas ilusiones —le dijo—. No puedo adoptarte.

El gato respondió frotándose contra su pierna y siguió andando.

De camino al hospital, el ruido de la ciudad fue cambiando de textura: menos risas, menos terrazas, más coches apresurados, más pasos firmes. Amalia notó cómo su cuerpo reaccionaba incluso antes de ver el edificio. La presión en la nuca. El estómago encogido. La respiración un poco más superficial.

Antes de entrar, se sentó en un banco frente a la entrada. Sacó el móvil y volvió a leer el mensaje de Sergio. «Me haría ilusión que vinieras». Esa frase se le quedó adherida al pecho. No si puedes, no si te viene bien. Ilusión. Hacía tiempo que nadie usaba esa palabra con ella sin pedirle algo a cambio.

Pensó en la exposición. En gente desconocida. En cuadros que no hablaban de monitores ni de pronósticos. Pensó en Sofía acompañándola, en arreglarse un poco, en fingir durante unas horas que su vida no estaba suspendida de un hilo.

Y, casi de inmediato, apareció la culpa.

—No pasa nada por querer respirar —se repitió en voz baja—. No pasa nada.

El gato se subió al banco y se acomodó a su lado, cerrando los ojos. Amalia extendió la mano y le acarició suavemente el lomo, dejando que su calor y su ronroneo constante llenaran un espacio que había estado demasiado vacío.

—Siempre quise tener un gatito igual de bonito que tú —susurró, esbozando una sonrisa tímida.

El animal se enroscó un poco más, como si entendiera que no necesitaba palabras para acompañarla. Amalia apoyó la espalda en el banco y cerró los ojos, dejando que ese silencio compartido le calmara la respiración y la cabeza. Por un instante, no había hospitales, ni temarios, ni decisiones difíciles; solo ella y el calor de aquel ser confiado que no paraba de ronronear.

Al cabo de unos minutos, se incorporó lentamente. El gato la observó, impasible y sereno, mientras Amalia se ponía en pie y respiraba hondo.

—Adiós, pequeño. Gracias por acompañarme hoy —dijo antes de emprender el camino al hospital.

En la habitación, Laura seguía igual. Amalia dejó la mochila en la silla y se sentó junto a la cama, como había hecho ya tantas veces que el gesto se había vuelto automático. El pitido del monitor seguía marcando el tiempo con una precisión cruel.

—Hoy he intentado estudiar —le dijo, sin saber por qué—. Ha sido un desastre.

Sonrió un poco.

—No sé si quiero seguir haciéndolo. Antes estaba tan segura... o eso creía.

Miró el rostro de su hermana, tan quieto que dolía. Recordó otra habitación de hospital, años atrás. La madre, pálida, intentando restarle importancia a todo. Laura negándose a entrar, diciendo que odiaba ese lugar, que no soportaba verla así. Amalia quedándose siempre. Haciendo de adulta demasiado pronto y demasiado sola.

—Siempre he sido la que se queda —susurró—. La que cumple. La que aguanta.

Y por primera vez se preguntó si eso había sido una elección o solo una costumbre adquirida.

Permaneció un rato en silencio, observando la mano inmóvil de Laura hasta que, por fin, se atrevió a sostenerla. Luego salió al pasillo para tomar aire. Allí, apoyada contra la pared, sacó el móvil otra vez y escribió a Sergio.

*Iré con una amiga. Espero que no te importe.*

La respuesta no tardó.

*Nada en absoluto. Me alegra mucho.*

Amalia sonrió sin darse cuenta.

Esa noche, en la pensión, sacó la mochila para organizar su bolso y volvió a encontrarse con la libreta. La sostuvo unos segundos entre las manos. Sintió el impulso de abrirla, de comprobar si todavía era capaz de dibujar sin que le doliera. Pero volvió a guardarla para no verla.

—No hoy —dijo—. Pronto.

Se tumbó en la cama con el sonido lejano de la ciudad colándose por la ventana. Pensó en Sofía en la vieja casa de su abuela allí en Alicante, en la exposición de Sergio, en el cariñoso gato que esperaba volver a ver al día siguiente. Pensó en Laura. En su madre. En todas las versiones de sí misma que había sido, las que se habían perdido y en las que quizá todavía podía llegar a convertirse.

En esta ocasión, el pensamiento no la aplastó.

No era calma. Aunque tampoco era solo miedo.

Era una grieta pequeña.

Y por ahí, quizá, podía entrar algo parecido a la luz.

## 11

### Un boceto a lo que era y había olvidado

*10 de octubre*

La galería estaba más iluminada de lo que Amalia había imaginado. Luz blanca, limpia, casi quirúrgica, reflejándose en paredes desnudas que parecían reclamar silencio. Durante un segundo tuvo la tentación de darse la vuelta, de fingir que se había equivocado de dirección, de volver a la calle donde todo era más sencillo. Pero Sofía ya había cruzado la puerta con una sonrisa amplia, los ojos brillantes, como si aquel lugar hubiera estado esperándola desde hacía tiempo.

—Respira —dijo Sofía a su lado, en voz baja—. Esto es lo bueno del arte contemporáneo: nadie sabe del todo qué está viendo, así que no puedes hacerlo mal.

Amalia sonrió sin demasiada convicción y dio un paso al frente. Aunque había estudiado Bellas Artes y aquel debería ser su mundo, se sentía fuera de lugar, como si hubiera traído consigo el olor del hospital pegado a la ropa, aunque se hubiera arreglado más de lo habitual. Sofía, en cambio, parecía estar exactamente donde quería estar: los ojos abiertos, curiosos, recorriendo el espacio con auténtica ilusión.

—Es precioso —murmuró—. Mira la luz. Han pensado mucho el recorrido.

—Se nota que adoras esto —dijo Amalia.

—Me gusta —corrigió Sofía—. Que es distinto.

Avanzaron unos pasos más, esquivando corrillos que hablaban con copas de vino en la mano.

Sergio estaba cerca del fondo, apoyado contra una pared, hablando con una pareja. Vestía de negro, como si quisiera cederles todo el protagonismo a sus cuadros. Al verla, se separó del grupo casi de inmediato y fue a saludarla.

—Amalia —dijo, con una sonrisa que parecía mezclar nervios y alegría—. Has venido.

—Te lo dije. Y ella es Sofía.

Sergio miró a Sofía con interés genuino, no impostado.

—Encantado —dijo—. Creo que... bueno, creo que ya te conocía, aunque no te conozca.

Sofía arqueó una ceja, divertida.

—Eso suena inquietante.

Él se rio.

—Amalia me dijo que sois amigas de la infancia, estoy bastante seguro de que alguna vez hemos coincidido en uno de sus cumpleaños de niños. Bueno, y Amalia te menciona mucho en Instagram. Te imaginaba más alta.

—Siempre decepciono en persona —contestó Sofía, tendiéndole la mano—. Enhorabuena por la expo. Tiene muy buena pinta.

—Gracias —dijo Sergio—. Me alegra que hayáis venido.

Había algo natural en su manera de hablar, y Amalia notó que miraba a Sofía con curiosidad, como si no terminara de encajarla con la imagen que se había construido de ella a través de pantallas.

—¿Os enseño esto? —preguntó—. Si os apetece.

Sofía asintió con entusiasmo inmediato.

—Por favor. Me muero de ganas.

Empezaron a recorrer la sala. Sergio hablaba de procesos, de tiempos largos, de bocetos que no llegaron a nada y de otros que habían terminado siendo el núcleo de todo. Sofía escuchaba con atención, no como quien asiente por educación, sino como quien quiere entender.

—Aquí hay mucha contención —comentó ella en un momento mirando un cuadro lleno de colores estridentes y de formas humanas que se entremezclaban en abrazos llenos de rabia—. Como si todo estuviera a punto de romperse, pero no lo hiciera.

Sergio la miró, sorprendido.

—Eso es exactamente lo que buscaba.

Amalia caminaba un poco por detrás. No porque no quisiera escuchar, sino porque sentía que algo empezaba a descolocarse dentro de ella, que allí no encajaba. No eran celos. Tampoco incomodidad. Era otra cosa más difícil de nombrar: la sensación de estar mirando su propia vida desde fuera.

Entonces se detuvo.

En una pared lateral, casi apartados del recorrido principal, había varios bocetos. Dibujos a lápiz, sencillos, inacabados. Manos. Rostros de perfil. Una niña sentada en el suelo escuchando a alguien fuera de plano.

Se acercó despacio.

El murmullo de la galería se apagó.

Recordó las tardes en casa, cuando su madre se sentaba en el sofá y se inventaba cuentos para ellas. Laura escuchaba con impaciencia y Amalia dibujaba sin levantar la vista. No hacía aquellos dibujos para enseñarlos, tampoco para guardarlos. Dibujaba para entender la historia, para guardarla dentro de ella.

Sintió un nudo en la garganta.

—Estos... —dijo en voz baja.

Sergio se giró.

—Son los primeros. Antes de todo lo demás.

—Yo dibujaba así —dijo Amalia—. Cuando era niña y un poco más mayor, ya adolescente. Ilustraba los cuentos que nos contaba mi madre.

Sofía se aproximó despacio, mirándola con atención.

—Algo me quiere sonar... En Madrid nunca te he visto dibujar y por eso ni recordaba que lo hicieras.

—Porque lo dejé —respondió Amalia—. Y cuando dejas algo así, parece que no existió nunca.

Sergio la observó con una mezcla de respeto y curiosidad.

—No se pierde —dijo—. Se esconde. Pero sigue ahí.

Amalia no respondió. Tenía miedo de creerlo.

La música subió ligeramente de volumen. Alguien rio cerca. Sofía intercambió una mirada con Sergio, breve, cómplice, como si ambos hubieran entendido algo sin decirlo en voz alta.

Y Amalia sintió que algo antiguo se removía dentro de ella. Algo que no tenía que ver con el hospital ni con Jorge ni con Gael ni con Laura. Algo que era solo suyo.

Y eso, de algún modo, la asustó y la alivió a la vez.

Sofía se quedó un rato más frente a los bocetos, con los brazos cruzados y la cabeza ladeada, como si estuviera escuchando algo en el papel que no terminaba de hacerse audible.

—Hay mucha infancia aquí —dijo al fin—. No en lo obvio, sino en lo que no está terminado.

Sergio asintió despacio.

—Siempre me ha interesado más eso que el resultado final.

—Se nota —asintió ella—. Da la sensación de que no te importa que el espectador complete lo que falta.

—Porque yo tampoco lo completé —dijo él—. Solo dejé de tocarlo.

Amalia los observaba con prudencia, tenía miedo de que si se metía en esa conversación, algo en ella volvería a romperse y quizá esta vez fuese para siempre. No sabía qué. Quizá la delicadeza del momento. Quizá esa reconexión frágil que acababa de sentir con su propia memoria.

—¿Te dedicas a algo creativo? —preguntó Sergio a Sofía.

—Qué va. Investigo y doy clases. Estoy haciendo un doctorado en Historia del Arte.

Él sonrió, reconociendo algo.

—Eso tiene que ser una tortura.

—Lo es —dijo Sofía—. Pero también te da una mirada distinta. Aprendes a ver procesos ajenos sin idealizarlos.

Amalia carraspeó, sin darse cuenta de que llevaba varios minutos en silencio.

—Yo no sabía que seguías dibujando —dijo, dirigiéndose a Sergio—. Cuando me hablaste de la expo, no imaginé...

—¿Que hubiera tanto lápiz? —terminó él—. Me pasa mucho. La gente espera algo más... cerrado.

—Me gusta —dijo ella—. Me recuerda a cuando algo todavía no te ha fallado.

Sofía la miró entonces, con atención plena.

—Eso es una frase muy tuya.

Amalia sonrió apenas.

Se movieron hacia otra sala. Allí las piezas eran más grandes, más contundentes. Instalaciones que ocupaban espacio, que obligaban al cuerpo a rodearlas. Sergio explicaba menos. Dejaba que hablaran solas.

—¿Y tú? —preguntó Sofía de pronto a Amalia—. ¿Cómo estás?

La pregunta cayó con suavidad, pero la sintió como un golpe contenido.

—No lo sé —respondió—. O... en proceso.

—Eso no es una respuesta —dijo Sofía, sin reproche.

—Es la única que tengo ahora mismo.

Sergio fingió interesarse en ajustar una luz, dándoles espacio. Sofía bajó un poco la voz.

—Te noto lejos —dijo—. No de mí. De todo.

Amalia tardó en contestar.

—No sé cómo estar cerca de nada sin que me duela —admitió—. Y aquí, con todo lo que ha hecho Sergio... —Hizo un gesto amplio con la mano—. Esto me ha removido cosas que no esperaba.

—¿Buenas o malas?

—Antiguas.

Sofía asintió.

—Las peores y las mejores suelen ser las mismas.

Volvieron junto a Sergio. Él les ofreció una copa de vino. Sofía aceptó, pero Amalia negó con la cabeza.

—¿Seguro? —preguntó Sergio—. Ayuda a ver sin pensar tanto.

—Justamente por eso —respondió ella.

Sofía rio suave.

—Te estás perdiendo el encanto de no controlar nada.

—Ya no sé hacerlo —dijo Amalia.

La galería empezó a llenarse. Voces superpuestas, risas, pasos. Sofía parecía cada vez más cómoda, haciendo preguntas, señalando detalles, comentando referencias. Sergio respondía con entusiasmo, como si no estuviera acostumbrado a que alguien mirara su trabajo desde un lugar tan lúcido.

Amalia los observaba hablar y sintió una leve punzada de desplazamiento. No porque la estuvieran dejando atrás, sino porque ella misma no sabía ya cómo quedarse.

—Voy a salir un momento —dijo de pronto—. Necesito aire.

—¿Todo bien? —preguntó Sofía.

—Sí. Solo... ahora vuelvo.

Salió a la calle. El aire nocturno le golpeó el rostro. Se apoyó en la pared, cerró los ojos y pensó en Laura. En Gael. En Jorge. En los dibujos que había dejado de hacer. En todas las versiones de sí misma que había archivado como si no fueran necesarias. En su madre. En aquella libreta que todavía llevaba en el bolso y que no se atrevía a abrir.

Cogió aire con fuerza para evitar que el pecho le doliera.

Dentro, la risa de Sofía se filtró por la puerta entreabierta.

Amalia abrió los ojos.

No era tristeza lo que sentía. Era algo más complejo. La certeza de que algo en ella estaba cambiando, aunque todavía no supiera hacia dónde.

## 12

### **A veces la ayuda es no insistir**

*11 de octubre*

Quedaron a medio camino entre la pensión y el hospital, no era una cita formal; sí la excusa perfecta para pasar algo de tiempo juntos. Amalia llegó unos minutos antes y se quedó mirando cómo la gente cruzaba el paso de peatones sin mirarse, con esa prisa funcional que ella había perdido desde que estaba en Alicante.

Gael apareció con las manos en los bolsillos y la mandíbula ligeramente tensa. No sonrió al verla, pero tampoco parecía enfadado. Esa ambigüedad que a Amalia empezaba a resultarle más inquietante que el enfado abierto.

—Hola —dijo ella.

—Hola.

Caminaron unos metros en silencio, sincronizando el paso sin proponérselo. Amalia fue la primera en hablar.

—Ayer fui a una inauguración.

Gael ladeó la cabeza, apenas.

—Ah, ¿sí?

—Sí. La expo de la que te hablé. La de mi amigo Sergio.

—No recuerdo que me hablaras de ninguna inauguración —dijo él, con un tono neutro que no lo era del todo.

Amalia frunció el ceño. Estaba bastante segura de habérselo mencionado. Recordaba incluso el momento: una conversación rápida, una tarde cualquiera, quizá mientras hablaban de otra cosa. Pero la certeza se le deshizo enseguida. Tal vez no lo había dicho en voz alta. Tal vez solo lo había pensado. Una punzada leve de culpa le cruzó el pecho: esa sensación incómoda de haber fallado en algo que, de pronto, parecía más grande de lo que era.

—Te comenté que estaba preparando algo —se defendió ella—. Surgió bastante rápido.

Gael soltó una risa breve, seca.

—Ya. Bastante rápido.

Amalia lo miró de reojo mientras caminaban, sintiendo cómo la tensión se filtraba en cada paso. Su rostro no era del todo enfadado, pero había una frialdad que la hacía sentir pequeña, como si hubiera olvidado algo importante. Instintivamente, se apresuró a hablar, tratando de llenar el silencio: palabras rápidas, explicaciones a borbotones, como si de esa manera pudiera aliviar la sensación de que algo iba mal entre ellos.

El aire se volvió más denso, y cada semáforo que cruzaban parecía prolongar la incomodidad. Amalia caminaba más cerca de él, intentando encontrar un resquicio de normalidad, mientras su mente giraba sin descanso en la pregunta de qué había podido hacer o decir para provocar esa rigidez que, aunque contenida, la hacía sentir vulnerable.

—Fui con Sofía —añadió, como si eso pudiera suavizar algo, en vez de empeorarlo—. A ella le hacía ilusión. Ya sabes, como le gusta el arte contemporáneo...

—Claro —respondió Gael—. A Sofía siempre le haces sitio.

Amalia se detuvo en seco.

—Eso no es justo.

—No he dicho que lo sea —replicó él, parándose también—. Solo digo que podrías haberme invitado.

—Gael... —suspiró—. No pensé que quisieras ir.

Mientras lo decía, Amalia bajó los ojos al suelo para evitar mirarle. Aunque le gustaba el arte, a él nunca le había gustado el arte contemporáneo. Lo despreciaba con esa media sonrisa suya de superioridad y decía que eso también podía hacerlo un niño pequeño, que hoy en día cualquier cosa se expone si sabes venderla bien y que antes, al menos, los artistas sabían dibujar.

Gael también miraba el suelo, molesto con Amalia.

—Eso es lo que duele —dijo él—. Que decidas por mí.

Ella lo miró, cansada antes de empezar a discutir.

—No fue una decisión consciente, de verdad. Estaba saturada.

—Siempre estás saturada últimamente —dijo él—. Pero para otros sí tienes energía.

Amalia sintió el impulso automático de disculparse. Y lo hizo.

—Lo siento. No quería que te sintieras fuera.

Durante unos segundos, él le pareció más pequeño, más frágil.

—Solo intento estar contigo —murmuró—. Y a veces siento que me empujas fuera sin darte cuenta.

Ella tragó saliva. En el fondo sabía que Gael tenía razón.

—No te empujo —dijo—. Me cuesta... estar. Con todo. Y contigo también.

Echaron a andar de nuevo, Amalia observando a Gael mientras caminaban. La rigidez de su cuerpo, la forma en que sus hombros se habían encogido y la mirada que ahora parecía frágil le anudaron el pecho. Tal vez tenía razón; tal vez ella lo estaba empujando sin darse cuenta, absorbida por su propio cansancio y saturación. La culpa se mezcló con un miedo sordo: miedo a que, una vez más, su incapacidad de estar completamente presente lo alejara. Respiró

hondo y permitió que un pequeño gesto de generosidad mental la guiara. No podía cambiar todo, ni siquiera a ella misma, pero sí podía cederle este momento, aunque fuera un pequeño mínimo de cercanía.

—La idea era que no subieras donde Laura —dijo Amalia, con cuidado—. Solo dar el paseo juntos.

Gael asintió.

—Lo sé.

Caminaron unos segundos más.

—Pero si quieres... —añadió ella, casi sin mirarlo—. Puedes quedarte un rato.

Gael alzó la vista, sorprendido.

—¿En la habitación?

—Sí. Un rato corto.

La expresión de él cambió de inmediato. No sonrió, pero algo se relajó en su postura.

—Vale —dijo—. Gracias.

Amalia no supo por qué ese «gracias» le pesó tanto.

La habitación estaba en penumbra. Amalia se acercó a la cama con cuidado, como si su hermana durmiese un sueño plácido y cada paso pudiera despertarla.

Gael se quedó de pie, sin saber muy bien dónde colocarse.

—Puedes sentarte —le dijo ella.

Él se sentó en la silla, cerca, demasiado cerca quizá, pero Amalia no dijo nada, ni siquiera lo notó. Pensaba en los bocetos de la exposición de Sergio, en cómo le habían hecho recordar que podía crear sin exigencias externas, que podía volver a habitar esa parte de sí misma que había quedado en pausa durante demasiado tiempo. Sentía el impulso de dibujar, un impulso que surgía de lo más hondo, casi sin pensarlo, pero al mismo tiempo consciente de lo

que estaba a punto de hacer: arriesgarse a sentir otra vez, a exponerse, a perderse y encontrarse en cada línea. El corazón le latía más rápido; había un vértigo silencioso en tomar la libreta y decidir que sí, que quería dibujar, que no dejaría que la inseguridad ni el miedo a fallar le robaran ese momento.

Dudó durante unos segundos y al final se atrevió. Con las manos temblorosas, pero sin arrepentimiento, sacó la libreta del bolso. Se sentó en el alféizar de la ventana. Sus dedos rozaron las tapas desgastadas y el tacto le recordó los años en que dibujar era un refugio, un territorio propio donde nada ni nadie podía alcanzarla. Volvió a rebuscar en su bolso hasta que notó la suavidad del lápiz en su mano. Lo sacó mientras acariciaba la textura rugosa del papel de la libreta con los dedos; cada detalle parecía despertar recuerdos dormidos, y con ellos una mezcla de miedo y emoción.

Cada fibra de su cuerpo reconocía que esto no era un simple gesto, sino un regreso a sí misma, una declaración silenciosa de que aún podía crear, aún podía sentir.

—¿Vas a escribir? —preguntó Gael.

—No —respondió—. Dibujar.

Él arqueó una ceja.

—¿Dibujar?

Amalia abrió la libreta por la mitad. Se saltó las primeras páginas, evitando verlas; todavía no se atrevía a enfrentarse a su vida anterior. Cogió el lápiz cuando llegó a la página en blanco. Le tembló un poco la mano y sintió ese cosquilleo en el pecho que te recorre cuando estás a punto de hacer algo que realmente te llena, no como aquellos ordenados apuntes de Ayudante de Museos, con sus esquemas de legislación patrimonial, sus protocolos de catalogación y sus listas interminables de fechas.

—Llevo años sin hacerlo —admitió.

—No sabía que dibujaras.

—No lo sabes todo de mí —dijo ella, sin dureza.

Gael se removió en la silla, incómodo.

—Pensé que sí.

Amalia apoyó el lápiz sobre el papel. Trazó una línea torpe. Luego otra. Se detuvo. Borró. Volvió a empezar.

—Es raro —dijo—. Como si el cuerpo recordara algo que la cabeza había olvidado.

Gael la observaba con atención excesiva.

—Te cambia la cara cuando te concentras. Como si te fueras a otro sitio.

—Eso intento —respondió ella.

Poco a poco, las líneas empezaron a fluir. No era nada concreto: formas, sombras, una ventana que se parecía demasiado a aquella que tenía delante. Amalia sintió un cosquilleo antiguo, familiar. El placer sencillo de estar dentro de algo sin pensar en las consecuencias le llenaba el pecho de una ligereza que no sentía desde hacía años. Cada trazo le recordaba que todavía había espacios de sí misma que no se habían perdido, que podía crear sin miedo a juzgarse. Cuando Gael se acercó, esa seguridad recién recuperada le dio valor para mantener la mirada. No había vergüenza, solo una calma que le permitió sostener su intimidad y compartirla, aunque fuera un poco, con él.

—¿Puedo verlo? —preguntó, ya muy cerca.

Ella dudó un segundo, pero no cerró la libreta.

—Sí.

Gael inclinó la cabeza, mirando con atención.

—No sabía que pudieras hacer esto.

—Yo tampoco lo recordaba —dijo ella—. Hasta hace poco.

Él pasó los dedos por el borde del papel, sin tocarlo del todo.

—Es bonito —dijo—. Íntimo.

Amalia cerró la libreta con suavidad.

—Prefiero que se quede aquí —añadió, señalándose el pecho—. De momento.

Gael la miró. Había algo en su expresión que mezclaba curiosidad, deseo y una incomodidad difícil de nombrar.

—No me gusta no saber —admitió al fin—. Siento que hay partes de ti a las que no tengo acceso.

Amalia sostuvo su mirada, segura de que, aunque todavía quedaran secretos, ese pequeño momento era suyo.

—No todo es para compartir —respondió—. No inmediatamente.

El silencio que siguió no fue tranquilo.

Y en ese silencio, Amalia empezó a preguntarse si había hecho bien en invitarle a quedarse.

La libreta quedó cerrada sobre el alféizar, como si acabara de volver a dormirse. Ella se levantó para acercarse a Laura y le acomodó el borde de la sábana, un gesto mecánico que había repetido tantas veces en los últimos días que ya no pensaba en él.

Gael seguía de pie a su espalda.

—No entiendo por qué no me lo habías contado —dijo.

—¿El qué?

—Que te gusta dibujar, no solo la historia del arte.

Amalia se encogió de hombros.

—Porque lo olvidé, dejó de gustarme. O eso pensé.

—No parece que lo hayas olvidado tanto —insistió él.

Ella notó ese tono. No era acusatorio, pero sí inquisitivo, como si hubiera una respuesta correcta que ella no estaba dando.

—No todo tiene que tener una explicación —dijo—. A veces las cosas vuelven.

Gael se apoyó en la pared.

—O a veces las dejamos morir porque creemos que no encajan con la vida que se supone que tenemos que llevar.

Amalia lo miró.

—¿Eso es una crítica?

—No —respondió rápido—. Es... preocupación.

Esa palabra volvió a aparecer. Preocupación. Cuidado. Amalia sintió ese nudo familiar en el estómago.

—No necesito que me cuiden todo el tiempo —repitió, más bajo—. Necesito espacio.

—Y yo necesito saber dónde estoy. Porque últimamente siento que camino a ciegas contigo.

Ella respiró hondo.

—Gael, estoy con mi hermana en coma. No puedo priorizar nada más ahora.

—No te estoy pidiendo que me priorices —dijo él—. Solo que no me excluyas.

Amalia cerró los ojos un instante. El pitido del monitor parecía más fuerte.

—A veces excluir es sobrevivir —susurró.

Gael no respondió. Dio un paso hacia la libreta y la cogió sin preguntar.

—Gael —dijo ella en tono de advertencia. Se giró hacia él y estiró la mano para quitársela—. Eso no.

—Solo quiero verla. —Esquivó su intento de recuperarla—. No seas así.

Abrió una página al azar. Amalia sintió un pinchazo inmediato, una invasión clara.

—Te he dicho que no —repitió, esta vez más firme.

Gael levantó la vista, sorprendido.

—¿Por qué te pones así?

Amalia cerró los puños tratando de contenerse, pero todo su cuerpo temblaba de rabia. Gael había roto muchos límites con ella, pero ninguno tan personal y tan claro como ese. Avanzó un paso hacia él con decisión. Estaba dispuesta a defender lo suyo, movida por una ira que hacía años no sentía.

—Porque es mío —dijo ella—. Porque no te he invitado a eso.

Él cerró la libreta despacio, como si el gesto fuera una concesión enorme.

—No sabía que hubiera partes de ti a las que no podía entrar.

—No son puertas —respondió Amalia con tono cortante—. Son tiempos.

El silencio volvió a caer, más pesado.

Gael dejó la libreta en su sitio, pero no se alejó.

—El otro día —dijo de pronto—, cuando volví solo a mi pensión, pensé que... quizá ya no me necesitas.

Amalia sintió que esa frase se le clavaba y despertaba aquella culpa inmediata.

—No es eso.

—Entonces dime qué es —pidió—. Porque yo estoy aquí. Siempre. Y tú cada vez más lejos.

Ella buscó las palabras y no las encontró. Pensó en Sofía, en la inauguración, en el dibujo, en el alivio de no ser mirada con exigencia.

Sintió cómo el cansancio se le extendía por los hombros y la nuca, un cansancio que no venía solo de las discusiones, sino de años cargando exigencias que no siempre eran suyas y de la constante sensación de tener que rendir cuentas a todos: a su hermana, a Gael, a ella misma. Era el cansancio de sentir que cada gesto suyo podía ser malinterpretado, que cada palabra podía convertirse en una grieta. Sus ojos se posaron en Gael y vio ahí reflejada una

mezcla de necesidad y reproche que le resultaba difícil sostener. No era solo fatiga; era la impotencia de querer estar, querer dar, y sentir que nunca bastaba. Por eso su voz sonó más suave cuando habló, intentando ser honesta sin abrir nuevas heridas, sin dejar que la presión del momento los aplastara a los dos.

—No puedo ser lo que necesitas ahora mismo —admitió al fin.

Gael apretó la mandíbula.

—Eso suena a excusa.

—Suena a verdad —corrigió ella.

Laura se movió levemente en la cama. Ambos giraron la cabeza al mismo tiempo. Nada más fue eso, pero el gesto los devolvió a la habitación, a la gravedad real.

—No quiero discutir aquí —dijo Amalia—. No delante de ella.

Gael asintió, pero su mirada seguía herida.

—Solo quiero ayudarte —repitió.

Ella lo miró con cansancio.

—A veces ayudar es no insistir.

Gael dio un paso atrás.

—No sé hacer eso contigo.

Amalia sintió un escalofrío.

—Quizá deberías aprender —dijo, sin dureza, pero sin ceder.

Se quedaron así unos segundos más. Finalmente, Gael cogió su chaqueta.

—Me voy —dijo—. Para no empeorar las cosas.

Se detuvo un instante en la puerta, respirando hondo, intentando ordenar la rabia que le quemaba por dentro. Le dolía sentir que Amalia nunca lo elegía del todo, que siempre había algo más importante para ella, y esa impotencia le costaba. Quería protegerla, acompañarla, formar parte de su mundo sin fisuras, pero no podía imponerlo ni controlar sus tiempos. Cada paso que daba hacia la

calle parecía alejarlo de ella y, al mismo tiempo, acercarlo a un borde que no sabía cómo sostener. La mezcla de frustración y cariño le dejaba un nudo en el pecho, y aunque su orgullo le decía que debía marcharse, cada fibra de su ser quería quedarse, aunque solo fuera para asegurarse de que estaba bien.

—Gracias por venir —murmuró.

—Avísame si me necesitas. Ya sabes que yo sí estoy siempre para ti.

Ella no respondió.

Cuando la puerta se cerró, Amalia se apoyó en la pared, dejando que el aire saliera de golpe. Miró la libreta y la abrió de nuevo, con cuidado de no ver ninguno de los viejos dibujos, y añadió unas líneas más al dibujo que estaba haciendo.

Pensó en los ingresos de su madre. En cómo ella, Amalia, había insistido siempre a Laura para que enfrentara la enfermedad y en cómo Laura se negaba a entrar en el hospital hasta el último momento.

«Hay dolores que se afrontan de frente», había dicho su madre una vez en una de aquellas habitaciones. «Y otros que solo se sobreviven rodeándolos».

Amalia cerró los ojos. Afuera, alguien reía en el pasillo. Una risa ligera, suave y llena de vida, como las que ella y Laura compartían antes.

*Diez años atrás, en un pequeño café de Alicante. Laura, con apenas dieciocho años, sostenía con cuidado una servilleta arrugada que sin querer había tirado al suelo, mientras Amalia, de veinte, llenaba la suya de garabatos y bocetos de figuras imposibles.*

*—¿Por qué siempre dibujas tanto? —preguntó Laura, apoyando la barbilla en la mesa.*

*—Porque si no lo hago, todo se queda dando vueltas en mi cabeza —respondió Amalia—. Y no quiero que se me escape nada.*

*Laura la miró un segundo, y luego sonrió, curiosa y cómplice.*

*—Entonces... ¿algún día me enseñarás a dibujar así?*

*—Claro, pero tienes que prometerme que no dejarás caer la servilleta al suelo —bromeó Amalia.*

*Laura rio con fuerza y Amalia se unió a aquella risa.*

Ese día, entre risas y manchas de café, Amalia sintió que no había distancias, que podían estar juntas sin pelear ni discutir, aunque el mundo exterior pareciera empujar en otra dirección.

## 13

### Hay límites que no deberían cruzarse

*13 de octubre*

Amalia llegó al hospital con la sensación incómoda de estar llegando tarde a algo que no sabía nombrar. El vestíbulo estaba más tranquilo que otros días, como si el edificio respirara a un ritmo distinto. Caminó directa hacia los ascensores, y al salir en la planta de su hermana fue cuando lo vio.

Gael estaba allí, apoyado en el mostrador de enfermería, inclinado hacia delante y hablando en voz baja con una mujer de uniforme verde. Gesticulaba poco, pero lo suficiente como para ocupar el espacio. La enfermera asentía con expresión profesional.

Amalia se quedó quieta unos segundos, observando la escena desde la distancia. No sintió sorpresa. Sintió otra cosa: una mezcla de cansancio y una alerta seca, como cuando reconoces un patrón justo antes de que vuelva a repetirse.

Se acercó.

—Gael —dijo, sin elevar la voz.

Él se giró de inmediato. Durante una fracción de segundo pareció aliviado, incluso orgulloso.

—Ah, justo iba a llamarte.

Amalia no le devolvió la sonrisa.

—¿Qué haces aquí?

La enfermera miró de uno a otro, incómoda.

—Estaba preguntando por Laura —respondió Gael—. Quería aclarar unas cosas sobre las pruebas de anoche.

Amalia lo observó con el ceño fruncido, notando cómo su cuerpo se endurecía al instante. Gael estaba inclinado hacia ella ligeramente, como si intentara dominar la conversación antes de que comenzara. Su mano se movió en un gesto leve, restando importancia a lo que decía, y su mirada descansó sobre Amalia con una calma que sonaba más condescendiente que tranquila, como si estuviera evaluando si ella podría comprender de verdad lo que había pasado con Laura. El aire a su alrededor parecía hacerse más denso y Amalia sintió un cosquilleo en los brazos, un hormigueo de enfado que subía hasta la nuca. Cada fibra de su ser se tensó, desde los hombros hasta la mandíbula; quería hablar, protestar, marcar límites, pero algo más profundo le impedía moverse de golpe: la mezcla de indignación y miedo a que Gael se creyera con derecho a decidir antes que ella la paralizaba. Era la rabia de ver su espacio invadido y la frustración de reconocer que, de algún modo, Gael lo sabía y la retaba con esa sencillez calculada.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Desde cuándo te corresponde a ti hablar con el personal médico?

Gael ladeó la cabeza, como si la pregunta fuera injusta.

—Porque tú estás desbordada, Amalia. Porque no puedes con todo.

La frase cayó como una losa bien colocada.

—Eso no te da derecho —dijo ella, apartándose del mostrador para que la enfermera no los escuchase. Sentía la ira arder en su pecho—. Laura es mi hermana. No la tuya.

La enfermera carraspeó.

—Disculpad, si necesitáis algo más...

—No —interrumpió Amalia, sin mirarla—. Gracias.

Enfadada, Amalia tiró de él para alejarse del mostrador.

—Explícame qué información estabas pidiendo exactamente —exigió Amalia.

Gael se cruzó de brazos.

—Solo quería saber cuáles eran los riesgos si se despertaba del coma, que medicación es necesaria y si se mantendría estable o podría recaer una vez despertase. Cosas normales.

Ella le miró con los ojos muy abiertos, asombrada por cada una de sus palabras. La actitud de Gael le molestaba, no podía creerse que se estuviese tomando aquellas libertades. Se sentía invisible, como si su criterio y sus decisiones no fuesen importantes.

—¡Cosas que no te corresponden! —estalló ella—. Y menos sin decírmelo antes.

—Lo hago por ti —insistió—. Porque últimamente estás... —buscó la palabra— dispersa.

Amalia dio un paso hacia él. No agresivo. Decidido.

—No estoy dispersa —dijo—. Estoy viviendo algo que no controlas. Y eso no te da permiso para sustituirme.

Gael abrió la boca, pero ella no le dejó hablar.

—¿Sabes lo que más me molesta? Que no me preguntes. Que decidas por mí lo que puedo o no manejar.

—Amalia, no exageres...

—¡No! —cortó—. No me digas eso.

Él se quedó en silencio, sorprendido por el tono. Ella nunca le había hablado así, pero él estaba sobrepasando todos los límites. Amalia alzó las cejas, dándose cuenta de algo que hasta ese momento había pasado por alto. Recordó que en su día él le dijo que había sido sencillo pasar el control. Entonces ella no hizo más

preguntas porque no estaba preparada para escuchar la respuesta que sospechaba que iba a escuchar. Pero ahora sí lo estaba.

—¿Qué les dijiste para que te dejaran pasar el primer día? —presionó.

Gael dudó. Apenas un segundo. Fue suficiente para que Amalia supiese que aquella respuesta no le iba a gustar.

—Gael —le advirtió con firmeza.

—Les dije que era familia —respondió al fin—. Que era su hermano.

Ella contuvo el aliento, sin creérselo del todo.

—¿Qué? —susurró Amalia al cabo de unos segundos.

—Solo para que no pusieran pegas y poder estar a tu lado —se defendió—. No es para tanto.

Amalia sintió cómo la rabia, por fin, encontraba un cauce claro. Toda la tensión acumulada de días, semanas y años se concentró en un instante en el que su voz rompió el silencio, firme y resonante, llena de determinación y de un filo que no admitía réplica. Le señaló con un dedo tembloroso pero resuelto, como si cada gesto fuera un límite que por fin se atrevía a marcar, y lo miró de arriba abajo con intensidad. No era solo enfado; era miedo, frustración y protección de su propio espacio vital.

—¿Que no es para tanto? —repitió—. ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

Cada palabra que pronunció le pesaba en la garganta y a la vez la liberaba: sentía cómo la fuerza que le daba hablar claro la llenaba de poder y claridad, mientras Gael retrocedía, sorprendido por la intensidad que jamás había visto en ella. Lo que más le impactó fue darse cuenta de que no estaba gritando, ni intentando herirlo, sino reclamando algo que le pertenecía: su autonomía, su derecho a decidir y a vivir sin que él decidiera por ella. Ese reconocimiento de

sí misma, canalizado en palabras, hizo que el mundo alrededor pareciera comprimirse hasta quedar solo ella y la verdad que acababa de pronunciar.

—He intentado ayudar —se defendió él—. Lo hice por ti.

Gael alzó las manos en un gesto de perdón, pero Amalia no se detuvo. Dio un paso hacia él y le miró con determinación.

—¿Por mí? Has mentido. Has usurpado un lugar que no es tuyo. Has entrado en algo que es sagrado para mí como si fuera un trámite.

Gael intentó tocarle el brazo. Ella, con mejillas enrojecidas, manos temblorosas y un pitido constante en los oídos, se apartó.

—No me toques.

Él bajó la mano, desconcertado.

—No puedes decidir quién entra aquí y quién no —dijo él—. Yo también estoy afectado por esto.

Amalia lo miró de frente.

—Sí puedo. Y lo estoy haciendo ahora. —Respiró hondo—. Quiero que te vayas.

Gael se quedó inmóvil, con la mandíbula apretada y el peso del cuerpo clavado en el suelo, como si cada palabra de Amalia le golpeará más fuerte que cualquier reproche anterior. Sus ojos mostraban una mezcla de incredulidad y frustración contenida; sentía que la situación se le escapaba de las manos, que por primera vez alguien a quien quería tanto lo enfrentaba sin miedo y sin titubeos. No podía controlar lo que Amalia decidía ni cómo protegía su espacio, y esa impotencia le producía una sensación extraña: rabia por no poder intervenir, miedo de perderla, y algo de respeto forzado ante la claridad de su postura.

Amalia, mientras tanto, percibía cada reacción de él y, aunque el corazón le latía rápido y el cuerpo todavía vibraba con adrenalina,

sentía una calma rara y firme. Había canalizado su rabia y su miedo en un límite claro, y al decirlo, una parte de ella se alivió: finalmente había tomado su lugar, reclamado lo que le pertenecía y sostenido su propia verdad. La fuerza que le daba pronunciar esas palabras y ver cómo resonaban en Gael la llenó de una mezcla de orgullo y vulnerabilidad, consciente de que ese momento marcaría un antes y un después en la relación.

—¿Cómo?

—De la habitación. Del hospital. De Alicante, si hace falta. Hoy no quiero que estés aquí.

—Estás diciendo eso porque estás alterada —replicó—. Luego te arrepentirás.

—No —respondió ella—. Lo digo porque por primera vez me estoy escuchando.

Gael negó con la cabeza, herido.

—Todo lo que hago es por cuidarte.

—Cuidar no es invadir —dijo Amalia—. Cuidar no es decidir por el otro. Y cuidar, desde luego, no es mentir usando a mi familia.

Pasó una camilla por el pasillo. Amalia la siguió con la mirada un segundo, intentando calmarse, y luego volvió a él.

—Vete, Gael.

Él la miró como si no la reconociera.

—¿Esto es lo que quieres ahora?

—Esto es lo que necesito —corrigió.

Gael dio un paso atrás. Luego otro. La miraba como si no la reconociera, como si esa Amalia que tenía ante él no fuese la Amalia indefensa que conocía desde hace unos años.

—Estás cambiando —dijo, casi como una acusación.

—Sí —respondió ella—. Y tú no estás sabiendo acompañarme en eso.

Gael bufó, enfadado y con los puños tensos. Se dio la vuelta para marcharse sin despedirse. Amalia se quedó allí quieta, observando cómo se alejaba por el pasillo. Tenía el pulso acelerado, pero la mente sorprendentemente clara. Luego tomó aire para calmarse y caminó hacia la habitación de Laura.

Antes de entrar, una médica la detuvo.

—Amalia —dijo—. Justo te estábamos buscando.

El estómago se le encogió.

—¿Ha pasado algo malo?

—Al contrario —sonrió—. Estamos trasladando a tu hermana a planta. Está fuera de peligro.

—¿Se va a despertar?

—Creemos que pronto.

—¿Puedo verla?

—Enseguida.

Amalia se quedó en la puerta observando cómo unos celadores empujaban la camilla de su hermana para sacarla de la habitación.

Mientras la camilla avanzaba, ella caminó a su lado. Pensó en Gael mintiendo para estar allí, sobrepasando todos los límites que le marcaba. Pensó en Sofía hablando con Sergio y esa extraña complicidad que surgió entre ellos. Pensó en su madre contándoles cuentos y cantando en la cocina antes de enfermar. Pensó en Laura y en lo mucho que la echaba de menos.

La camilla avanzaba despacio por el pasillo, y Amalia la seguía con pasos medidos, como si cada movimiento fuera una manera de recordarse a sí misma que podía controlar algo en aquel caos. Las ruedas chirriaban contra el suelo, resonando en el eco metálico del hospital. Cada pitido lejano de monitores le hacía girar la cabeza hacia ellos, como un recordatorio de lo frágil que había sido todo hasta ahora.

—Tranquila, Amalia —dijo la médica que caminaba con ellas—. Ya está fuera de peligro inmediato. Solo queremos que se recupere con calma en planta.

—Gracias —respondió ella—. Gracias por todo.

El personal empujaba con cuidado la camilla mientras la trasladaban a la habitación asignada. Amalia caminaba al lado, su mano rozando apenas la de Laura, como para confirmar que estaba allí, que respiraba.

Cada paso que daba la hacía sentirse más ligera y, al mismo tiempo, más consciente de lo que había perdido en la relación con Gael: la seguridad de que él entendiera sus límites, la tranquilidad de no tener que justificar sus emociones. Ese pensamiento le revolvió por dentro, pero no era culpa. Era claridad.

Cuando llegaron a la puerta de la nueva habitación, un enfermero le pidió que esperara un segundo fuera mientras ajustaban la cama. Amalia se apoyó contra la pared, respirando hondo. El pasillo estaba silencioso a esa hora, apenas interrumpido por el murmullo lejano de otra familia y el zumbido de las luces fluorescentes. El enfermero salió de la habitación.

—¿Está bien si entro ahora? —preguntó Amalia al enfermero.

—Sí, la habitación está lista. Solo mantenga la calma, ella necesita que todo sea tranquilo —respondió el hombre, con voz suave—. Recuerde que ha pasado por mucho.

Amalia asintió y abrió la puerta lentamente. Laura estaba allí, todavía conectada a varios monitores, pero con una expresión más relajada que la última vez que la vio en la UCI. La sábana cubría las heridas de sus piernas. Su respiración era constante, medida, como si el mundo hubiera decidido darle un respiro.

Se acercó a la cama, acomodó la almohada y luego, por reflejo, sacó la libreta de su bolso. La apoyó sobre sus rodillas. El lápiz

descansaba entre sus dedos. Al principio, sus trazos fueron torpes; la memoria de la precisión perdida durante años le pesaba en la mano. Pero pronto, como si la mirada tranquila de Laura le hubiera dado permiso, empezó a dibujar de nuevo.

—Siempre he pensado que tienes magia —susurró para sí, recordando un comentario de su madre de cuando Amalia tenía doce años—. Que siempre supiste ver lo que otros no veían.

Suspiró. Jamás se había creído aquello del todo.

Cogió el móvil y, con los dedos aún temblorosos, escribió rápidamente un mensaje a Sofía:

*Hola. Solo quería decirte que Laura ya está en planta y que allí aceptan visitas. Si quieres verla, puedes venir.*

Mientras Laura dormía, Amalia dejó que sus líneas se extendieran por la libreta. No eran dibujos perfectos, ni terminarían expuestos en ninguna galería. Eran para ella, para sentir que parte de la niña que fue, la que ilustraba los cuentos de su madre, todavía podía existir.

En ese instante, mientras el lápiz dibujaba suavemente sobre el papel, Amalia comprendió algo que antes no podía: podía mantener a su hermana segura, marcar límites claros, y aun así dejar que alguien se quedara cerca.

Sin ceder, sin perderse.

Siendo ella misma.

## 14

### **El dolor de los demás también importa**

*14 de octubre*

Nada había cambiado en la habitación desde aquella mañana: los monitores encendidos, las flores marchitándose poco a poco y Laura sin abrir los ojos. Amalia estaba sentada junto a la cama, con la libreta apoyada sobre sus rodillas. Había dibujado sin pensar, creando siluetas de personas y objetos. Dejó que los trazos se movieran solos, una especie de terapia silenciosa que la conectaba consigo misma y la mantenía anclada.

Un toque en la puerta la sacó de su concentración.

—Amalia... —dijo una voz conocida.

Ella levantó la vista y vio a Sofía en el umbral. Su amiga parecía agotada: los ojos verdes estaban enrojecidos, con pequeñas líneas de cansancio marcando el contorno, y los hombros caídos delataban que algo la estaba sobrepasando. El pelo castaño, normalmente recogido, caía suelto y algo despeinado sobre su frente, y vestía una sudadera ancha y pantalones deportivos que contrastaban con la ropa más arreglada que solía llevar. Amalia tardó un instante en percibirlo, demasiado concentrada en Laura, y al hacerlo sintió un calambre de preocupación: Sofía estaba pasando por algo que se notaba en cada gesto y en cada detalle de su aspecto.

—Sofía...

—Hola. —Su amiga intentó sonreír—. ¿Puedo pasar?

—Claro. —Amalia apartó un poco la libreta e hizo un gesto hacia la silla—. Siéntate.

Sofía se dejó caer con un largo suspiro.

—¿Cómo está? —preguntó, mirando a Laura—. ¿Se encuentra estable?

La joven yacía sobre la camilla con los ojos cerrados, el pecho subiendo y bajando despacio, un ritmo constante que parecía casi frágil frente a la multitud de tubos y cables que la rodeaban, cada uno recordando los cuidados que aún necesitaba para mantenerse estable. La piel le daba un tono pálido, pero sus manos descansaban relajadas sobre la sábana, y el monitor marcaba un pulso regular que tranquilizaba más de lo que asustaba. Amalia la miró con el corazón encogido: un nudo de ternura, miedo y alivio la atravesaba al mismo tiempo, consciente de la fragilidad de la vida y de lo rápido que todo puede cambiar. Sofía, a su lado, se quedó un instante inmóvil, sin atreverse a apartar la vista, como si observarla la ayudara a procesar el impacto de ver a alguien tan cercano reducido a esa quietud. Sus manos se entrelazaron sobre sus piernas, tensas, mientras intentaba contener la mezcla de impotencia y preocupación que le provocaba la escena.

—Sí, eso parece —respondió Amalia—. Está fuera de peligro inmediato. Por fin.

Sofía asintió, pero no pudo evitar mirar a su amiga con algo de decepción.

—Me alegro... —dijo, bajando la voz—. De verdad.

—Gracias. —Amalia volvió a abrir la libreta—. He estado dibujando un poco, para no perderme en todo esto.

Sofía frunció el ceño y se cruzó de brazos. La sensación de invisibilidad se incrementó, la necesidad de contarle a Amalia por lo

que estaba pasando.

—Amalia... —la llamó, pero tenía la mirada fija en Laura, como si nada más existiera a su alrededor—. ¿Amalia? —insistió—. ¿Podemos hablar?

—Uh... sí, claro —respondió ella, sin apartar la mirada—. No vas a creerte lo que paso ayer. Gael...

Sofía abrió la boca, pero la cerró de golpe. Su paciencia empezaba a agotarse.

—¿Otra vez Gael? —preguntó con un tono tenso—. Amalia, por favor... ¡No todo gira alrededor de ti!

—Lo sé —respondió Amalia, apenas mirándola—. Pero ayer me enteré de que hizo algo que no sé si voy a poder perdonarle.

Amalia bajó la vista a su libreta, como si pudiese encontrar entre sus páginas un refugio de la mirada de frustración que su amiga le estaba lanzando y que ella no llegaba a entender.

Sofía cogió aire para calmar el enfado que estaba sintiendo.

—¿Sabes que yo también necesito hablar? —dijo, un poco más firme—. Y siento que nunca es el momento.

Amalia apartó la vista durante unos segundos, incapaz de responder de inmediato y sintiendo una presión incómoda bajo las costillas. Por un lado, la urgencia de Laura, su fragilidad reciente, le ocupaba toda la mente y el corazón; por otro, la mirada de Sofía, cargada de necesidad y frustración contenida, le recordaba que no podía aislarse por completo, que las personas a las que quería también estaban atravesando sus propios momentos difíciles. Un sentimiento de culpa se filtró entre la tensión de su preocupación: ¿cómo podía concentrarse en su hermana sin atender a quien siempre había estado a su lado? Quiso responder, quiso decir algo que calmara a Sofía, pero las palabras se le enredaron entre los recuerdos de la noche anterior, de Gael, de todo lo que la estresaba

y distraía. Sintió un tirón contradictorio: la necesidad de protegerse y mantener el foco en Laura y, al mismo tiempo, la obligación de abrirse, de permitir que Sofía compartiera su dolor. El corazón le latía con fuerza, consciente de que ese momento podía marcar una grieta en su amistad si no encontraba la manera de equilibrar su atención entre ambas realidades. Bajó la libreta y la apoyó en el borde de la cama.

—Está bien... cuéntame. —Su voz sonó más distraída de lo que pretendía.

Sofía bufó.

—Aquí no. Necesito hablar contigo a solas.

Amalia se sorprendió ante aquellas palabras, se levantó de la silla y asintió antes de acompañarla al pasillo.

Una vez fuera, la miró enfadada y triste, apretando los labios antes de soltarlo.

—¡Estoy harta, Amalia! —exclamó nada más cerrar la puerta de la habitación a su espalda—. ¡No puedo más! Estoy cansada de fingir que todo está bien porque parece que nunca es un buen momento para ti. Nunca me preguntas por mí, aunque te haya dicho que necesito hablar contigo tres veces. ¡Tres veces!

Una enfermera que pasaba junto a ellas les lanzó una mirada de advertencia para pedir que bajaran la voz.

—Lo siento —murmuró Sofía a la mujer.

Amalia parpadeó, sorprendida.

—Sofía... yo...

Ella negó con la cabeza, con un gesto de frustración. Alzó una mano como aviso para que Amalia no siguiera hablando.

—¿Quieres bajar a la cafetería? —dijo Sofía al fin—. Necesito... respirar, y hablar sin gritar.

Amalia asintió, todavía con la respiración agitada, guardando la libreta bajo el brazo. La tensión seguía entre ellas, preparada para estallar en cualquier instante.

Mientras caminaban por los pasillos, cada paso resonaba con fuerza, porque, en el fondo, ambas sabían que la conversación que tendrían en la cafetería iba a suponer mucho más que un simple intercambio: definiría la relación que habían tenido desde siempre y cómo podrían seguir siendo amigas cuando la vida parecía exigirle todo.

La cafetería del hospital estaba vacía a esa hora. El murmullo lejano de voces, el tintineo de las tazas y el aroma a café recién hecho creaban una burbuja alrededor de ambas. Se sentaron en una mesa junto a la ventana, las sillas ligeramente alejadas para mantener espacio entre ellas, porque podían sentir la tensión que las unía y las separaba al mismo tiempo.

Sofía apoyó los codos sobre la mesa y se llevó las manos a la cara. Amalia aguardó, incapaz de hablar, con miedo a decir algo que lo echara todo a perder.

—No sé por dónde empezar —dijo Sofía con voz temblorosa—. Pero necesito que me escuches de verdad esta vez.

Amalia asintió y trató de mostrarse atenta.

—Te escucho —dijo—. De verdad.

Sofía la observó con atención y, una vez más, sintió que eso no era cierto. La mirada de Amalia parecía perdida, fija en la ventana que daba al patio del hospital, y sus dedos jugueteaban nerviosos sobre el borde de la libreta, doblando las esquinas de las páginas. Era como si estuviera presente físicamente, pero ausente de verdad, atrapada en sus propios pensamientos y preocupaciones. De nuevo se sintió invisible: necesitaba que Amalia la viera, que la escuchara,

no solo que asintiera con la cabeza mientras su mente permanecía en otro lugar.

—No lo estás haciendo, no me estás escuchando —negó Sofía—. Estás pensando en Laura, en Gael, en todo menos en mí. Siempre igual. Siempre... tú, tú, tú.

Amalia sintió un pinchazo de culpa, pero se defendió sin pensarlo demasiado.

—Sofía, no es así. Solo que... estoy preocupada por mi hermana. No puedo ignorarlo.

—¿Y yo qué? —exclamó ella—. ¿Qué hago yo mientras tú estás preocupada por todo lo demás? ¡Yo también estoy mal, Amalia!

Amalia la miró, realmente la vio por primera vez en ese día, y notó la gravedad en sus ojos. Sofía estaba exhausta, cargando con mucho más de lo que había imaginado.

—Está bien... cuéntame —dijo con voz más suave—. ¿Qué pasa?

Sofía tomó aire, como si fuera a soltar años de silencio.

—¡No me vengas ahora con «qué pasa»! —interrumpió Sofía—. Estoy rota, Amalia... y tú, tú solo hablas de ti, de tu vida, de tus problemas. Siempre los tuyos. ¡Siempre!

Amalia sintió un golpe en el pecho. No esperaba tanta explosión.

—Sofía... no es así —repitió con voz temblorosa—. No es que me olvide de ti.

—He roto con Marcos —interrumpió a Amalia con fuerza, sacando aquello de dentro—. Y no es solo eso... estoy pensando en dejar el doctorado.

—¿Qué?! —No podía sorprenderle más.

Sofía seguía hablando, sacando todo aquello que le dolía tanto.

—¡Todo se me hace insoportable! Madrid me pesa cada día más, y siento que estoy atrapada en algo que no sé si quiero.

Amalia abrió la boca para responder, pero Sofía no podía parar de hablar, de escupir todas esas emociones que se había callado ante el dolor de Amalia.

—Y tú ni siquiera me preguntas cómo estoy, ni siquiera parece notarlo. Cada vez que intento hablar, cambias de tema, o me recuerdas algo de Laura, o de Gael, o de tus problemas. Siempre los tuyos. Pero iyo también estoy pasando por cosas, Amalia! —exclamó—. No todo tiene que girar alrededor de lo que tú sientes.

Amalia sintió cómo la culpa y la rabia se acumulaban en su pecho.

—Sofía... yo solo... —intentó—. No quiero que sientas que no me importas.

—¡Pues si te importo algo, no lo parece! —interrumpió Sofía—. Estoy harta de fingir que todo está bien porque tú nunca me das espacio. ¡Estoy harta, Amalia!

La frase golpeó en el corazón de Amalia. De repente vio con claridad cuánto había ignorado a su amiga, cuánto había centrado su atención en sí misma, descuidando a la persona que siempre había estado a su lado.

—¡Eres una egoísta! —continuó Sofía, con lágrimas brillando en los ojos—. Egoísta y ciega. Egoísta porque no ves lo que llevo dentro y porque siempre buscas tu alivio antes que escucharme, y ciega porque no notas que también estoy rota.

Aquello resonó como un puñetazo en la pared y Amalia sintió que la sangre se le subía a la cabeza. La acusación era directa, hiriente, y no pudo evitar revolverse.

—¿Egoísta?! —alzó la voz—. ¡Mira a tu alrededor, Sofía! Mi hermana está en coma, Gael está cruzando límites y Jorge ha reaparecido en mi vida...

—¡Sí, eres una egoísta! —gritó Sofía, interrumpiendo a Amalia. Descargó el puño contra la mesa—. ¡Porque no escuchas! Porque

cada vez que intento decirte algo, tú estás en otro lugar. Egoísta, Amalia. Egoísta.

—¿Tú me llamas egoísta? ¡Mira lo que está pasando aquí! ¡Mi hermana podría haber muerto y tú vienes a reprocharme que no te preste atención! Todo esto no es fácil, ¿vale?

Sofía se recostó hacia atrás, sorprendida por la explosión de su amiga, pero no retrocedió. Se llevó las manos a la cara, respirando rápido.

—¡Lo sé! —contestó—. Pero ahí es donde tú te pierdes. Porque todo es sobre Laura y sobre Gael, y parece que nunca hay espacio para mí, ni siquiera por un segundo.

Amalia se quedó en silencio. No quería admitir que Sofía tenía razón, pero tampoco podía ignorarlo. Su pecho se apretaba, y a las palabras le costaban salir.

—No... no es que no me importe —murmuró—. Pero es que estoy atrapada en esto y...

—¡Siempre hay un «pero»! Siempre hay una excusa, siempre tu mundo antes que el mío. ¡Estoy cansada, Amalia! Cansada de ser invisible para ti.

Amalia encajó el golpe. El reproche calaba demasiado hondo y, al mismo tiempo, encendía una rabia contenida: no quería que Sofía la viera derrumbarse, no quería que interpretara todo esto como culpa absoluta.

—No soy perfecta —dijo al fin, con voz firme—. Y sí, he estado centrada en Laura, en Gael y en regresar a la vida que tanto me duele! Pero eso no me hace egoísta. No te llamo egoísta a ti por estar en crisis.

—¡Pues suenas igual! —replicó Sofía—. Porque no hay espacio en tu vida si no es sobre tu hermana o sobre Gael. Siempre he

esperado que me preguntes, que me mires, que me escuches... y nunca lo haces.

El silencio que siguió fue denso, cargado de palabras no dichas y reproches que habían quedado flotando en el aire durante años. Ambas amigas se miraban, respirando agitadas, con los ojos brillantes. La distancia entre ellas no era física: estaba en cada palabra, en cada gesto, en cada reproche que había acumulado años de incomunicación.

Amalia abrió la boca, luego la cerró. Sofía bajó la mirada, respirando rápido, tratando de calmarse. Ninguna de las dos sabía cómo empezar a reparar el daño, si es que había manera de hacerlo.

La cafetería parecía demasiado silenciosa de repente, demasiado pequeña para contener todo el dolor, la frustración y la amistad rota que se había acumulado entre ellas.

Amalia tomó un sorbo de café, sus dedos temblando sobre la taza. Sofía la miró, con los brazos cruzados, rígida, respirando entrecortadamente. No había reconciliación inmediata. Solo un espacio enorme y frío que ninguna sabía cómo llenar.

—Creo... —dijo Amalia, con la voz apenas audible—. Creo que necesitamos espacio.

—Sí —replicó Sofía, sin mirarla—. Lo necesitamos.

Se quedaron así unos segundos más, cada una atrapada en su propio dolor, en la distancia que acababan de crear, conscientes de que algo fundamental en su amistad se había quebrado, aunque el cariño seguía ahí, débil, a la espera de un hilo que todavía no sabían cómo reconstruir.

Sofía se acabó su café de un trago y se levantó sin despedirse. Amalia se dio cuenta de que su amiga estaba llorando, pero no dijo nada para detenerla. La vio salir de la cafetería sin mirar atrás.

Permaneció sentada, con las manos quietas sobre la mesa, mientras entre ellas crecía una distancia insalvable.

## 15

### Un paseo por el puerto

*15 de octubre*

Amalia caminaba por el puerto con la libreta en el brazo, apretando los labios mientras miraba el agua oscura y el reflejo tembloroso de los barcos. El vaivén de las luces en la superficie le resultaba insoportable, como si todo estuviera a punto de deshacerse.

La ira con Sofía bullía dentro de ella, pero no era limpia. Se mezclaba con algo más denso, más incómodo: una culpa que no sabía colocar y un cansancio que le pesaba en el pecho desde hacía días.

Por fin rompió el silencio, hablando consigo misma en voz baja, casi murmurando:

—¿Egoísta? ¿Yo egoísta?

El viento le movía el pelo y se enredaba en sus dedos mientras lo apartaba de la cara. Notaba la piel tirante, como si estuviera conteniendo algo que no debía salir. Inspiró hondo, pero el aire no le llenó del todo.

—Siempre estoy aquí, siempre... ¿y ella lo llama egoísta?

Las palabras de Sofía volvían una y otra vez, deformadas, más duras. No era solo lo que había dicho, sino cómo lo había dicho. Como si de verdad lo pensara. Como si la hubiera estado viendo así todo este tiempo.

Se detuvo unos segundos, mirando un barco amarrado. La cuerda tensada, el leve crujido de la madera, el golpeteo contra el muelle. Todo seguía un ritmo ajeno a ella, ordenado, repetido. Exactamente lo contrario de lo que tenía dentro.

—No entiende... —murmuró, como para convencerse—. No puede entender.

Pero en cuanto lo dijo, algo se le quebró por dentro. Porque una parte de ella dudaba. Una parte de ella temía que Sofía sí hubiera entendido algo que ella llevaba años evitando mirar.

Le ardía la garganta.

Con un gesto de frustración abrió la libreta, dejando que el lápiz tocara el papel sin pensar. Las líneas surgían torpes, inseguras, sombras que apenas representaban las barcas o los edificios del puerto. Se centró en los trazos, en la presión del grafito, en el rasguído leve sobre la hoja.

Siempre le había servido.

Esta vez no.

Las líneas se le escapaban, se rompían, como si la mano no le perteneciera del todo. Miró el dibujo y no reconoció nada. Ni el puerto, ni el momento, ni a sí misma dentro de él.

—Al menos esto lo entiendo yo... —murmuró entre dientes.

Pero la frase se quedó a medio camino, vacía.

El pecho se le encogió de golpe, como si alguien hubiera tirado de algo desde dentro. Inspiró otra vez, más fuerte, intentando recomponerse, pero el aire le llegó entrecortado. Parpadeó rápido, molesta por el escozor en los ojos.

No.

No ahora.

Se pasó una mano por la cara, con brusquedad, tratando de borrar la sensación. Pero el nudo no se deshacía. Al contrario: crecía,

apretaba, le subía por la garganta.

Todo lo que ella había estado empujando hacia abajo —la discusión con Sofía, Laura en el hospital, su pasado con Jorge, el control de Gael, los años acumulados sin ordenar nada— empezó a empujar de vuelta.

Y esta vez no encontró dónde sujetarlo.

Se esforzó por contenerlo, llevándose una mano a la boca, pero ya era tarde. Las lágrimas comenzaron a brotar con más fuerza, desordenadas, arrastrando todo lo que llevaba días, años aguantando.

Apretó la libreta contra el pecho, como si así pudiera sostenerse, pero iba a la deriva del llanto. Bajó la cabeza, cerrando los párpados con fuerza, puertas de un embalse agrietado.

No podía más.

—Amalia.

La voz llegó de repente, cercana, rompiendo el ruido del mar y de su propia respiración.

Alzó la cabeza sobresaltada.

Gael venía hacia ella con paso rápido, casi urgente, el gesto tensado por la preocupación. Al verla de cerca, redujo la velocidad, pero no la distancia.

—Eh... —murmuró, más suave, aproximándose del todo—. ¿Qué ha pasado?

Amalia negó enseguida, apartándose el pelo mojado de la cara con torpeza.

—Nada... —intentó decir, pero la voz se le quebró a mitad.

Gael frunció el ceño.

—Amalia —insistió, más bajo—. Mírame.

Ella lo hizo, apenas un segundo. Fue suficiente. Algo en la forma en que él la estaba mirando —sin juicio, sin prisa— le deshizo el

poco control que le quedaba.

—No puedo... —se le escapó, en un susurro roto.

Gael dio un paso más, invadiendo su espacio con cuidado, como si midiera cada movimiento.

—Claro que puedes —dijo—. Pero no tienes por qué hacerlo sola.

La frase quedó suspendida entre los dos.

Ella quiso responder, negarlo, decir que no era eso, que no lo necesitaba... pero no le salió nada. Solo otro sollozo, más profundo.

Y entonces cedió.

Gael alzó una mano, dudando apenas un instante antes de apoyarla en su brazo, y al notar que ella no se apartaba, terminó por rodearla con los dos, atrayéndola hacia él.

Amalia se quedó rígida al principio, sorprendida por el contacto.

Pero solo un segundo.

Después se derrumbó contra él.

Apretó la cara contra su pecho, aferrándose a su chaqueta como si fuera lo único firme en ese momento, mientras el llanto salía ya sin freno, sin intentar ocultarlo.

Gael la sostuvo con más fuerza entonces, una mano en su espalda, la otra en su nuca, en un gesto lento, constante.

—Ya está... —murmuró cerca de su pelo—. Ya está...

Pasaron unos segundos así, con el sonido del mar de fondo y la respiración entrecortada de Amalia intentando acompasarse.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él al fin, sin soltarla.

Ella tardó en responder. Cuando lo hizo, su voz seguía temblando.

—Sofía... —dijo—. Hemos discutido.

Gael no dijo nada al principio. Solo siguió acariciándole la espalda, en silencio.

—Me ha llamado egoísta —añadió Amalia, casi sin aire—. Como si no entendiera nada... como si todo esto fuera fácil.

Sintió cómo el cuerpo de Gael se tensaba ligeramente, aunque su tono, cuando habló, siguió siendo suave.

—No debería haberte dicho eso.

Cerró los ojos, aún apoyada en él.

—Dice que me estoy cerrando... que no dejo que nadie me ayude...

Gael dejó escapar un leve suspiro.

—Y en vez de ayudarte, te hace sentir peor —respondió, con un matiz más firme—. Tiene gracia.

Amalia se apartó apenas lo justo para mirarlo, con los ojos aún húmedos.

—No es así... —murmuró—. Ella... solo...

Se quedó a medias. Ni siquiera sabía cómo terminar la frase.

Gael sostuvo su mirada, sin apartarse.

—¿Solo qué? —preguntó, más bajo.

Amalia negó, frustrada.

—Solo... intenta estar —dijo al final—. A su manera.

Hubo un breve silencio.

Gael inclinó ligeramente la cabeza, observándola, como si midiera sus palabras.

—Puede ser —concedió—. Pero eso no significa que lo esté haciendo bien.

Amalia frunció el ceño, incómoda.

—Es mi amiga.

—Lo sé —se apresuró a asegurar—. Y justo por eso debería tener más cuidado contigo.

La frase cayó suave, pero pesada.

Amalia desvió la mirada, notando cómo algo dentro de ella se removía otra vez.

—No lo hace con mala intención... —insistió, aunque ya sin la misma firmeza.

Gael calló esta vez. En lugar de hablar, volvió a acercarla un poco más, con un gesto casi imperceptible, manteniendo el contacto.

—No digo que lo haga —murmuró al cabo de unos segundos—. Solo digo que tú no deberías acabar así por alguien que dice quererte.

El silencio volvió, más denso.

Amalia respiró hondo, intentando recomponerse, todavía apoyada en él.

Pensó que eso también podría aplicarse a él mismo.

Pero, en ese momento, tampoco tenía fuerzas para discutirlo.

Se quedó ahí.

Finalmente, levantó la cabeza y murmuró, casi para sí mismo:

—Tal vez... tal vez sí necesito hablar con alguien.

—Entonces... deja que yo esté aquí.

Ella dudó un segundo, el corazón latiéndole con fuerza, y asintió apenas:

—Está bien... pero no quiero que me digas qué sentir o qué pensar.

—No lo haré —cedió él suavemente—. Solo estaré aquí.

El viento agitó su pelo castaño y el reflejo del sol en el agua le ofrecía un pequeño respiro. Amalia dejó que sus lágrimas cayeran mientras dibujaba con más libertad, sintiendo que, aunque todo fuera complicado, no estaba sola.

Sentados en uno de los bancos del puerto, Amalia seguía dibujando, dejando que las líneas fluyeran como una forma de calmar el nudo en el pecho. Cada trazo era un intento de ordenar emociones que

parecían ir en todas direcciones. Gael permanecía a su lado, en silencio, mientras ella dibujaba. La observaba con interés, los ojos fijos en la libreta, sin atreverse a tocarla, como si supiera que aún no era el momento. Como si intentara descifrar qué era lo que Amalia guardaba en aquellas páginas, esa parte de sí misma que seguía sin compartir con él.

Un pequeño movimiento llamó la atención de Amalia: el gato apareció entre los bancos del paseo, su pelaje gris y atigrado brillando con la luz de la tarde. Se acercó a Amalia unos pasos, oliendo el aire y moviendo la cola con cautela. Pero, al ver a Gael, bufó bajo y arqueó el lomo, retrocediendo con un salto ágil hacia el otro lado del muelle. Ella esbozó una sonrisa ligera, divertida y trató de presentárselo.

—Parece que no le caes muy bien —murmuró.

Gael rio suavemente, aunque con cierta ironía:

—Me lo merezco, supongo.

Ella suspiró, apoyando la libreta sobre sus rodillas. Al fin sentía un poco de paz en su agitado corazón, así que miró a Gael, agradecida.

—Gracias... —dijo, casi sin fuerza, apoyándose sobre él.

Gael no respondió de inmediato. La rodeó con su brazo, con una calma que no pedía nada a cambio.

Amalia tragó saliva, mirando hacia el puerto sin realmente verlo.

—No sé qué habría hecho si no hubieras aparecido —añadió, más bajo—. Ha sido... suerte.

La palabra le salió simple, casi automática, como si necesitara ordenar el caos en algo que pudiera entender.

Gael bajó la mirada hacia ella, sin soltarla del todo.

—Suerte, sí... —dijo en voz baja, con una media sonrisa suave—. A veces pasa.

Amalia asintió apenas, aún pegada a él, dejando que esa idea se quedara ahí, quieta, sin analizarla demasiado.

El ruido dentro de ella parecía un poco más lejano.

El sol se iba escondiendo detrás de los barcos, bañando el puerto de naranjas suaves y rosas apagados. El agua, antes oscura e inquieta, parecía por momentos más lenta, como si también ella se estuviera calmando.

Amalia había vuelto al dibujo casi sin darse cuenta. Ya no le temblaba tanto la mano. Las líneas seguían siendo simples, pero ahora tenían más continuidad, menos rabia. No buscaba ordenar nada: solo dejar que el trazo siguiera el ritmo de su respiración.

Gael permanecía a su lado, sin interrumpirla. No hablaba. No la guiaba. Solo estaba, con una presencia constante, discreta, como si hubiera decidido no ocupar más espacio del necesario.

De vez en cuando, lo miraba de reojo. Seguía ahí. Y eso, sin saber muy bien por qué, le aflojaba algo por dentro.

Cuando terminó el dibujo, cerró la libreta despacio y se quedó unos segundos en silencio, observando el puerto como si ya no le perteneciera del todo ese peso.

—Deberíamos irnos —murmuró al fin.

Gael asintió sin preguntar nada.

El camino hacia la pensión fue tranquilo. No hablaron demasiado. A ratos, el sonido de sus pasos sobre el suelo bastaba. Amalia caminaba un poco más cerca de lo habitual, sin darse cuenta del todo. Ya no era urgencia, ni huida, ni rabia. Era otra cosa, menos áspera.

Llegaron al hostel, con su luz cálida encendida en la entrada. Amalia se detuvo delante de la puerta, como si el gesto de entrar implicara algo más que cruzar un umbral.

Gael se detuvo a su lado. Hubo un silencio breve, de esos que no incomodan, pero que pesan.

Amalia bajó la mirada un instante.

—No quiero estar sola esta noche —dijo al fin, sin adornos, sin rodeos.

La frase salió más honesta de lo que esperaba.

Gael la miró con suavidad, sin apresurarse a responder. No hizo ningún gesto exagerado. Solo estuvo ahí, firme.

—Vale —dijo simplemente.

Amalia asintió, como si esa respuesta bastara para sostener algo que llevaba demasiado tiempo a punto de caer.

Subieron juntos.

Y por primera vez en días, el mundo no parecía exigirle nada inmediato.

## 16

### Una llamada llena de esperanza

*16 de octubre*

Amalia abrió los ojos con un sobresalto; el sonido del móvil vibrando sobre la mesilla había sido suficiente para despertarla. Parpadeó varias veces, intentando orientarse, y finalmente vio la pantalla: «Hospital».

—No... —susurró, sentándose en la cama—. No puede ser tan pronto.

A su lado, Gael dormía todavía, respirando tranquilo, ajeno al mundo. Amalia se quedó mirándolo un segundo, con el corazón acelerado por la llamada y la urgencia que venía de ella. Se levantó con cuidado, intentando no hacer ruido. Cada movimiento parecía amplificado en la quietud de la habitación.

Se alejó de la cama, con cuidado de no despertarle, y pulsó el botón para contestar.

—Buenos días —saludó con miedo en la voz.

—¿Es usted Amalia Martín Caballero? —habló una voz femenina al otro lado del teléfono.

—Sí, soy yo.

—Soy la doctora Salazar. La llamo porque tengo noticias de su hermana.

Amalia se asustó al escuchar aquellas palabras y el tono contenido de la mujer.

—¿Qué ocurre? —preguntó con urgencia.

—Nada grave. De hecho, llamaba con buenas noticias —contestó de manera apresurada—. Las pruebas que le hicieron ayer han salido todas bien. Y, bueno, la llamábamos porque parece que el cuerpo de Laura está reaccionando a los ruidos y eso es muy buena señal.

—¿De verdad?

La médica se rio al escuchar el tono de sorpresa de Amalia.

—De verdad. Y es importante que los familiares estén cerca —añadió con tono sereno—. A veces responden mejor a las voces conocidas. Eso sí, conviene evitar cualquier cosa que pueda alterarla.

Amalia soltó un grito ahogado de emoción antes de agradecer a la médica por la llamada y colgar. Su cuerpo reaccionaba a la inyección de adrenalina. Sentía que la emoción le subía desde el estómago hasta la garganta. Se llevó la mano a la boca, intentando contener las lágrimas. No era una certeza, no todavía, pero sí algo a lo que aferrarse.

—Tengo que irme —murmuró para sí misma.

Amalia se volvió un instante hacia la cama. Gael dormía profundamente, con el rostro relajado y la respiración lenta, ajeno a la llamada que acababa de traer luz a la mañana. Durante un segundo dudó. Podría despertarlo, contarle lo que acababa de oír, compartir aquella pequeña esperanza que empezaba a abrirse paso entre el miedo. Pero las palabras de la médica aún resonaban en su cabeza: evitar cualquier cosa que pudiera alterarla.

Si Laura reaccionaba a los ruidos, si existía la posibilidad de que las voces cercanas la ayudaran a volver, lo único que importaba era

llegar cuanto antes y mantener la calma a su alrededor. Despertar a Gael significaba explicarlo todo, perder tiempo, quizá añadir una emoción de más a un momento que necesitaba serenidad.

Respiró hondo, como si así pudiera ordenar la mezcla de alivio y nervios que le subía por el pecho, y apartó la mirada de la cama. Con prisas, se puso la chaqueta y las zapatillas. Miró la mesilla, cogió el móvil y salió corriendo.

Todavía era pronto, apenas había amanecido. Amalia caminó por las calles desiertas de Alicante, con la sensación de que el mundo dormía mientras ella se apresuraba.

Justo al doblar una esquina, su móvil vibró de nuevo. Era Gael.

—Amalia... —oyó al descolgar la voz preocupada—. ¿Dónde estás?

—He tenido que venir al hospital —trató de sonar tranquila—. Es Laura. Tengo buenas noticias, me han dicho...

—¿Y por qué no me has despertado? —la interrumpió él, un poco alterado—. ¿Por qué no voy contigo?

—No... —Amalia respiró hondo—. Será mejor que no vengas, Gael. Me han explicado los médicos que para que despierte conviene evitar visitas que puedan alterarla. Por favor, quédate donde estás.

—Amalia... —dijo él, con tono bajo, pero cargado de reproche—. Esto no me parece justo.

—Lo siento, de verdad, pero no quiero conflictos ahora. Solo necesito llegar a la habitación y ver cómo está. Hablamos luego, ¿vale?

Colgó y continuó caminando. Durante unos segundos sintió cómo las emociones se agolpaban dentro de ella, urgentes y desordenadas. El corazón le latía con fuerza, como si quisiera empujarla hacia el hospital más deprisa de lo que sus piernas podían avanzar. La noticia sobre Laura le abría un pequeño resquicio de esperanza que le calentaba el pecho, pero la conversación con Gael

le había dejado un poso incómodo, una punzada de culpa que no sabía muy bien dónde colocar. Había hablado con firmeza, quizá con más frialdad de la que pretendía, y aun así sabía que no podía permitirse dudar ahora.

Todo en su cuerpo parecía moverse hacia un único objetivo: llegar a la habitación de Laura y comprobar con sus propios ojos que aquella esperanza era real. Respiró hondo mientras apresuraba el paso.

El hospital se alzaba ante ella con su imponente fachada, blanca y fría, como siempre, pero esta vez albergaba algo de esperanza. Sonrió y entró. Cruzó el vestíbulo y subió en el ascensor, con la mirada fija en los números que avanzaban despacio.

La planta estaba en calma. Demasiado. Solo algún pitido lejano rompía el silencio. Amalia avanzó unos pasos, pero se detuvo. Con las prisas, se había olvidado de tomar algo para afrontar la mañana. Se acercó a la máquina de café, introdujo la moneda y esperó. El vaso cayó con un golpe seco. Mientras el café se llenaba, apoyó la mano en la máquina, intentando reunir fuerzas antes de seguir.

—¿Sigues tomando el café con dos sobres de azúcar o ya maduraste? —dijo una voz a su espalda.

Amalia giró tan bruscamente que casi derramó la taza. Jorge estaba allí. Apoyado en la barandilla, con la misma chaqueta vaquera de siempre y una barba más descuidada que en sus recuerdos.

—¡Jorge! ¡Qué susto! —exclamó ella.

Se acercó un paso a él, con la emoción por la buena noticia en el cuerpo, sin decidir aún si abrazarlo o marcharse.

—Te estaba esperando, imaginé que vendrías nada más enterarte —dijo con una sonrisa llena de alegría.

—Me llamó la médica, podías haberme avisado tú.

Jorge la miró con un gesto divertido en el rostro. Ninguno de los dos estaba tenso, había demasiadas cosas buenas que celebrar.

—Podía, sí. Pero pensé que colgarías antes de oírme —bromeó.

A pesar del tono jocoso, Amalia notó la pequeña ironía. La emoción se tambaleó un poco, dejando entrever esa historia que había entre ambos. Se cruzó de brazos con el vaso de café en una de las manos.

—¿Y qué esperas que haga ahora? ¿Que te dé las gracias? ¿Por qué exactamente?

Jorge dejó escapar una risilla que murió casi al instante, como si hubiera chocado contra la dureza de las palabras de Amalia. Se irguió un poco en la barandilla y descruzó los brazos, incómodo de repente, buscando su mirada para comprobar si hablaba en serio. Durante un segundo pareció dudar entre mantener el tono ligero o responder de otra manera. La sonrisa que había traído al acercarse se le fue apagando poco a poco, sustituida por una expresión más cautelosa, como si acabara de recordar que entre ellos aún quedaban demasiadas cosas sin resolver.

—No espero nada. Solo estar a su lado. —Él bajó la voz—. Y saber si tú estás bien.

Ella soltó una risa seca.

—Yo... estoy. No sé si bien. Pero estoy.

Un silencio incómodo los rodeó. Los ruidos del hospital parecían más lejanos. Jorge se frotó las manos, como buscando qué decir.

—Llevas el pelo más largo —murmuró.

—Y tú sigues sin aprender a hablar de frente.

Él levantó la mirada.

—Sigo sin saber cómo hablarte, más bien —dijo, con los hombros ligeramente encogidos.

Amalia suspiró, dejando que se colara un hilo de alivio en su voz.

—Lo importante es que Laura está reaccionando.

—Sí. —Se relajó un poco—. Es extraño... Estoy feliz, pero a la vez tengo miedo. Está todo tan al alcance de la mano, que me aterra que esa posibilidad vuelva a desaparecer.

—Lo sé. —Amalia se peinó, nerviosa—. Me han dicho que aún no es del todo seguro, pero que su cuerpo reaccione... lo cambia todo.

Jorge asintió lentamente.

—Ahora podemos estar seguros de que hablarle y acompañarla funciona. —Una sonrisa suave apareció en sus labios—. Por primera vez desde el accidente, siento que podemos ayudarla de verdad.

Amalia asintió. Ella también sonrió, pero, antes de poder añadir algo más, escuchó unos pasos rápidos detrás de ella. Se giró de golpe. Su corazón dio un vuelco y un escalofrío le trepó por la espalda. Gael estaba allí, los pasos resonando con firmeza sobre el suelo, demasiado rápidos, demasiado decididos. Su rostro se había tornado tenso al verla con Jorge. La mirada cargada de reproche y sorpresa parecía recorrer cada gesto de Amalia. Ella sintió cómo se le aceleraba el pulso, y retrocedió dos pasos sin pararse a pensarlo. Jorge, percibiendo el cambio de aire, se inclinó ligeramente hacia delante, cauteloso, con los brazos a medio levantar, como si no quisiera que la situación se desbordara.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó Gael con furia, lanzándole el bolso que se había dejado en la pensión—. ¿Tú le llamaste?

—¡Gael! —trató de contenerlo Amalia—. ¡Cálmate!

—No me voy a calmar. ¿Qué haces con él?

Ella se interpuso entre ambos, pero Gael dio un paso al frente con los ojos desorbitados por la rabia. Jorge frunció el ceño y dio un paso hacia Gael, pero Amalia lo detuvo con la mano.

—¡No te metas! —le gritó a Jorge—. Esta no es tu pelea.

—¿Y él lo sabe? —murmuró Jorge.

Gael avanzó un paso más sin mirar a Amalia y, antes de que ella pudiera reaccionar, empujó a Jorge contra la pared. Él se tambaleó, sorprendido por la agresión.

—¡Eh! —exclamó—. ¡Tú no tienes derecho a tocarme!

—¡Gael! —gritó Amalia e intentó agarrarle del brazo para apartarlo de Jorge.

Los enfermeros, alertados por el alboroto, aparecieron de inmediato.

Amalia sintió cómo la adrenalina le subía por el cuerpo mientras intentaba contener el enfado que la consumía. Cada respiración era rápida y tensa. Sus manos, crispadas, temblaban ligeramente mientras trataba de sujetar a Gael y, al mismo tiempo, proteger a Jorge. El ruido del hospital parecía haberse amplificado: pasos apresurados, voces sorprendidas y el lejano pitido de algún monitor que se fundía con los latidos de su corazón. Algunos pacientes asomaban la cabeza por las puertas, curiosos o preocupados, las enfermeras y auxiliares se acercaban corriendo por el pasillo para intentar separar a Gael antes de que la situación se desbordara.

La sensación de que todos los ojos estaban sobre ellos la hizo sentir un calor incómodo en las mejillas, un miedo mezclado con furia que la obligaba a mantener la calma, aunque cada fibra de su cuerpo gritaba por explotar.

—¡Señor! —Un auxiliar apartaba a Gael con firmeza—. ¡No puede comportarse así aquí! ¡Márchese!

Gael se soltó, respirando con fuerza, lleno de indignación, mientras los enfermeros lo guiaban hacia la salida amenazando con llamar a la policía.

—¡Esto no ha terminado! —gritó, furioso.

El pasillo se sumió en un silencio espeso, apenas roto por el pitido lejano de alguna máquina. Varias miradas curiosas seguían clavadas

en ellos. Amalia sentía el pulso en sus sienes, incapaz de decidir si correr tras Gael o quedarse allí. El aire parecía crepitar, como si todavía flotara la violencia del empujón.

Jorge miró a Amalia, todavía con los brazos cruzados. Tenía la mandíbula apretada y el pecho subiendo y bajando con una respiración agitada. La luz blanca del pasillo le marcaba el gesto endurecido, y en su expresión ya no quedaba rastro de la alegría que había traído la noticia sobre Laura.

—Deberías alejarte de ese tío —dijo, con un tono que combinaba reproche y advertencia—. Esto no es lo que debería pasar en un hospital.

Amalia sintió que algo se rompía por dentro. La rabia le subió sin aviso, mezclada con algo más antiguo, más hondo.

—¿Alejarme?! —exclamó Amalia, la rabia subiendo rápidamente—. ¡Eso es lo que haces tú, lo que hiciste conmigo! ¡No tienes ni idea de lo que me hiciste sentir!

Jorge guardó silencio, sorprendido por la intensidad de la reacción. La mirada de Amalia era feroz, una mezcla de dolor y enfado contenido durante años.

—Amalia... —intentó decir al fin.

—¡No me hables! —Le temblaba la voz—. No ahora. No hasta que entiendas que no tienes derecho a juzgar nada de lo que hago yo ni la gente de mi alrededor. ¡No hasta que entiendas que todo lo que me hiciste sigue presente!

Jorge parpadeó, intentando recomponerse, completamente asombrado por aquella confesión. Amalia se agachó para coger el bolso que Gael le había tirado y había caído al suelo.

—¡Lárgate! —exigió Amalia mientras se dirigía a la habitación—. Hoy me encargo yo de mi hermana.

Jorge la observó alejarse por el pasillo, caminando con la cabeza alta, con determinación, como si cada paso la separara no solo de él, sino también de todo el conflicto que él no se atrevía a enfrentar. La culpa lo golpeó con fuerza. Sabía que había contribuido a su dolor y, verla marchar así, pareciendo tan segura de sí misma, le recordó a la persona tan increíble que había perdido por no haber sabido enfrentarse a las cosas y lo difícil que sería recuperar un lugar en su vida. Jorge se dirigió al ascensor para marcharse.

El silencio que rodeaba a Amalia estaba cargado, pesado, lleno de palabras no dichas y reproches acumulados. Inspiró hondo, intentando calmar la adrenalina que aún recorría su cuerpo.

Empujó suavemente la puerta de la habitación. El aroma del interior, esa mezcla de desinfectante y sábanas recién cambiadas, era el de la realidad que estaba viviendo su hermana pequeña. Laura dormía, los monitores mostraban un ritmo constante y tranquilo, un pequeño oasis en medio de la tormenta.

Se acercó a la cama y se inclinó sobre ella, acariciándole la mano con delicadeza. Cada gesto era cuidadoso, como si temiera romper algo frágil.

Amalia se abrazó a su bolso y se sentó en la silla vacía que había junto a la cama. El corazón le latía con fuerza, pero se dijo que estaba reclamando su espacio y tomando decisiones por sí misma, sin permitir que nadie, ni Gael ni Jorge, la controlara.

—Hola... Ya estoy aquí. —susurró, más para sí misma que para Laura—. Y ahora sé que me oyes, Laura. Quiero arreglar las cosas contigo.

La habitación parecía un templo. Amalia cerró los ojos un instante, esperando con ansiedad un leve movimiento de Laura, un parpadeo o un gesto que confirmase que la noticia de la médica se estaba haciendo realidad, pero no percibió nada. Aun así, dejó que la

tensión acumulada del pasillo se disolviera lentamente. Al menos podía sentir que, aunque fuera difícil, empezaba a recuperar el control de su mundo, poco a poco, aferrándose a la esperanza de que pronto las cosas cambiarían. Laura iba a despertar.

## Mucho más que una libreta

*21 de octubre*

Amalia se despertó en la pensión con un sobresalto, el recuerdo del hospital todavía fresco en su mente. Al incorporarse, recordó de inmediato que la noche anterior descubrió que algo le faltaba: la libreta que había sido su refugio desde que volvió a abrirla.

Se levantó de la cama para buscar a su alrededor. La búsqueda comenzó como un temblor contenido: revisó la mesilla, el suelo, debajo de la cama. Nada. La sensación de vacío creció en su pecho. Comenzó a rebuscar con más urgencia. Apartó las mantas de la cama, palpando con los dedos cada rincón del colchón, como si la libreta pudiera haberse escondido entre las sábanas. Se agachó, metió la mano bajo la cama y empujó con cuidado la alfombra, temiendo que cualquier movimiento brusco la rompiera o la rayara. Su corazón latía con fuerza; cada lugar vacío apretaba un poco más el nudo en su garganta.

Revisó la mesilla una y otra vez, levantando libros, cuadernos y bolígrafos. Se sentía cada vez más desesperada, mientras el mundo se encogía a su alrededor, centrado únicamente en ese objeto que le había devuelto el hilo de su vida.

La libreta no aparecía.

Se llevó las manos a la cara, respirando con dificultad. Cada segundo sin encontrarla le recordaba lo frágil que se sentía y la urgencia por recuperarla se mezclaba con un miedo sordo a haberla perdido para siempre.

—No puede ser... —murmuró—. No puedo haberla perdido.

Salió de la habitación, desesperada y corrió a la recepción de la pensión, con la respiración acelerada. Quizá se le había caído mientras rebuscaba la llave de su dormitorio y alguien se la había encontrado y la había llevado a objetos perdidos.

Se dirigió a la mujer que había tras el mostrador.

—He perdido algo... —dijo, con voz entrecortada—. Una libreta pequeña, marrón. ¿Alguien la ha encontrado?

La recepcionista negó con la cabeza, apenada.

—Lo siento, no hemos visto nada.

Amalia sintió que un nudo en la garganta le impedía hablar. No era solo una libreta; era un recuerdo, un vínculo con su madre, un pedazo de sí misma que había estado esperando para recordarle quién era.

—Está bien... gracias —susurró con voz temblorosa.

Se obligó a respirar hondo y ordenar los recuerdos de los días anteriores. Pensó en la última vez que había dibujado, en el lugar donde había abierto la libreta y dejado que el lápiz se moviera casi sin pensar. El puerto. La brisa salada, el banco frente al mar. Sintió un golpe de urgencia en el pecho.

Salió apresuradamente a la calle y echó a andar con paso rápido hacia allí, como si el sonido de las olas pudiera devolverle aquello que había perdido.

Las gaviotas graznaban sobre los barcos amarrados, y el reflejo del sol en el agua creaba destellos que bailaban sobre las superficies metálicas de las embarcaciones. Los aromas de salitre, gasolina y

pescado fresco se mezclaban con el murmullo lejano de los turistas y los pescadores que recogían redes, componiendo un ruido de fondo que le resultaba reconfortante.

Amalia dejó que el aire húmedo le llenara los pulmones, y mientras buscaba una y otra vez en los lugares donde había dibujado tan solo dos días atrás, notó a su espalda los barcos, los amarres y los contornos de las lonas ondeando con el viento. Su mirada escrutaba todos los rincones a los que sus manos no podían llegar, esperando encontrarla.

Sin éxito, se dejó caer sobre un banco, agotada y desesperada. Justo entonces vio algo que le llamó la atención: una pequeña y peluda silueta familiar. El gato callejero de días atrás apareció entre las sombras de unas cajas que los rodeaban. Ronroneó al frotarse contra sus piernas.

—Hola, amigo. —Se agachó para acariciarlo—. ¿Tú has visto mi libreta?

El gato maulló como si negase y la miró con sus ojos brillantes y suaves. Acercó la cabeza a la mano de Amalia.

—Ya... supongo que tú tampoco sabes nada —murmuró con una sonrisa cansada—. Era importante, ¿sabes? No es una libreta cualquiera.

El gato volvió a maullar, acomodándose junto a sus piernas.

—Me la regaló mi madre —añadió Amalia en voz baja, como si le confiara un secreto—. El día de mi cumpleaños. Dijo que era perfecta para mis dibujos.

Suspiró y siguió acariciando el lomo tibio del animal.

—Así que no... no era solo una libreta.

El gato levantó la cabeza, mirándola con calma, y Amalia sintió que el recuerdo regresaba de golpe.

*Era su cumpleaños. La mesa del salón estaba cubierta con un mantel blanco salpicado de confeti, rodeada de globos de colores que apenas se movían con el calor de la estancia. La luz del sol entraba por las cortinas de lino, iluminando suavemente los rostros de las tres. Su madre estaba allí, con esa sonrisa eterna, como si todo en el mundo estuviera bien. Su pelo castaño, recogido con cuidado, brillaba con reflejos dorados. Llevaba un vestido sencillo, limpio, con un aroma a lavanda que Amalia aún recordaba.*

*Laura estaba a su lado, inquieta, jugando con las servilletas dobladas y riendo con esa risa que siempre contagiaba a Amalia. No habían invitado a nadie más, era un momento solo para ellas.*

*Su madre le entregó un paquete cuidadosamente envuelto.*

*—Feliz cumpleaños, cariño —dijo con suavidad—. Sé que te gusta dibujar, así que pensé que esto te haría ilusión. —Le guiñó un ojo con ternura.*

*Amalia abrió el paquete y descubrió una libreta marrón con hojas suaves, una invitación a llenarlas de vida. En la portada, su madre había escrito con su letra inconfundible: «Para mi pequeña artista, que pintes siempre con el corazón».*

*Los ojos de Amalia brillaron y abrazó a su madre con fuerza.*

*—Gracias... gracias, mamá —susurró, emocionada—. Es perfecta.*

*Su mente ya comenzaba a colmarse de ideas para el primer dibujo: pensó en dibujar a su madre y a Laura riendo juntas, justo como en ese instante, atrapando la felicidad que sentía en aquel cumpleaños. La libreta no era solo un regalo; era un pequeño tesoro cargado de amor, un destello de la calidez y la risa que aún podía sentir a través del tiempo.*

Las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas. De repente, sintió cómo la soledad la envolvía, y pensó en volver a casa, a la seguridad de su barrio, el mismo que había dejado atrás hacía ya cinco años. Pensó en enfrentarse a la rutina que había abandonado y que, de alguna manera, antes de que su madre muriera siempre le había hecho sentir a salvo. Pero el miedo a la soledad, al rechazo, al recuerdo de todo lo que había perdido, la paralizaba.

Se abrazó a sí misma en aquel banco e intentó alejar el frío que sentía en su interior.

El gato se acercó, rozándose contra su pierna, y ronroneó con insistencia. Amalia lo cogió para rodearlo con sus brazos, abrazándolo como si así pudiera encontrar un instante de paz que calmara su miedo. El ronroneo parecía un latido que le decía: «Puedes hacerlo, no estás sola». Respiró hondo, dejando que el calor y la suavidad del pequeño animal le devolvieran un resquicio de calma.

Se puso en pie con fuerzas renovadas y, dejando al gato en el suelo con delicadeza, echó a caminar por el paseo marítimo. Sus pasos crujían sobre la madera húmeda y el aire salado le rozaba la cara, recordándole tardes pasadas junto al mar, otras risas y dibujos compartidos que ahora parecían tan lejanos. El gato trotaba a su lado, ágil y curioso, y Amalia sentía cómo la compañía silenciosa del animal le infundía seguridad, como si el presente y el pasado se unieran en ese pequeño compañero. Cada ola que rompía contra los muelles parecía recordarle que, aunque la libreta estuviera perdida, aún quedaban momentos que podía abrazar, pasos que podía dar, recuerdos que podía rescatar.

Justo entonces reparó en una figura a lo lejos. Al principio no reconoció quién era. Un hombre joven, alto, apoyado contra la puerta de entrada de un edificio con las manos en los bolsillos. Pero

había algo en su postura, en la mirada tranquila, que le resultaba vagamente familiar.

Era Sergio.

Su corazón dio un salto de sorpresa y curiosidad. Amalia abrió la boca, preparada para gritar su nombre. Sin embargo, antes de que pudiera emitir cualquier sonido, se dio cuenta de que no estaba solo. Una chica de estatura baja y con el cabello castaño recogido en un moño caminaba junto a él. Amalia la reconoció de inmediato.

Sofía caminaba junto a Sergio, con los hombros ligeramente encogidos y un aire de cansancio en la mirada, como si no hubiera dormido bien. Aun así, parecía sentirse cómoda a su lado, su paso tranquilo y la forma en que rozaba apenas con el brazo a Sergio delataban confianza, aunque sus ojos aún reflejaban cierta timidez y alerta ante lo inesperado.

Amalia dio unos pasos hacia delante, queriendo acercarse, pero algo la paralizó. Sofía no la veía; ni siquiera intuyó que estaba cerca. El corazón le dio un vuelco por la alegría y la culpa que la atravesaban. Siempre había sido ella quien contaba con Sofía, quien necesitaba su hombro, su risa, su comprensión. Y ahora... ahora era Sofía la que tenía un momento que Amalia no podía compartir.

Se mordió el labio, tragando la urgencia de gritar su nombre, de lanzarse hacia ellos y abrazarla, de disculparse por tantos días de distancia emocional. Pero se quedó allí, en silencio, como si la sombra de su propia culpa la obligara a quedarse atrás.

El gato, sentado a su lado, maulló bajito, como si le dijera: «Puedes hacerlo, no estás sola». Amalia lo miró, y por un segundo pensó que quizá tenía razón.

Recordó todas las veces que Sofía había estado para ella: los mensajes de ánimo, las llamadas interminables, los silencios compartidos que decían más que cualquier palabra. Y se dio cuenta

de lo difícil que había sido devolverle todo ese cariño, de lo mucho que había tardado en aprender que cuidar de los demás también implicaba estar cuando ellos lo necesitaban. Respiró hondo, dejando que la brisa marina acariciara su rostro y, con el ronroneo del gato acompañándola, comprendió que a veces el valor no está en lo que hacemos, sino en lo que sentimos y cómo aprendemos a enfrentarlo, incluso desde la distancia.

## 18

### No olvides nunca de dónde vienes

*22 de octubre*

El olor a sábanas recién cambiadas inundaba la habitación del hospital. Amalia se sentó junto a la cama de Laura y apoyó suavemente la mano sobre la de su hermana. Cada movimiento era medido, como si temiera romper algo invisible, pero el corazón le latía a un ritmo que no podía controlar; era un tambor insistente que reclamaba espacio para todas las emociones que había intentado mantener contenidas.

—Hola... —susurró—. Hoy... hoy ha sido un día largo.

Laura permanecía tranquila, inmóvil. Sin embargo, un leve movimiento bajo sus párpados hizo que Amalia contuviera la respiración; había sido un gesto apenas perceptible, pero suficiente para recordarle que, de algún modo, su hermana la escuchaba. Para Amalia, hablarle era más que un monólogo. Era un ejercicio de honestidad consigo misma, una manera de dejar salir lo que llevaba semanas acumulando.

—Ayer vi a Sofía con Sergio —continuó, con la voz temblorosa—. Y... me he dado cuenta de que he sido una mala amiga. No porque no la quiera... sino porque no supe verlo cuando me necesitaba. Siempre estaba atrapada en mi dolor, en mis miedos, en mis pérdidas, y olvidaba que los demás también tienen los suyos.

Se inclinó un poco más hacia la cama, bajando la voz, como si el aire mismo pudiera filtrar su arrepentimiento.

—Y Gael... —inspiró hondo—. Me siento atrapada con él. Cada límite que pongo, cada espacio que intento marcar, él lo cruza. Me enfado, me siento oprimida... y, aun así, también siento que me cuida. Pero su manera de cuidar me hace daño, me agota... me hace sentir que no tengo control sobre mi propia vida.

Amalia se abrazó ligeramente a sí misma, los dedos apretando la sábana como si fuera un amuleto que pudiera sostener su cordura.

—Y Jorge... —susurró, casi para sí misma—. No puedo evitar sentir esa incomodidad, ese dolor pasado que aún me quema. Cada vez que lo veo cerca, siento que revive todo lo que intenté enterrar. Y tú... tú eres mi ancla ahora mismo, Laura, porque el miedo a perderte es... es insoportable.

El pitido constante del monitor acompañaba sus palabras, un ritmo que parecía marcar el paso de sus emociones, un recordatorio de que el tiempo continuaba avanzando, incluso cuando la vida se sentía suspendida.

De pronto, un recuerdo irrumpió en su mente, nítido y lleno de color.

*Era verano en la terraza del piso familiar, el aroma a pan recién tostado y a sal marina que llegaba desde el mar flotaba por la ventana y llenaba el aire. Las macetas con plantas cuidadosamente arregladas daban un toque de verde entre las paredes blancas. Su madre estaba allí, sonriente, con Amalia y Laura a su lado.*

*—No olvidéis nunca de dónde venís —decía mientras dejaba el desayuno frente a ellas—. Vuestras raíces os sostendrán siempre, sobre todo cuando os sintáis perdidas.*

*Amalia y Laura se miraron y, como era habitual, empezaron a discutir sobre pequeñas tonterías.*

*—¡Yo quiero vivir cerca del mar! —exclamó Laura, señalando hacia el horizonte—. Así podré nadar cada día.*

*—¡Yo no! —Amalia frunció el ceño—. Yo quiero un jardín enorme, lleno de árboles y flores.*

*Su madre las observaba con paciencia, dejando que sus hijas soñaran y discutieran a partes iguales. Después de unos segundos, Laura sonrió y añadió:*

*—Vale, podemos combinarlo: un jardín en una casa cerca del mar. ¿Te imaginas?*

*Amalia rio, aceptando el juego, y juntas se imaginaron el futuro, entre risas y planes imposibles, mientras el sol de la mañana iluminaba sus rostros y las sombras de las persianas dibujaban rayas sobre la terraza.*

*El aroma del pan tostado, mezclado con el viento salado, el calor del verano y la risa de Laura quedó grabado en Amalia como un instante de una felicidad simple y perfecta, un recuerdo que conservaría para siempre.*

Amalia cerró los ojos, dejando que ese recuerdo se filtrara entre las emociones que sentía en ese momento. La sensación era cálida, como un puente que la conectaba con algo que había olvidado: la importancia de volver a la raíz, de enfrentarse a lo que había sido para poder crecer. Al mismo tiempo, no podía evitar sentirse perdida en su propia vida, como si caminara por un laberinto sin mapa. Quería reencontrarse con esa raíz, volver a lo esencial, para poder reencontrarse consigo misma, entender quién era y hacia dónde quería ir, para recuperar la calma que creía haber perdido.

—Quizá mamá tenía razón —susurró—. Quizá tengo que volver a mis raíces, a nuestra casa, a todo lo que éramos... para poder seguir adelante.

Laura permanecía inmóvil, pero Amalia no necesitaba respuesta. Solo hablar, verbalizar sus miedos y arrepentimientos, era un acto de liberación. Su voz, aunque cargada de emoción, se volvía más firme con cada palabra.

—Sé que he fallado con Sofía, y quiero enmendarlo —continuó—. Quiero aprender a estar para los demás sin olvidarme de mí misma. Y con Gael... tengo que encontrar la manera de que respete mis límites, aunque le duela. No puedo dejar que nadie decida mi vida por mí.

Se inclinó hacia Laura, y apoyó la frente sobre la sábana.

—Y contigo... —dijo, con un hilo de voz—. También siento que te he fallado. Cuando te fuiste con Jorge, yo hui a Madrid... no supe cómo cuidarte, cómo protegerte. Y no puedo evitar sentir que debería haber estado más cerca. No puedo imaginar la vida sin ti. Cada día contigo es un regalo que no quiero perder. Y aunque tenga miedo, aunque me sienta frágil, quiero seguir aquí. Quiero estar presente.

Amalia respiró hondo, dejando que las lágrimas rodaran por sus mejillas. La mezcla de miedo, culpa, amor y el deseo de que todo se arreglase la envolvía, sentía aquella carga pesada pero liberadora. Por primera vez en mucho tiempo, estaba enfrentando todo: sus relaciones, sus errores, sus miedos... y, sobre todo, su deseo de proteger lo que realmente importaba.

El monitor seguía con aquel pitido constante que indicaba que la vida de Laura no corría peligro, por eso Amalia lo escuchaba ahora como un acompañamiento a su confesión; ya no era la advertencia de que todo podía romperse en cualquier instante. Se incorporó,

tomando la mano de Laura con más firmeza. Por un momento, sintió que los dedos de Laura respondían a su agarre, pero fue tan leve que no supo si se lo había imaginado. A pesar de todo, quiso hacerle una promesa.

—Pronto... —susurró—. Pronto iré a nuestra casa y miraré de frente todo lo que fuimos. Y ojalá, quizá, eso me ayude a encontrar la fuerza que necesito para seguir adelante, para poder caminar a tu lado.

La habitación se sumió en el silencio. Amalia respiró hondo y sintió que podía sostener todas sus emociones a la vez, sin romperse, sin desbordarse, aunque la carga fuera pesada. La sensación de estar al borde del colapso se transformaba lentamente en determinación. Y, en el centro de todo eso, Laura seguía allí, su ancla silenciosa, su motivo para levantarse y enfrentarse al mundo. Sus párpados se movieron apenas, como un parpadeo sutil que le indicaba a Amalia que, de algún modo, estaba presente, consciente, acompañándola aunque fuera en silencio.

Amalia se incorporó despacio, dejando que la presión fuese diluyéndose, siquiera un instante. Antes de salir, recorrió la habitación de Laura una última vez con la mirada absorbiendo cada detalle: el brillo débil de los monitores, la sábana perfectamente estirada, y la pequeña señal de vida que demostraba que su hermana seguía allí, aferrándose a cada momento.

El pasillo estaba silencioso. Los enfermeros caminaban a distancia, atentos a todo lo que ocurría a su alrededor, pero actuando con discreción. Cada paso hacia la salida parecía pesar toneladas, como si llevara consigo toda la ansiedad, la culpa y el miedo de las últimas semanas.

Al abrirse la puerta principal del hospital, el aire fresco la golpeó de lleno. Respiró hondo, dejando que la brisa salada de Alicante le

recordara que, aunque la vida fuera abrumadora, todavía había espacio para ella, para encontrarse, para sentir y para actuar.

En lugar de dejar que sus pasos la llevaran sin rumbo, giró hacia su antiguo barrio, caminando con decisión hacia el parque donde había pasado tantas tardes de niña. Los columpios chirriaban con el viento y algunos niños corrían tras las palomas, gritando entre risas, mientras una pelota se deslizaba demasiado cerca del arbusto donde un gatito estaba atrapado, asustado por los gritos.

—Vamos, tranquilo... —susurró Amalia—. No pasa nada.

Se acercó a él y el gato se dejó acariciar, ronroneando débilmente al sentirse protegido. Amalia lo cogió en brazos y siguió caminando por los senderos conocidos del parque. Desde allí podía ver las ventanas de su antigua casa, con las persianas bajadas y los toldos descoloridos por el sol, testigos silenciosos de los años que habían pasado sin que nadie se atreviera a abrirlos por miedo al dolor.

Se zambulló en la memoria: aquellas tardes jugando con Laura, los secretos compartidos, y el calor de su madre siempre cerca. El nudo en la garganta volvió, pero esta vez mezclado con una sensación de fuerza. La libreta seguía perdida, pero sabía que podía sostenerse a sí misma.

Se permitió quedarse allí unos instantes más, observando su hogar desde la distancia, sintiendo que asumir su miedo y la incapacidad de cruzar el umbral también era parte del camino. El ronroneo del gato le daba la calma suficiente para entender que, aunque aún no estuviera lista, ya había avanzado más de lo que creía posible.

## 19

### Enfrentarse al pasado

*23 de octubre*

Amalia se despertó antes de que el sol acariciara la ciudad. La pensión estaba en silencio, salvo por el zumbido lejano de los coches en la calle. Casi no había pegado ojo. La mente le daba vueltas sin descanso, como un carrusel desenfrenado. Llevaba toda la noche pensando cómo sería volver a pisar aquella casa que, desde la muerte de su madre, había abandonado. Volver a la infancia y poner un pie en su antigua vida. Suspiró, no podía posponerlo más. Tenía que enfrentarse a ese miedo que la paralizaba.

Se levantó en silencio, se vistió y se puso su abrigo. Cogió el bolso que estaba sobre una de las sillas, intentando no darle demasiadas vueltas a lo que estaba a punto de hacer para no echarse atrás. Al salir a la calle, el gato apareció como por arte de magia, como si supiera lo que se proponía y quisiera darle su apoyo. Se deslizó entre sus piernas, ronroneando, y Amalia sonrió.

—Ah. Vas a acompañarme, ¿verdad? —Le pasó la mano por el lomo.

Por toda respuesta, el animal frotó la cabeza contra su mano, una llamada a la calma entre tanta ansiedad.

Juntos caminaron por las calles de Alicante. El gato avanzaba con su tranquila determinación y Amalia, con cada paso que daba, sentía

cada vez más fuerte la necesidad de volver a su hogar de la infancia, de enfrentarse a los recuerdos que había dejado atrás y que, de alguna manera, aún la sostenían.

Cuando llegó a la puerta de la casa, un escalofrío la recorrió. Introdujo la llave en la cerradura, que giró con facilidad y dejó escapar un chirrido largo, como si la casa también fuera consciente de todo lo que había evitado durante años. Cruzar el umbral no era simplemente entrar en una casa; era volver a sí misma, volver al lugar donde había reído, llorado, discutido y amado con intensidad antes de que la vida le arrancara pedazos que todavía dolían.

Cerró la puerta a su espalda para evitar escapar.

El recibidor olía a madera vieja y polvo mezclado con un débil aroma a limón que quedaba de algún producto de limpieza antiguo. El espejo ovalado de la entrada le devolvió el reflejo de su cara cansada, los ojos marrones aún húmedos de emociones atrapadas y aquel cuerpo que llevaba años cargando recuerdos y culpas. Se quedó un momento, observándose a sí misma, y de repente recordó la última vez que se miró allí, justo antes de marcharse a Madrid: una mujer joven de veinticinco años, con una pesada mochila a la espalda y la consciencia de que dejaba detrás más que una ciudad.

El silencio de la casa era abrumador. Ni rastro de las plantas que su madre cuidaba con tanta devoción, la luz de la mañana entraba por las rendijas de las persianas bajadas y las habitaciones parecían respirar con las sombras de otros tiempos. Amalia avanzó despacio. Cada paso sobre el suelo de madera crujía, como si la casa aún guardara una voz entre las paredes capaz de gritar lo que había evitado: el pasado, la culpa por la marcha de Laura, la muerte de su madre.

El gato, que la seguía por la casa, saltó sobre un mueble y, en su curiosidad, tiró un jarrón que su madre odiaba, pero nunca se había

atrevido a tirar porque había sido un regalo de una tía abuela lejana. El sonido del cristal rompiéndose la sobresaltó y un dolor punzante le recorrió el pecho. Casi pudo escuchar la voz de su madre: «Pero qué mal gusto tiene mi tía, ¿eh?», como decía siempre que se detenía a mirarlo. En lugar de molestarse, Amalia sonrió, se inclinó a recoger los fragmentos y sintió una extraña conexión con la casa. Incluso las pequeñas imperfecciones de aquel lugar le hablaban de vida, de memoria y de amor.

Pasó por la sala y sus ojos se detuvieron en las estanterías donde los libros descansaban como guardianes del tiempo. Allí estaba uno de los que había leído una y otra vez de niña, ese libro que su madre le contaba a Laura cada noche y que había marcado sus años de adolescencia: *Cien cuentos para soñar*. Lo tomó entre las manos con cuidado. En la portada, la mariposa dibujada parecía suspendida en el aire, delicada, como si en cualquier momento fuera a echar a volar.

Sintió un nudo en la garganta. Ese mismo libro había vuelto a sus manos años después, en una habitación de hospital demasiado blanca, cuando su madre ya estaba enferma. Habían tratado de retomararlo entre las tres, como si al hacerlo pudieran engañar al tiempo, pero nunca llegaron al final.

El tacto de la cubierta y el olor a páginas antiguas la transportaron a tardes interminables de cuentos y risas... y también a aquel último intento por aferrarse a algo que ya se desvanecía. Esta vez, sin embargo, no apartó la mirada. Por primera vez, sintió que podía leerlo sin miedo.

En la pared, una serie de fotos familiares le arrebató un suspiro. En una de ellas, su madre aparecía en el centro, con el pelo castaño cayendo suavemente sobre los hombros y esa sonrisa cálida que parecía sostenerlo todo. A su lado, Laura, con el cabello recogido de

cualquier manera y los ojos brillantes de energía, reía con las manos manchadas de pintura. Amalia, un poco más alta, con el pelo suelto y la expresión concentrada pero sonriente, sujetaba un pincel como si fuera un tesoro.

En otra, ella aparecía sola, abrazando un peluche que aún seguía en la habitación de Laura, con las mejillas sonrojadas y la mirada inocente de quien todavía no conoce la pérdida.

Amalia recorrió cada imagen con la punta de los dedos, reconociéndose en la niña que había sido, abrumada al verse frente a la versión de sí misma que llevaba años negando.

Siguió avanzando por el pasillo, asomándose a cada habitación y sintiéndolas como un pequeño escenario donde habían quedado atrapadas voces, risas, discusiones y secretos.

Al abrir la puerta de la cocina, notó cómo la luz entraba de manera distinta, iluminando rincones que parecían esperarla. Se sentó en una de las sillas que rodeaban la mesa, dejando que el peso de los años se derramara lentamente sobre sus hombros. El gato se acomodó en su regazo, ronroneando, y Amalia lo acarició despacio, mientras se permitía sentir que podía estar en aquel lugar sin miedo, sin culpa, enfrentando todo lo que había evitado: la ausencia de su madre, la traición de su hermana, la nostalgia de lo que había sido.

Respiró hondo.

—Hola, mamá... —susurró con suavidad.

Se aclaró la garganta, tratando de abrirle hueco a las palabras.

—No sé muy bien qué estoy haciendo... —admitió, bajando la mirada hacia sus manos—. Siento que estoy viviendo una vida que no termino de reconocer como mía. Como si hubiera elegido un camino... o me hubiera dejado llevar por él, sin preguntarme si de verdad quería recorrerlo.

Acarició al gato con más lentitud, buscando apoyo en ese gesto sencillo.

—La oposición... —continuó—. Siempre pensé que era lo correcto, lo seguro. Lo que tú querrías para mí. Pero ahora no sé si lo hago porque realmente lo deseo o porque tengo miedo de no saber quién soy sin eso.

Le temblaba la voz.

—Tengo miedo de equivocarme. De construir una vida que no me haga feliz solo por no atreverme a cambiar. De despertarme dentro de unos años y darme cuenta de que... no era esto lo que quería.

Levantó la mirada, como si pudiera encontrar a su madre en algún rincón de la cocina.

—¿Cómo lo hacías tú? —preguntó en un susurro—. ¿Cómo sabías que estabas tomando el camino correcto?

El silencio le devolvió una respuesta que se asemejaba a un abrazo.

—Yo... solo quiero encontrarme —añadió, más despacio—. Saber quién soy de verdad, sin miedo, sin culpa... sin sentir que estoy fallándole a todo el mundo. Incluida a mí misma.

Sus dedos se detuvieron sobre el lomo del gato, y cerró los ojos un instante.

—Ojalá pudieras decirme qué hacer. O, al menos... que estoy a tiempo de elegir.

Amalia dejó al gato en el suelo, se levantó de la silla y embocó de nuevo el pasillo de las habitaciones. Cada puerta abierta era como un portal al pasado y sus pasos resonaban en la madera como si cada golpe recordara años de ausencias y silencios.

Al llegar a la habitación de Laura, se asomó a la puerta entreabierta. El elefante de peluche que su hermana había llevado siempre consigo descansaba sobre la cama, intacto, inmutable en el

tiempo. Lo tomó entre sus manos con una sonrisa de tristeza y nostalgia; allí estaba una parte de Laura, una parte de la niña que había sido y de la mujer que había dejado de ser cuando el abandono se hizo presente.

Siguió avanzando, abrazada al peluche de su hermana y con el corazón todavía encogido, y entró en el que durante tantos años fue su cuarto. Las paredes continuaban cubiertas de pósteres de grupos de música indie que había escuchado en bucle durante su adolescencia, de actores de películas que había visto una y otra vez hasta saberse los diálogos, y de escenas que, en su momento, le parecían promesas de una vida más grande, más intensa. Las estanterías, llenas de lecturas compartidas con su hermana, guardaban sueños que ahora le resultaban lejanos. Los libros que había amado descansaban en los estantes, algunos con hojas dobladas, otros con marcas de lápiz en los márgenes.

Se acercó a los cajones de la mesa y encontró cuadernos llenos de bocetos que había dibujado de niña. Cada uno desprendía el olor a tinta y papel que la transportaba a tardes interminables dibujando para Laura, llenando las páginas de historias inventadas y de mundos imaginarios donde todo era posible. Al abrir uno de los cuadernos, sus dedos recorrieron los dibujos: cuentos ilustrados, retratos de su hermana, la sonrisa de su madre, escenas de la vida familiar que ahora le dolían y le reconfortaban a la vez.

Sintió un nudo en la garganta al recordar lo mucho que había añorado este lugar, lo mucho que había negado la necesidad de reconectar con esa versión de sí misma que siempre había estado ahí, esperándola pacientemente.

En el estante vio el álbum de recortes que su madre había ido construyendo con los años, casi en secreto, como si fuese una forma

de conservarlas incluso cuando el tiempo avanzara. Lo tomó con cuidado, como quien acuna un corazón latiente.

Era un cuaderno lleno de vida: fotografías de las tres en distintos momentos —en la playa, riendo con la ropa todavía húmeda del mar; en casa, con manchas de pintura en las manos; en un viaje improvisado en el que Laura insistió en comprar postales de cada sitio que visitaban—. Entre las páginas había entradas de cine ya descoloridas, billetes de tren, recortes de museos y pequeñas anotaciones escritas a mano.

En una de ellas, reconoció la letra de su madre, firme pero cálida:

«No tengas miedo de cambiar de camino, Amalia. Lo importante no es saberlo todo, sino no dejar de escucharte».

Amalia pasó los dedos por la frase, sintiendo cómo esas palabras parecían responder, sin saberlo, a todo lo que acababa de confesar en la cocina.

El álbum pesaba menos en las manos que en el pecho, como si cada recuerdo estuviera hecho no para retenerla, sino para recordarle que había vivido, sentido y amado de verdad. Y por primera vez en mucho tiempo, ese pensamiento no dolía.

El gato, que la había seguido silencioso, saltó sobre la cama y se acurrucó junto a los cuadernos y el álbum, como si aprobara silenciosamente su regreso a aquel mundo que había abandonado.

—De pequeña siempre le pedía a mamá que adoptáramos un gato —murmuró con una sonrisa leve, teñida de nostalgia—. Decía que, si algún día lo tenía, lo llamaría Lúa... porque me gustaba pensar que sonaría suave, como la luz de la luna. Aunque ahora no sé si escogería ese nombre.

El gato respondió con un ronroneo profundo, acomodándose aún más cerca, como si aceptara sin objeciones ese nombre.

Por un instante, el peso de los años y de las pérdidas se suavizó. Todo el dolor, la culpa y la distancia parecían un poco más llevaderos frente a la calidez de aquel hogar. Con un suspiro, se puso de pie, guardó los cuadernos en su bolso junto al libro y con el corazón latiendo más ligero que en semanas, se dirigió hacia la puerta. Era hora de ir al hospital, de cuidar a Laura, de continuar el presente.

El gato se adelantó, caminando a su lado. Entonces, su teléfono vibró. Una llamada entrante la sobresaltó.

Era Jorge.

Amalia descolgó con el corazón latiéndole rápido.

—¿Jorge...? —se extrañó—. ¿Qué pasa?

—Amalia... —respondió él, con la voz medida pero cargada de alivio—. Laura ha despertado.

El corazón de Amalia se aceleró.

—¡Voy para allá enseguida!

Colgó el teléfono y respiró hondo, mirando a su alrededor en la habitación que había sido su refugio infantil. El gato ronroneaba a sus pies, y Amalia sonrió con determinación. Laura había despertado. Y ella quería estar a su lado.

## Nunca culpes por amar

*Mismo día*

Laura había despertado. La frase seguía resonando en su mente, demasiado grande para acomodarse en un solo pensamiento. Su corazón latía con fuerza, un tambor constante que le tensaba el pecho. No sabía si lo que sentía era alivio, miedo o una mezcla confusa de ambos. La idea de volver a verla consciente la llenaba de esperanza, pero también de una inquietud profunda, como si todo lo que había evitado durante semanas estuviera a punto de ponerse delante de ella sin posibilidad de huida. Sus movimientos eran torpes, casi automáticos. A veces apretaba el paso sin darse cuenta y otras se detenía en seco, como si necesitara recordarse a sí misma hacia dónde iba. El gato trotaba a su lado, ajeno a la tormenta que la atravesaba, y ese contraste le hacía sentir aún más expuesta.

En su mano, sin que apenas lo notara, llevaba el pequeño elefante de peluche que había recuperado del dormitorio de Laura. Las orejas asomaban entre sus dedos, desgastadas por el tiempo y ella lo apretaba con una fuerza inconsciente, perdida en la idea de Laura abriendo los ojos, de su voz, de todo lo que podía cambiar en un instante.

Cuando llegó al hospital, la sala estaba tranquila. El monitor que había marcado su angustia durante días ahora emitía un pitido suave

y reconfortante. Jorge estaba allí, sentado en una silla junto a la cama, relajado pero atento, observando a Laura. Al ver a Amalia, se levantó de inmediato.

—Ha despertado —dijo, con una sonrisa contenida—, pero sigue muy embotada, el cansancio...

Amalia se acercó con cuidado y apoyó su mano sobre la de Laura. La mirada de su hermana se encontró con la suya, y por un segundo, el tiempo pareció detenerse. Laura parpadeó, y una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Hola... —susurró Amalia, con voz cargada de emoción—. No sabes cuánto te he echado de menos.

Laura la miró con cierta confusión, recién despertada de un largo sueño, y luego bajó la cabeza, exhausta. Amalia se inclinó un poco y le acarició el cabello con cariño.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó con suavidad.

A modo de respuesta, Laura sonrió de nuevo, pero no dijo nada, como si su voz todavía se mantuviese dormida.

El silencio llenó la habitación. Amalia respiró hondo, dejando que los recuerdos fluyeran mientras miraba a su hermana tumbada sobre la cama, frágil pero viva, con el elefante de peluche entre las manos.

*Una tarde en la terraza de la casa familiar. Amalia y Laura dibujaban juntas, mientras su madre les contaba una historia sobre dos hermanas aventureras que viajaban por mundos mágicos. Amalia intentaba reproducir las ilustraciones con todo su cuidado, y Laura, aferrada a su elefante de peluche, aplaudía cada detalle.*

*—Algún día dibujarás muchos cuentos —susurró la pequeña Laura, observando embobada las líneas que Amalia hacía en el papel.*

*Ella sonrió y miró a su hermana pequeña.*

*—Y todos mis cuentos serán para ti.*

El recuerdo le provocó un nudo en la garganta, pero también le devolvió fuerza. Ahora entendía que cuidar de Laura era mucho más que controlar horarios o medicación; era estar presente, compartir tiempo y construir recuerdos, aunque fueran silenciosos y pequeños.

—Te prometo que voy a estar a tu lado —susurró, dejando que su frente rozara la de Laura—. No quiero que volvamos a alejarnos nunca más.

Jorge, que caminaba por la habitación, regresó a la silla junto a la cama. Se pasó una mano por la nuca antes de sentarse, como si aún no terminara de creer lo que estaba ocurriendo. Miró a Laura y luego a Amalia, con una expresión más tranquila de lo que había tenido en días. Había alivio en sus ojos ahora que Laura había despertado, aunque una leve punzada de culpa por el pasado seguía atravesándole el pecho.

Amalia permaneció junto a la cama, con las manos de Laura entre las suyas. Las palabras eran pocas, pero cada gesto estaba lleno de cuidado y amor. Su hermana parpadeó lentamente y ella sintió que quería hablarle, aunque todavía estaba débil.

Unas lágrimas recorrieron las mejillas de Amalia, pero esta vez no eran de miedo ni de culpa: eran de alivio y de ese amor profundo que la sostenía.

—Pronto iremos a casa —murmuró—. Quiero que veas todo lo que cuidaste... todo lo que fue nuestro. Y... quiero empezar de nuevo, juntas.

Laura la miró con atención, como si entendiera cada palabra, y Amalia sonrió a través de las lágrimas. Había llegado la hora de

dejar atrás el miedo, de enfrentarse a sus emociones y de reconstruir los lazos que realmente importaban.

El pitido del monitor ya no era una alarma, sino un latido constante que acompañaba su reconciliación. Amalia, con el corazón aún temblando, comprendió que todo lo que había vivido —la culpa, la pérdida, los miedos— podía transformarse en fuerza. Podía estar allí para Laura, podía volver a reconectar con Sofía, y podía finalmente permitirse sentir y actuar por sí misma, sin dejar que nadie más decidiera por ella.

Se recostó un poco, con la cabeza apoyada suavemente junto a la de Laura, y cerró los ojos. La sensación de alivio y de responsabilidad compartida la envolvía, y por primera vez en semanas, se permitió un respiro profundo, dejando que la paz de ese momento la abrazara. Laura también cerró los ojos, llena de paz, al sentir a su hermana de nuevo tan cerca.

—Te he echado tanto de menos... —repitió Amalia.

Laura sonrió débilmente y Amalia sintió que la emoción que había contenido durante semanas se mezclaba con una gratitud inmensa.

Jorge, a un lado, observaba a las dos hermanas. Un silencio cálido llenó la habitación, interrumpido solo por el pitido calmado del monitor. Amalia se giró para mirarlo, agradecida, y notó cómo Jorge contemplaba a su hermana con ternura, con ese amor genuino y profundo que antes le había dolido reconocer.

Ese amor por el cual no la eligió a ella.

Laura miró a Jorge con ese mismo amor y, en ese momento, la voz de su madre sonó en su mente tan nítida que parecía estar allí mismo, junto a ellas:

«Nunca culpes por amar».

Amalia sintió un calor inesperado en el pecho. Observando a Laura y a Jorge juntos, comprendió que ya no sentía traición, ni enfado

profundo; la herida estaba cicatrizando, y lo que quedaba era cariño, cuidado y amor compartido.

—Jorge... —susurró Amalia, tocando suavemente su brazo—. Gracias por estar aquí con ella. Gracias por todo.

Él le devolvió la mirada y, por un segundo, todo lo que había quedado pendiente entre ellos parecía insignificante frente a la recuperación de Laura, que era lo único que importaba en ese momento.

Un silencio breve, casi suspendido, llenó la habitación antes de romperse en una oleada de emoción. Amalia se llevó una mano a la boca, como si necesitara contener el sollozo que le subía desde el pecho. Los ojos se le llenaron de lágrimas, incrédulos, brillantes, incapaces de apartarse de Laura.

Jorge, que hasta entonces había permanecido a un lado, reaccionó en el acto. Se incorporó de golpe y se acercó a la cama con rapidez contenida, nervioso, apoyando una mano en el borde del colchón mientras miraba a Laura con una mezcla de alivio y asombro indisimulado, como si aún no se atreviera a creer lo que estaba viendo.

Amalia, sin poder sostenerlo más, dejó que las lágrimas cayeran. Sonrió, avanzando otro paso, acercándose por fin a su hermana como si cada movimiento fuera una promesa.

—Estoy aquí, Laura —respondió Amalia, tomando ambas manos de su hermana entre las suyas—. Todo va a ir bien. Estoy contigo.

Jorge observaba la escena con una mezcla de orgullo y alivio.

—Nos has tenido muy preocupados —dijo Jorge—. Me alegra tanto verte despierta.

Laura esbozó una sonrisa débil y giró la cabeza hacia él.

—Gracias. Gracias por... cuidarme siempre —susurró, como si cada palabra requiriera un esfuerzo.

—No tienes que agradecer nada, cariño —replicó Jorge con suavidad—. Estoy aquí para ti, igual que Amalia.

—Laura. —La voz de Amalia tembló ligeramente—. ¿Te duele algo? ¿Necesitas algo?

—No... Solo... estoy cansada. Pero me alegra verte.

—Yo también me alegro de verte despierta —sonrió Amalia.

Justo entonces un médico entró en la habitación, se acomodó frente a la cama mientras Laura intentaba incorporarse un poco sobre las almohadas. Jorge se mantuvo a su lado, con la mano suavemente sobre la pierna de Laura, mientras ella respiraba con cierta dificultad. Amalia se puso en pie, para dejar espacio al doctor y escucharle con atención.

—Laura —comenzó diciendo el médico con voz calmada pero firme—, nos alegra mucho que te hayas despertado y que estés consciente. Ahora comienza una etapa muy importante: la recuperación de tu movilidad y fuerza, y la prevención de cualquier complicación que pueda surgir tras tu estado comatoso.

Laura bajó la mirada un instante y Jorge le apretó suavemente la mano, como recordándole que no estaba sola.

—¿Qué tipo de cuidados va a necesitar? —preguntó Jorge, intentando mantener la voz estable.

—Principalmente fisioterapia —respondió el médico—. Es fundamental que realices ejercicios diarios, supervisados al menos durante las primeras semanas. Además, habrá que prestar atención a la postura, evitar que pases demasiado tiempo en la cama y asegurarnos de que la nutrición y la hidratación sean correctas. Cada paso que des será un progreso.

Laura asintió lentamente, tragando saliva.

—Tengo que... ¿volver a aprender a andar? —Su voz era un hilo de aire.

—Sí. Pero no te preocupes, seguro que será más rápido de lo que piensas —indicó con tono conciliador—. Aunque requiere paciencia. Por suerte no es un proceso que debas afrontar sola. —El médico se giró para mirar a Jorge—. Jorge, tú o quien esté cerca de ella, deberéis ayudarla, motivarla y acompañarla en cada paso. Es un camino de recuperación, no una carrera.

Jorge asintió, sintiendo un nudo en la garganta.

—Lo haré. Lo que haga falta.

Laura lo miró, con una mezcla de gratitud y miedo.

—Pero... ¿y si no vuelvo a caminar? —murmuró.

—La posibilidad siempre está —intervino el médico—, pero francamente no lo creo. Lo único importante ahora es cómo te cuidan y cómo cuidas de ti misma. No se trata solo de movilidad física, sino también de reconstruir confianza y seguridad.

Jorge estrechó la mano de Laura y ella cerró los ojos un segundo, intentando asimilar todo lo que el médico le estaba diciendo.

—No voy a dejar que nada ni nadie te frene —susurró él—. Vamos a hacerlo juntos.

—Exactamente —dijo el médico—. La fisioterapia será diaria hasta nuevo aviso. Al principio puede que te frustres y sientas que no avanzas, pero la constancia es clave. También es importante evitar esfuerzos innecesarios o movimientos que puedan lesionarte. Y recordad algo fundamental: la recuperación no es solo física, sino emocional. Hablar, apoyarse mutuamente, expresar emociones... eso también forma parte del proceso.

Laura respiró hondo y miró a Jorge con una pequeña sonrisa.

—Lo lograré... por ti, por mí, por nosotros.

Amalia había escuchado al médico en silencio, sintiendo cómo cada palabra se le asentaba dentro con un peso nuevo, distinto al de los días anteriores. No era solo alivio por la posibilidad de

recuperación de Laura, sino una decisión que empezaba a formarse con claridad: quedarse allí, en Alicante, al menos durante un tiempo. No podía marcharse ahora. No cuando su hermana iba a empezar desde cero otra vez. Notó un nudo en el pecho, mezcla de responsabilidad y amor, pero también una extraña calma, como si por fin una parte de su vida dejara de estar suspendida en el aire.

Se quedó mirando a Laura, y por primera vez en mucho tiempo, la idea de permanecer no le pareció una renuncia, sino una forma de volver a empezar.

—Y, sobre todo —añadió el médico—, aunque haya pasado mucho tiempo, cada pequeño avance es un logro.

Laura asintió, con ese extraño pesar en el rostro. Jorge le acarició el brazo suavemente para reconfortarla.

—¿Cuál es el próximo paso? —preguntó Jorge, con la voz aún débil pero firme.

—Hoy empezaremos con unos ejercicios muy suaves de movilidad en la cama y algunas sesiones de respiración —respondió el médico—. Todo lo demás lo iremos adaptando según la evolución. Y, lo más importante, paciencia, constancia y comunicación constante. Si tenéis cualquier duda o problema, no dudéis en hablar con un médico.

Amalia cerró los ojos un instante, dejándose envolver por la certeza de que, por primera vez en mucho tiempo, no estaba sola para enfrentar lo que venía. Miró a Jorge y a Laura nuevamente, y esta vez no sintió nada más que paz.

Estaban allí, juntos, y eso era suficiente.

Y ella también estaba a su lado.

## 21

### Empezar de nuevo

*Mismo día*

Pasaron varias horas desde la visita del médico. Ni Jorge ni Amalia habían querido irse a casa todavía. El color anaranjado del atardecer entraba por la ventana e iluminaba la habitación.

Con un largo suspiro, Amalia se recostó junto a Laura, dejando que la sensación de alivio y calma la llenara de nuevo. El pitido constante del monitor parecía acompañarlas, un latido suave que recordaba que todo estaba bajo control. Según les había explicado el doctor, Laura estaría monitorizada unos días más, solo por precaución.

Jorge se puso en pie, sin apartar la mirada de Laura.

—Voy a pasar por casa para darme una ducha, pero volveré en unas horas —dijo antes de mirar a Amalia—. Te hago el relevo para que descanses un poco. No quiero que te quedes despierta toda la noche.

—Está bien. Gracias, Jorge.

Él le dedicó una sonrisa breve, besó a Laura en la frente y salió de la habitación. Amalia cerró los ojos un momento, y su hermana apoyó la cabeza en la almohada, respirando con calma. En ese instante, el silencio se volvió cómplice, un espacio que solo ellas compartían, libre de interrupciones.

—Todavía no me creo que estés aquí —susurró Laura, un poco avergonzada.

—No sabes cuánto me alegra verte despierta.

—Yo... también me alegro de verte, no sabes cuánto —contestó Laura—. Y... quiero pedirte perdón, Amalia. Por todo. Por irme, por desaparecer... no sabía cómo gestionarlo. Me equivoqué.

Amalia respiró hondo, con un nudo en la garganta.

—Sé que esto ha sido difícil para ti también —susurró, con el corazón latiendo con fuerza en su pecho—. Y quiero que sepas que... yo también lo siento. Siento los días en que no estuve a tu lado cuando mamá enfermó, siento no haberte comprendido ... y haber dejado que todo se complicara.

Laura forzó la vista, intentando enfocarla, y Amalia sintió que podía hablar libremente y sacar fuera todo lo que había estado guardando esos años.

—He estado con miedo —confesó—. Miedo de perderte, miedo de no saber cómo cuidarte, miedo de que todo se derrumbara. Y también me he dado cuenta de cómo me he encerrado en mis propios problemas, contigo, con Sofía, con mi novio... y he olvidado lo importante que eres tú. Lo importante es que estés aquí y ahora.

—Gracias. He estado... intentando recomponer mi vida, pero siempre me he sentido atrapada por lo que pasó, y me daba miedo acercarme a ti. Háblame de ti, tengo ganas de saber qué pasa en tu vida.

Amalia sonrió débilmente y le acarició la mano con cuidado.

—Bueno... ahora estamos aquí. Y tenemos mucho que contarnos. Por ejemplo, mira, desde que llegaste al hospital he tenido que lidiar con un montón de cosas. Sofi y yo... —hizo una pausa, evaluando cómo explicarse— nos hemos distanciado, y creo que fui egoísta sin darme cuenta... y yo no supe verla a ella.

Laura asintió despacio, comprendiendo lo que implicaba para su hermana. Sabía mejor que nadie que Sofía y Amalia habían sido inseparables desde niñas, por eso también imaginaba lo que debía de pesarle ahora ese enfado. Amalia podía fingir que apenas le preocupaba, pero Laura conocía bien a su hermana. Estaba segura de que bajo ese silencio se escondía la culpa que cargaba.

—¿Y tú? —preguntó Amalia al darse cuenta de que estaba hablando demasiado de sí misma—. Quiero saber qué has estado haciendo, cómo has vivido estos años.

—Trabajo en *marketing* digital. —Sonrió al decirlo—. Empecé a especializarme en estrategia y contenido *online*. Es... intenso, pero me gusta.

—Me alegra escucharlo. —Dejó escapar un suspiro—. He estado tan centrada en todo lo que pasó, que no me he parado a pensar en nada más allá del accidente.

—Es normal. —Laura le apretó un poco la mano—. Puedo imaginar por cuánto has pasado tú también. Y por lo de Sofía no te preocupes, sé que lo arreglaréis.

Amalia recordó la discusión y la manera en la que Sofía le escupió todo el dolor que había guardado dentro de sí porque Amalia no tenía tiempo para ella.

—Es raro, pero supongo que así es la vida. Nos necesitamos, y a veces nos damos cuenta demasiado tarde de lo importante que es escuchar —susurró con cierta pena.

Pensaba en Sofía, pero al decirlo también sintió que aquellas palabras hablaban de ella y de Laura. Su hermana sonrió, dejando que la sensación de cercanía llenara la habitación.

—Me gusta verte así, Amalia. Fuerte, incluso cuando todo parece caótico a tu alrededor. Me recuerda por qué siempre fuiste un ejemplo para mí, a pesar de todo.

—Vaya... —Amalia sonrió, sorprendida y agradecida por las palabras de su hermana—. Ahora que estamos aquí, podemos intentarlo de nuevo. Manténnos juntas. No quiero que nada nos separe. Ni los errores del pasado, ni la distancia. Nada.

Laura asintió y apoyó la cabeza un momento contra el hombro de su hermana.

—Juntas.

Amalia le apretó la mano. De pronto, un ruido en la puerta la hizo incorporarse. Jorge entró, con pasos pesados, y Amalia se dio cuenta al instante de que algo estaba mal. Traía un ojo rojo, hinchado. Era obvio que se había llevado un buen golpe. Laura se llevó una mano a la boca, asustada, y Amalia se levantó como un resorte.

—Jorge, ¿qué ha pasado? —se alarmó.

Él miró a Amalia con una mezcla de cansancio y enfado, aunque sabía que ella no tenía la culpa.

—Gael me siguió hasta mi casa y decidió darme un puñetazo. Me ha roto el móvil y me ha amenazado con romperme algo más si se me ocurría volver a verte.

Amalia asistía a sus palabras incrédula y asustada.

—¿Qué? —susurró, con la voz temblorosa—. Pero... ¿por qué haría algo así?

—Porque es imbécil —replicó Jorge, con enfado—. Porque se siente amenazado.

Laura los miró sin comprender, pero con una preocupación evidente en su rostro.

—Amalia... Tú... ¿realmente tienes un novio así?

Amalia bajó la mirada, sintiéndose culpable, con el corazón encogido. La imagen de Gael irrumpía en su mente: su intensidad, su control, sus celos, y el miedo que le provocaba perderlo. La

sensación de culpa se mezclaba con un hilo de comprensión: Gael no era malo del todo, pero el modo en que la «cuidaba» era tóxico y limitaba su libertad.

—Gael es... Yo sé que tiene problemas... pero también... —tragó saliva— siento que... que me protege, aunque sea... de la manera equivocada.

Jorge la miró más serio que antes. El gesto se le endureció, todavía con el rastro de la tensión en el cuerpo por lo que había ocurrido.

—No —cortó, seco, sin levantar la voz pero sin dejar espacio a matices—. No lo justifiques, Amalia. Eso no es protección. Es control. Y lo de hoy... —apretó la mandíbula un instante— lo de hoy no lo hace alguien que te quiere bien.

Respiró hondo, intentando contener la rabia que le volvía al pecho.

—A mí me ha agredido sin pensárselo dos veces —añadió, más bajo, pero más firme—. No porque estuviera confundido, ni porque te quiera demasiado. Porque no sabe controlarse y descarga eso en los demás. Y tú estabas en medio.

Sus ojos se suavizaron apenas al mirarla, pero no retrocedió en su postura.

—No tienes que entenderlo para excusarlo. Tienes que verlo como es. Y protegerte de eso.

Amalia asintió, con los labios apretados, procesando las palabras. Laura la miró fijamente y Amalia sintió la sinceridad y la preocupación de su hermana calando en ella.

—Tenéis razón —susurró—. Lo sé, pero necesito pensarlo. No quiero que nadie piense que no me importa. Es que... no sé cómo gestionarlo.

Laura sonrió débilmente, con afecto:

—Amalia... no tienes que hacerlo sola. No estás sola. Solo tienes que poner límites.

Jorge respiró hondo, pasando una mano por su rostro, visiblemente dolorido, pero con una claridad en la mirada.

—Estamos aquí para ti, Amalia. Laura y yo.

Amalia se sentó en la cama, abrazando a su hermana y sintiendo un calor inesperado. La realidad de Gael, de su control y toxicidad, se hacía clara, pero ahora también lo era la red de apoyo que tenía: Laura, Jorge y, a pesar del enfado, Sofía. No estaba sola ante la confusión y el miedo.

—Gracias —dijo, con voz firme—. Gracias por preocuparos. Por estar aquí. —Miró a Jorge, luego a Laura—. Prometo que voy a tomar decisiones mejores, aunque me cueste. No quiero que nadie salga lastimado... ni yo misma.

—Eso es todo lo que necesitaba escuchar —dijo Laura—. Solo tienes que ser tú misma, sin miedo.

Amalia tuvo la certeza de que la calma y la fuerza podían coexistir: podía amar, cuidar, perdonar, pero también protegerse. Y, mientras miraba a Jorge y a Laura, con la tensión del pasado disipándose lentamente, supo que estaba lista para enfrentar cualquier desafío que viniera a continuación.

## Nuevos límites y nuevas promesas

*Mismo día*

Amalia se sentó en una de las salitas del hospital, con el teléfono entre las manos y la mente ocupada por un solo pensamiento: Gael. No podía dejar pasar más tiempo sin exigir explicaciones.

Respiró hondo y marcó su número, más y más nerviosa con cada tono de llamada.

—Amalia —dijo él, como si nada—. ¿Qué tal?

Su voz sonaba tranquila, demasiado tranquila, y eso la irritó de inmediato.

—Gael... tenemos que hablar —contestó, conteniendo el temblor en la voz—. Sobre lo que le has hecho a Jorge.

—Ah... eso. —El tono de Gael mezclaba diversión y algo que ella no supo identificar—. A mí me preocupa más lo que he visto. Todos los dibujos que hay en tu libreta, Amalia.

—¿Qué? —Apretó los puños, le hervía la sangre—. ¡Tú tienes mi libreta! —gritó, furiosa—. ¡Llevo días buscándola, pensaba que la había perdido, Gael!

Él suspiró con suavidad.

—Sí, la tengo yo —susurró, su tono sonaba a disculpa, a una disculpa más fingida que sincera.

Amalia tomó aire despacio, intentando calmarse para no lanzarle todas las barbaridades que se cruzaban por su mente.

—Esa libreta es... es privada, Gael —dijo al fin, cuando logró calmarse lo suficiente.

Gael soltó una carcajada corta, áspera.

—Sí, es privada —replicó, esta vez sin ningún remordimiento—, pero no pude evitarlo porque no entendía qué estaba pasando. Y ahora lo entiendo algo más: sigues enamorada de ese tío.

Amalia abrió la boca, furiosa y atónita.

—¿Qué?! Eso es... eso es una locura. Son dibujos de cuando tenía veintipocos años, no significa nada de lo que dices. —Intentó justificarse, aunque sabía que no tenía que hacerlo. No delante de él, que había traspasado todos los límites.

—¿De verdad? —Gael volvió a reír, con un tono que la hizo hervir de ira—. Porque parece que sigues pensando en él. Y eso... me duele, Amalia. Me duele que aún haya alguien más en tu cabeza y en tu corazón.

—¡Te has pasado, Gael! —exclamó Amalia, levantándose de la silla—. ¡Te has pasado de la raya! Revisar mis cosas, controlarme, es... es inaceptable. —Respiró hondo, intentando mantener la calma—. Quiero que me devuelvas mi libreta y que después te vayas de Alicante.

—No voy a irme —respondió él, y algo en su voz era inquietante—. No sin que hablemos de todo lo que tenemos que hablar. Quiero explicaciones cara a cara.

Amalia apretó los puños, sintiendo la ira y la frustración mezcladas con un miedo instintivo. Sabía demasiado bien lo que ocurría cuando tenía a Gael delante: cómo las palabras se le desordenaban, cómo terminaba dudando de sí misma, intentando explicarse mejor, suavizar las cosas, complacerle para no perderle del todo. Durante

demasiado tiempo había confundido eso con amor. Y una parte de ella temía que, si volvía a verle, terminaría haciendo lo mismo otra vez: escucharle, entenderle... y perdonarle, incluso sabiendo que no debía hacerlo.

—No, Gael —dijo, con la voz firme—. No voy a sentarme contigo hasta que... —vaciló un instante, buscando fuerza—, hasta que no aprendas a respetarme y a dejar de intentar controlarme.

—Si no hablamos en persona, Amalia... —la voz de Gael cambió, más oscura, más amenazante—, despídete de la libreta.

El corazón le dio un vuelco. No por el miedo, sino por la indignación. Su libreta... el regalo de su madre, su tesoro, sus recuerdos más íntimos... no iba a ser moneda de chantaje.

—No —dijo con voz firme—. No me vas a chantajear. No tienes derecho. —Respiró hondo y continuó, más segura de sí misma—: Ya estoy harta de sentirme pequeña frente a ti. ¡Ya estoy harta de que no me respetes!

Amalia colgó el teléfono de golpe, harta de hablar con él, y lo tiró sobre la mesa de la salita de espera.

Tardó aún un rato en regresar a la habitación de Laura y contarle lo que habían hablado. Su hermana la observaba con el rostro preocupado.

—Amalia... por favor, dime que no vas a volver a hablar con él.

—Tiene mi libreta de dibujo, Laura. Debo recuperarla —suspiró, dejando que el aire escapara despacio, como si cada palabra le pesara más de lo que quería admitir.

Su hermana frunció el ceño, intentando seguir el hilo de lo que le decía.

—¿Tu libreta? ¿La que te regaló mamá? —se sorprendió.

Ella asintió despacio.

—Sí. Me la traje de Madrid sin saber muy bien por qué. Hace unos días volví a dibujar, como cuando éramos niñas —murmuró, y por un instante su mirada se ancló en algún punto de la habitación, como si las dos volvieran a estar sentadas en el suelo del salón, rodeadas de lápices de colores—. Creía que la había perdido... —añadió, avergonzada de no haber entendido antes lo que había pasado.

Laura se llevó la mano a la boca, parecía aterrada.

—¿Te la robó? —consiguió preguntar.

Amalia asintió y Laura se incorporó un palmo sobre la cama.

—Por favor, Amalia, no vayas con él sola —le pidió—. Al menos deja que Jorge te acompañe. No quiero que te pase nada.

Amalia la miró, la ternura y preocupación de su hermana brillaban en sus ojos. El impulso de ceder estuvo ahí, pero lo rechazó de inmediato.

—No, Laura —respondió con decisión—. Esta vez debo hacerlo sola. No puedo seguir permitiendo que nadie me haga sentir menos. Debo enfrentarme a él. —Respiró hondo—. Ya estoy cansada de que me falte al respeto, de que me controle, de que me amenace.

—Solo quiero que estés segura.

—Lo estaré —replicó ella, apretando los labios y levantando la barbilla—. Esta vez pongo yo las reglas. Esta vez soy yo quien decide.

El teléfono temblaba ligeramente en su mano mientras Gael permanecía al otro lado, esperando una respuesta que no llegaría. Amalia respiró hondo, sintiendo cómo una fuerza interna crecía, una fuerza que había estado dormida durante demasiado tiempo, alimentada por todo el dolor, la traición y el miedo acumulado.

Salió de nuevo al pasillo y marcó su número, tratando de templar los nervios.

—Escucha, Gael —dijo con firmeza cuando él descolgó el teléfono, sin dejarle hablar—. Vas a devolverme mi libreta. Y no quiero verte hasta que... cambie tu forma de tratarme. ¿Entendido?

—... entendido —dijo él, con una voz más apagada, casi resignada.

Amalia dejó escapar un suspiro largo. Por primera vez en semanas, sintió que había recuperado parte del control, aunque el conflicto estuviera lejos de terminar. Se apoyó contra la pared, cerrando los ojos, y por un instante permitió que el silencio del hospital y la certeza de que Laura estaba bien la llenaran de calma.

—¿Amalia? —preguntó él—. ¿Podemos quedar para hablar? Y... devolverte la libreta.

Amalia respiró hondo, algo se encogió en su pecho; la libreta era ese tesoro que necesitaba recuperar, no podía negarse.

—Sí —respondió Amalia, firme, aunque el corazón le latía con fuerza—. Pero te lo advierto: esta vez no habrá juegos.

Al otro lado del teléfono, Gael arqueó una ceja, irónico.

—Vaya, vaya, parece que mi pequeña Amalia ha aprendido a ponerse seria.

El cuerpo de ella se tensó al escuchar aquel tono hiriente.

—Ni soy tuya ni soy pequeña —replicó ella, con la voz clara y fuerte—. Y tú no eres dueño de mi tiempo, ni de mis cosas, ni de mis recuerdos. Me darás la libreta y te irás. ¿Lo entiendes?

Él calló, sorprendido por la intensidad de su tono.

—¿Tanto me odias por mirar tus dibujitos antiguos? —preguntó, intentando suavizar, aunque algo en su voz delataba la furia.

—¡No es odio! —gritó Amalia desde el pasillo del hospital, azuzada por la rabia que sentía—. ¡Es respeto! ¡Respeto por mí, por mi espacio, por mi vida! Tú no tienes derecho a abrir mis cosas ni a espiarme ni a manipularme.

—¿Y qué quieres? ¿Que te devuelva la libreta sin más explicaciones? —alzó él la voz, con un tono que rozaba la amenaza... pero Amalia no retrocedió.

—¡Sí! —exclamó—. ¡Nunca más usarás mis cosas para controlarme!

Gael se quedó sin palabras y, por un instante, pareció evaluar la firmeza en su voz, el fuego.

—Amalia... —dijo al cabo de unos segundos, más calmado, aunque con tensión en cada palabra—. Si no quieres perdonarme, nunca tendrás tu libreta.

—Si no me devuelves mi libreta, nunca volverás a verme —replicó ella, respirando con fuerza ante aquella amenaza—. Prefiero perder esa libreta a seguir permitiendo que me trates como si fuera de tu propiedad.

En ese instante, el consejo de Laura resonó en su memoria: «Al menos deja que Jorge te acompañe, por si pasa algo». Amalia apretó los labios y suspiró. La decisión estaba tomada: enfrentaría a Gael sola, como había decidido.

Gael se rio, y por un instante pareció que todo el aire se comprimía. Luego, con un suspiro, volvió a hablar.

—Está bien, Amalia —murmuró—. ¿Cuándo quieres que nos veamos?

—Mañana. En la cafetería del centro, la que está junto a la Casa del Ascensor —respondió ella, alzando la cabeza con orgullo.

—Tú y yo solos —presionó él.

—Tú y yo solos —aceptó Amalia—. Pero mañana acaban tus juegos conmigo.

Él aguardó en silencio unos segundos más, como si quisiera encontrar alguna debilidad en sus palabras. Finalmente, colgó. Ella respiró hondo, sintiendo cómo un peso invisible se iba de su pecho.

Volvió sobre sus pasos al interior de la habitación de Laura, con la certeza de que, aunque el conflicto no estaba completamente resuelto, había ganado algo más importante: había defendido sus límites y esperaba mantener esa fuerza en su interior, no permitir que en persona él la manipulase de nuevo.

## 23

### **La fuerza de una persona se mide por lo que defiende, no por lo que soporta**

*23 de octubre*

Amalia caminaba a paso rápido por las calles de Alicante, el enfado ardiendo en su pecho como lava. Sus botas marcaban el ritmo sobre el adoquinado húmedo de la acera, y su respiración era un poco más rápida de lo normal, alimentada por la furia y el miedo. Había quedado con Gael en un café en el centro, el lugar que ella había elegido, e iba repitiéndose mentalmente todo lo que necesitaba decirle de una vez por todas.

Al llegar, lo vio sentado junto a la ventana, cruzado de brazos y con la mirada fija en ella como si no tuviera derecho a enfadarse. Pero Amalia no estaba para sutilezas.

—Hola, Amalia —dijo él, con un tono que intentaba sonar calmado—. Gracias por venir.

—No me des las gracias —le cortó ella, avanzando hasta la mesa con los puños apretados—. Necesitamos hablar y no quiero rodeos, Gael.

Él respiró hondo, consciente del filo en su voz.

—Lo sé... Sé que me he pasado —dijo él, bajando la mirada un instante antes de volver a mirarla—. Te prometo que cambiaré. No volverá a pasar.

—¿Cambiarás? —replicó Amalia, con ironía y furia contenida—. ¿Porque tus «demonios» te llevaron a husmear en mi vida, a espiarme, a controlarme?

—Amalia... —empezó él, con la disculpa en la voz—. Es que... ayer vi a Jorge contigo en el hospital, abrazándote, y... me dejé llevar. Me desbordó.

Amalia lo miró, atravesada de pronto por un recuerdo nítido: el hospital, el instante en que les dijeron que Laura había despertado. El alivio recorriéndole el cuerpo como una descarga imposible de contener. Jorge apareciendo en el pasillo, apresurado, porque los médicos aún estaban con ella. Y después, el abrazo: breve, torpe pero lleno de una gratitud compartida que los había dejado sin palabras. El peso de semanas cayendo de golpe en ese contacto, como si por fin pudieran respirar al mismo tiempo.

Parpadeó, regresando al presente con un sobresalto leve. Gael no había estado allí. No había visto nada de aquello. Y, aun así, hablaba como si lo hubiera vivido.

—¿Me viste? ¿Qué hacías tú ayer en el hospital?

—Te vi saliendo de tu casa y parecías preocupada, así que te seguí por si me necesitabas cerca —contestó con sencillez.

Amalia le miró boquiabierta. Una sombra de duda cruzó su rostro al darse cuenta de lo que significaba aquello.

—¿De mi casa? ¿Qué hacías allí? ¿Cómo sabías que esa era mi casa?

Gael buscaba las palabras correctas para justificar aquello, pero la cabeza de Amalia iba a mil por hora y se acordó de cómo se encontró con él en aquel paseo por el puerto, cuando rompió a llorar pensando en su pasado.

Se quedó helada unos segundos. Entonces comprendió. No solo le había robado la libreta, también la estaba acosando.

—¿Me sigues?! —gritó, incapaz de contenerse—. ¿Todo el tiempo?

Gael abrió la boca, incapaz de replicar al instante. Su postura cambió, como si de repente comprendiera la magnitud de su error. Como si se hubiese delatado a sí mismo.

—¡Dame mi libreta! —continuó Amalia, su voz temblando entre la rabia y la indignación—. ¡Ahora mismo!

Él suspiró y, con un gesto lento y pesado, la sacó de debajo de la mesa y la extendió hacia ella. Amalia la tomó, pero al abrirla se dio cuenta de algo que le partió el corazón: varias páginas estaban rotas, arrancadas con descuido o rabia. Sus dedos temblaron mientras las tocaban. El dolor no era solo físico: era un recuerdo, un vínculo, un pedazo de su juventud y de su madre que había sido profanado.

—Pero ¿qué has hecho? —murmuró con la garganta cerrada. Si cerraba los ojos todavía podía imaginarse a sí misma haciendo aquellos dibujos que pensaba que había olvidado—. ¡Se acabó, Gael! ¡No quiero volver a verte!

—Yo, no...

Amalia se levantó y su voz subió un par de octavas, reverberando en el local.

—¡Desaparece de mi vida para siempre! —gritó con rabia.

Gael también se levantó de golpe. Sus ojos, de un azul oscuro ensombrecido por la tensión, se clavaban en ella ahora con una mezcla de rabia y desesperación, como si no la reconociera. Se pasó una mano por el pelo castaño, desordenándolo aún más, y después se frotó la mandíbula, donde una barba de varios días le endurecía el gesto.

—Amalia... por favor —dijo, con la voz rota, dando un paso hacia ella otra vez—. Lo siento... de verdad. Voy a cambiar, te lo prometo.

No me rendiré contigo. Por favor, perdóname.

Estaba desesperado, Amalia lo podía notar en su voz. El pecho se le movía con respiraciones cortas, tensas, como si le costara mantener el control de sí mismo.

Lo miró con cierta culpa y Gael lo notó, notó cómo Amalia se apiadaba un poco de aquella situación. Avanzó otro paso hacia ella, analizando cada microgesto, cada duda, como si buscara una grieta por la que colarse.

—Creo que parte de la culpa también es de Sofía... —añadió entonces, más rápido, aferrándose a la idea—. Te manipula. Ella me odia y te hace creer que soy un monstruo.

La culpa se esfumó de golpe. Amalia lo miró, incrédula y furiosa. Cada palabra, cada gesto, era un intento de manipulación, una nueva prueba de que él no entendía de límites. Pero no volvería a forzar los suyos.

—¡Ni se te ocurra nombrar a Sofía! —gritó con la voz temblando de ira y determinación—. Esto se acabó. ¡No hay más excusas, no hay más chantajes, no hay más tiroteos de tu ego sobre mi vida!

Gael alzó una mano hacia su brazo para sujetarla, pero Amalia se apartó a tiempo. Sus dedos quedaron suspendidos en el aire un segundo, antes de cerrarlos en un puño con frustración.

—¡Olvídate de mí, Gael, o te juro que voy a la policía a denunciarte!

Gael retrocedió un paso, como si finalmente comprendiera que no había vuelta atrás. Se quedó unos segundos en silencio, mirando a Amalia. Sus ojos seguían encendidos, pero ahora había algo distinto en ellos: una grieta de agotamiento, de derrota mal digerida. Se pasó de nuevo la mano por el rostro, esta vez más despacio, como si intentara recomponerse sin conseguirlo.

—Te arrepentirás —dijo con un tono de voz grave.

Y luego, sin añadir nada más, salió de la cafetería y desapareció por la calle, dejando atrás una estela de tensión y un silencio. Solo entonces, Amalia se dio cuenta de la tensión que había en la cafetería. Todos los clientes estaban en silencio, mirándola con atención y vergüenza, como si quisieran disculparse por haber presenciado la discusión y no haber intervenido a pesar de la agresividad.

Pero Amalia no se molestó en mirarlos. Respiró hondo, se sentó en la mesa en la que estaba esperando Gael y trató de recuperar la calma. Sostuvo la libreta contra su pecho, sintiendo el peso de las páginas rotas y, al mismo tiempo, el alivio de haber puesto límites definitivos. De pronto se dio cuenta de que no necesitaba la aprobación ni el control de nadie para sentirse fuerte. Su vida, sus recuerdos, su historia, eran suyos y de nadie más.

Cerró los ojos un momento, con la sensación de que algo dentro de ella se había liberado. Ahora sí podía imaginar un futuro donde nadie la controlara ni la hiciera sentir pequeña.

Amalia permaneció unos segundos más en la silla, todavía con la respiración agitada, sintiendo cómo cada latido le recordaba la intensidad de lo que acababa de ocurrir. La calle seguía con su ritmo, ajena a todo, pero para ella el mundo había cambiado. No más miedo, no más chantajes, no más invasión de su vida.

Cuando volvió a mirar hacia la acera por donde Gael había desaparecido, no había ni rastro de él.

—Nunca más —murmuró para sí misma, con voz firme—. Nunca más.

Hojeó la libreta, acariciando con cuidado las páginas que quedaban intactas. Cada hoja rota le dolía, sí, pero también le recordaba algo vital: había recuperado lo que era suyo, lo que era de su vida, y eso nadie podía arrebatárselo. Se detuvo en la primera

página que todavía conservaba el borde limpio. El aroma del papel viejo le trajo un calor extraño, hecho de nostalgia y alivio. Pasó la yema de los dedos por los dibujos, suaves líneas hechas con lápiz, trazos que recordaban horas robadas a la juventud, a tardes en las que se sentaba a dibujar para ella y para Laura mientras su madre contaba historias.

En una página encontró un retrato de su madre: la mirada serena, la sonrisa cálida, el gesto inconfundible que había iluminado tantos años de su vida. Tenía los ojos suaves, de un tono miel claro, y una forma de mirar que parecía sostenerlo todo sin esfuerzo. La nariz era fina, ligeramente recta, y los pómulos marcados de una manera delicada, casi imperceptible, pero que se acentuaba cuando sonreía. El pelo, castaño oscuro, le caía sobre los hombros con una naturalidad que Amalia recordaba desde la infancia, a veces recogido sin cuidado, a veces suelto, como si nunca hubiera necesitado orden para estar en paz.

Amalia contuvo la respiración, sintiendo un nudo en el pecho que, esta vez, no la desgarraba como antes, sino que se asentaba con una suavidad extraña, casi desconocida. Era dolor, sí, pero ya no era un abismo; era reconocimiento. Y, al mirarla, no pudo evitar ver el reflejo de algo más: Laura tenía su misma luz en la sonrisa, su misma manera de entrecerrar los ojos cuando reía, como si la vida le pesara menos en esos instantes. Y ella... ella era un punto intermedio, una mezcla imperfecta de ambas, con la misma mirada inquieta de su madre y la intensidad emocional de su hermana.

Pasó los dedos con cuidado por la imagen, como si pudiera tocarla de verdad, y sintió cómo algo dentro de ella se reordenaba lentamente. Se dio cuenta de que aquel dolor antiguo había cambiado de forma; ya no la paralizaba ni la empujaba hacia atrás,

sino que la conectaba con todo lo que había amado y perdido... y con todo lo que todavía podía reconstruir a partir de ello.

Por primera vez, la ausencia de su madre no era solo una herida abierta, sino también una raíz.

—Hola, mamá... —susurró, apenas moviendo los labios—. Creo que ya puedo mirarte sin que me duela tanto.

Volvió a pasar las páginas. Algunas estaban arrancadas, dobladas, marcadas con manchas de lágrimas antiguas; otras mostraban paisajes, casas, figuras de cuentos inventados que había ilustrado para Laura, lugares que se imaginaron cuando eran niñas. Su corazón se apretó y se expandió al mismo tiempo: cada trazo era un recuerdo de esa versión de sí misma que había estado dormida demasiado tiempo.

El pitido lejano de un coche, los pasos de los transeúntes, el murmullo de conversaciones ajenas: todo parecía desdibujarse frente a la claridad que sentía ahora. Podía mirar al futuro sin miedo, con la convicción de que sus decisiones, sus límites y su libertad eran sagrados.

Inspiró hondo y guardó la libreta en el bolso. Se permitió un instante de calma en aquella cafetería tranquila, como si cada fibra de su cuerpo se relajara. Pidió un café con leche para tomar allí y mientras removía el azúcar, se dio cuenta de que había terminado una etapa, y aunque quedaban heridas, también quedaba la fuerza que había recuperado.

Cuando terminó, salió a la calle abrazada a su libreta. Sintió el sol en el rostro y el aire fresco de octubre en los pulmones y por fin respiró tranquila. Había recuperado su bien máspreciado y había puesto fin a una relación que solo le hacía daño.

Caminó por las calles, pisando fuerte. No había vuelta atrás: había sacado a Gael de su vida, y ella estaba lista para seguir adelante sin

permitir que nadie controlara sus emociones, su espacio ni su libertad.

Sonrió ligeramente, recordando cómo su madre le había dicho alguna vez: «La fuerza de una persona se mide por lo que defiende, no por lo que soporta».

En ese instante, entendió que había defendido lo más valioso: su voz, su memoria, sus límites. Y se dejó abrazar por la tranquilidad de estar completamente sola... y saberse completamente dueña de sí misma.

El mundo seguía ahí afuera, con su ruido, sus complicaciones y sus sorpresas, pero Amalia estaba lista para enfrentarlas. Con la libreta en la mano y el corazón firme, sabía que nada ni nadie volvería a arrebatarse su autonomía. Y mientras caminaba rumbo al hospital, para reunirse de nuevo con su hermana, se permitió una pequeña sonrisa, satisfecha y liberada.

Por fin, volvía a sentirse ella misma.

Y no pudo evitar pensar que su madre estaría orgullosa de ella.

## 24

### No nací para ir tirando

*24 de octubre*

Amalia caminaba por el pasillo del hospital con una sensación extraña de ligereza. La historia con Gael había quedado atrás, su mente estaba más despejada y su corazón, por primera vez en semanas, latía sin tensión. Se dirigía a la habitación de su hermana, distraída por el murmullo de máquinas, enfermeras y visitas que pasaban a otro ritmo; a ella todo le parecía más lento, casi íntimo.

Al doblar la esquina, vio que Jorge empujaba a Laura por el pasillo en su silla de ruedas. Se la veía tranquila, aunque con una expresión de cautela en sus ojos color miel, como si aún no se fiara de que este momento de normalidad fuera real.

—¡Amalia! —exclamó Laura al verla acercarse. En su voz había alivio—. ¿Podemos hablar los dos contigo un momento?

Amalia asintió, un poco recelosa.

—Claro.

Laura giró ligeramente la cabeza hacia Jorge y, con un gesto leve pero claro, le animó a empezar. Fue un movimiento casi cómplice, discreto, esos que nacen de un lenguaje propio que no necesita explicaciones.

Jorge la miró de reojo un segundo, se pasó la mano por el pelo castaño oscuro, corto y alborotado, un gesto nervioso que aún

conservaba y que era habitual en él cuando no sabía por dónde empezar. Soltó la silla de ruedas y hundió ambas manos en los bolsillos de su pantalón, mientras cambiaba el peso del cuerpo de un pie al otro. Su postura era recta, pero rígida, como si estuviera sosteniendo algo más grande que sus propias palabras.

—Yo... —carraspeó, antes de mirar a Laura un instante, buscando un apoyo silencioso—. Creo que tenemos que hablar contigo de algo importante.

Su voz sonaba más baja de lo habitual, pero firme en el fondo, como si ya hubiera tomado una decisión antes incluso de comenzar a hablar.

—Amalia, yo... —probó de nuevo, y esta vez no apartó la mirada—. Quiero disculparme. Por todo. Por cómo actué... por no haber estado ahí cuando más me necesitaste.

La frase cayó en ella con un peso inesperado. «Disculparme». «Por todo». Como si hubiera estado esperando esas palabras durante años sin saberlo.

Sintió que el aire del pasillo cambiaba de textura, y por un instante no fue el hospital lo que vio, sino fragmentos sueltos de otro tiempo: Jorge dejando de contestar sus mensajes durante días, luego semanas; sus llamadas apagándose en el silencio sin respuesta; y aquella sensación confusa de quedarse sola justo cuando todo se desmoronaba tras la muerte de su madre.

Recordó también cómo al principio, iba a su casa buscando una explicación, una señal, algo que le devolviera la certeza de que no la habían dejado atrás. Pero él siempre estaba «ocupado», y cuando aparecía, su atención se desviaba casi sin querer hacia Laura, como si el vínculo con ella fuera más natural, más urgente. Y ella, Amalia, quedaba en un segundo plano sin que nadie lo dijera en voz alta.

Durante años había intentado entender qué había hecho mal. Había convertido aquella ausencia en una herida personal, en una traición que no lograba encajar del todo. Pero ahora, escuchándolo ahí, frente a ella, algo era distinto. La herida seguía existiendo, sí, pero ya no ardía como antes. Ya no necesitaba encontrar culpables para sobrevivirla. Estaba empezando a cerrarse.

Amalia respiró hondo antes de responder.

—Jorge... yo... —Se interrumpió, tragando saliva—. Necesito perdonarte, dejar eso atrás. Teneros cerca y volver a confiar en vosotros

Laura bajó la mirada y pasó las manos sobre las ruedas de la silla, antes de levantarla de nuevo y mirar directamente a Amalia.

—Yo también quiero volver a disculparme —dijo, con un hilo de voz—. No supe afrontar la enfermedad de mamá y me alejé. Fui egoísta. Te dejé sola, Amalia, completamente sola... y, después, nunca he sabido cómo pedir perdón. Lo siento.

Amalia sintió cómo un torrente de emociones la inundaba. Las lágrimas comenzaron a caer sin que pudiera detenerlas, primero lentamente, luego con fuerza.

Laura se removi6 inc6moda en la silla, ajustando su postura sin necesidad, como si el propio cuerpo no supiera d6nde colocarse. No pod6a dejar quietas las manos: entrelazaba los dedos, los soltaba, volv6a a apretarlos con nerviosismo. Durante unos segundos se mordió la uña del pulgar, un gesto antiguo, infantil, que delataba lo difícil que le resultaba sostener aquel momento.

No se atrevía a mirar a Amalia. Tenía la vista clavada en sus pies inm6viles, como si el suelo pudiera darle alguna respuesta o, al menos, algo a lo que agarrarse.

Jorge también bajó la mirada, con las manos ahora entrelazadas.

—Amal... yo... —dudó—. En aquel entonces, y con todo lo que tenías encima, no sabía cómo decirte lo que sentía. Estaba confundido, y Laura... Laura estaba allí, también sola y asustada, y no supe cómo gestionar lo que sentía por ella.

Amalia sintió un pinchazo en el pecho al escuchar aquella explicación que le hubiese encantado escuchar a su yo de veinticinco años. Todo aquello seguía removiendo algo en su interior.

—No. No supiste —dijo, con un hilo de voz. Era su momento de hablar, de confesarse—. No supiste ver que vuestra decisión no solo me llenó de dolor, también me llenó de miedo. Miedo a que nadie más me eligiera, miedo a que todos me abandonaran. Miedo a no importarle a nadie.

—Tienes razón —admitió Jorge—. Nos equivocamos, y lo sé. Cada vez que pienso en aquel verano me duele, siento que te traicionamos.

Amalia inspiró hondo. Laura seguía sin levantar la mirada, encogida ligeramente sobre sí misma, como si las palabras de Amalia la hubieran dejado sin aire suficiente para sostenerse del todo.

—No fuiste solo tú, Jorge —dijo—. Ninguno estuvisteis. Laura, tú tampoco te quedaste, no me elegiste. Y eso me rompió.

—Lo sé —dijo ella al fin, con un nudo en la garganta—. No podía estar cerca de nada que me recordase a mamá y no fue justo para ti porque te obligué a cargar con eso sola. Y luego desaparecí, porque tampoco podía cargar con el dolor de haberte hecho daño.

Amalia sintió un golpe sordo en el pecho al escucharla. No era solo lo que decía, sino la forma en que lo decía: rota, sincera, incapaz de cargar con la culpa que por fin salía a la superficie. Durante años había imaginado a su hermana como alguien que simplemente se había ido, que había elegido no estar. Pero verla así, temblando en su propia confesión, le descolocaba más de lo que

esperaba. Había rabia todavía, sí, pero también una grieta nueva: la comprensión incómoda de que ella tampoco había sabido cómo quedarse.

Al escuchar las palabras de su hermana, asintió a pesar del dolor que sentía que avivaba en ella. Aunque no compartía su forma de actuar, comprendía sus motivos porque ella también deseó más de una vez alejarse de todo el dolor que era enfrentarse día a día a la enfermedad de su madre. No podía culparla del todo porque, al final, ella huyó de todo el vacío que su muerte dejó. Pero aquello no justificaba el daño.

—Yo cargué con más que eso —reiteró—. Cargué con el miedo a confiar, con la sensación de que cualquier vínculo podía romperse en un instante.

—Amal... Sé que no lo justifica, pero yo también tuve miedo —intervino Jorge—. Miedo de romperte, miedo de enfrentar lo que sentía, miedo de no ser suficiente para ayudarlos con vuestro dolor. Y no supe hacerlo bien.

Laura bajó la vista al suelo con un leve asentimiento de cabeza. Aun así, cuando Jorge dejó de hablar, levantó la mirada hacia él de inmediato, como si su voz fuera el único punto estable en medio de todo aquello. Se inclinó apenas en su dirección, un gesto pequeño, casi imperceptible, pero lleno de apoyo, como animándole en silencio a continuar.

—Yo tenía miedo de perder a mamá y toda nuestra vida si aceptaba el dolor. Tenía miedo de perderte a ti por cómo estaba haciendo las cosas. —Laura cerró los ojos, sabiendo lo absurdo que sonaba aquello. Una breve carcajada irónica escapó de sus labios—. Tenía tanto miedo de todo que al final convertí todos esos miedos en reales.

—Sí —susurró Amalia—. Por eso nos alejamos. Por eso nos convertimos en extraños.

Jorge les dirigió una mirada repleta de culpa, tristeza y comprensión.

—No podemos cambiar el pasado —dijo—. Pero podemos intentar reparar nuestro futuro, al menos lo que queda de nosotros.

Laura, al escuchar eso, apretó las manos con fuerza sobre su regazo y miró fugazmente a Amalia, con un destello culpable cruzándole el rostro, como si cada palabra la colocara de nuevo frente a todo lo que había evitado durante años.

—¿Y creéis que se puede? —preguntó Amalia—. Después de todo este tiempo, después de tanto dolor...

—Sí —dijo Laura con lágrimas en los ojos—. Si los tres estamos dispuestos a ser honestos, a afrontar lo que evitamos durante años, estoy segura de que podemos hacerlo.

Amalia sintió un nudo en la garganta. Recordó aquel momento en la terraza del edificio viejo, cuando se despidieron por última vez antes de que él la abandonara por Laura, y cómo esa imagen la persiguió cada vez que había intentado acercarse a alguien.

—Háblame de aquel verano —pidió—. Quiero entenderlo desde tus ojos, desde lo que pasó contigo.

—Amal... —Jorge suspiró—. Yo... no supe. No supe manejar ni la atracción ni mis sentimientos ni tu situación —repitió tan solo.

—Y me abandonaste a mí. No por no quererme, sino por no saber lo que querías.

—No era fácil —admitió él, con voz quebrada—. Resultaba confuso, aterrador. Pero sí, te abandoné, y me arrepiento del daño que te hice. Cada día.

—Yo también —dijo Amalia—. Me abandoné a mí misma.

Jorge respiró hondo.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —preguntó.

—Sigamos con la verdad —dijo Amalia—. Sin mentiras, sin medias historias.

—De acuerdo —dijo él.

—¿Hay algo de lo que te gustaría hablar, Amalia? —preguntó Laura.

Ella asintió.

—Necesito que seas honesto conmigo, Jorge. No solo con Laura, conmigo. ¿Alguna vez... me quisiste de verdad?

Él la miró fijamente, con los ojos húmedos. Laura le estrechó la mano para que se atreviese a hablar.

—Sí —dijo al fin con sinceridad—. Te quise. Te quise mucho.

Amalia los miró, sintiendo que podía respirar sin miedo. Recordó una frase que su madre decía mucho y que a Jorge le hacía gracia. Una frase que ella nunca había entendido del todo hasta ahora. Amalia sonrió.

—No nací para ir tirando —dijo—. Y no pienso seguir haciéndolo.

Laura y Jorge reconocieron la frase de inmediato. Ambos también sonrieron, ninguno añadió nada más. El silencio que siguió no era incómodo. Estaba lleno de promesas, de decisiones conscientes. Cada respiración compartida, cada gesto, cada mirada, era un compromiso de enfrentar la vida sin depender del pasado ni de otros.

Amalia se sentía diferente. Podía mirar a sus seres queridos sin miedo ni rencor, y con ganas de reconstruir lo que había sido dañado.

—Tengo tantas cosas que contaros... —murmuró Amalia, con la voz quebrada, y soltó un suspiro largo—. Todo lo que he sentido... todo lo que he vivido... Y quiero que lo sepáis.

Laura la miró con ternura, y Jorge asintió con comprensión.

—Cuéntanos. —La voz de su hermana era apenas un murmullo, pero cargado de cariño—. Queremos entender, queremos escuchar.

Amalia se sentó a su lado, con las manos entrelazadas y la mirada fija en su hermana y en Jorge. Poco a poco, las palabras comenzaron a fluir. Les contó de su miedo a perder a Laura, de haberse alejado de Sofía, del dolor por los secretos y las ausencias, de las noches interminables en el hospital y en la pensión, de cómo se sintió atrapada entre el amor y el miedo.

—...Y cada vez que pensaba en Gael, sentía que no podía respirar —terminó, secándose las lágrimas con la manga—. Pero ahora... ahora siento que puedo volver a mirar adelante. Con vosotros.

Laura extendió la mano y la tomó con fuerza.

—Amalia... —dijo, con emoción—. Nunca quise que sintieras tanto dolor. Pero estoy aquí, ahora, y quiero que volvamos a ser nosotras.

Jorge asintió, con la voz suave pero firme:

—Yo también. Lo que pasó entre nosotros... lo dejamos atrás. Me encantaría que recuperásemos la amistad que tuvimos antes de todo.

Amalia respiró profundamente, sintiendo la calidez de las manos de sus seres queridos y el alivio de haber hablado de lo que llevaba dentro. No quería secretos entre ellos, no quería silencios que dieran miedo, no quería distancia que doliera. Nada iba a ser como fue, pero volvía a tener a dos de las personas que más había querido a su lado. Solo quedaba la certeza de que podían reconstruir, paso a paso, la relación que habían perdido.

Se recostó un poco en la silla, con la mirada fija en Laura y luego en Jorge, y sonrió entre lágrimas.

—Vamos a intentarlo —susurró—. Juntos.

El pitido lejano de un monitor, el murmullo de la enfermería, el sol entrando por las ventanas del pasillo... todo parecía acompañarla en

ese momento. La sensación de alivio y paz era tangible y Amalia tuvo la seguridad de que, si se esforzaba, si de verdad lo quería, la vida podía empezar a encajar de nuevo.

## 25

### No fallarte de nuevo

*26 de octubre*

Respiró hondo antes de tocar el timbre. El corazón le latía con fuerza, una mezcla de nervios y anticipación. Llevaba días dándole vueltas a la idea de arreglar las cosas con Sofía, de pedir perdón y escuchar lo que tuviera que decirle. Su conversación con Laura y Jorge le había recordado lo valioso que era sostener las relaciones que importaban.

Amalia cerró los ojos un instante, como si al otro lado de la puerta no estuviera solo Sofía, sino todos los años que las habían sostenido sin romperse. Crecieron juntas, compartiendo veranos interminables y secretos que entonces parecían enormes, y ni siquiera la distancia cuando Sofía se mudó a Madrid consiguió romper del todo su vínculo: trenes, llamadas, cualquier excusa era buena para seguir eligiéndose. Después, cuando todo lo demás se derrumbó —la muerte de su madre, el silencio de Laura, la ausencia de Jorge—, Sofía fue lo único que permaneció. Y en ese quedarse, terco y constante, Amalia había aprendido a reconocer algo muy parecido a una familia.

La puerta se abrió al fin y allí estaba Sofía, con los ojos ligeramente vidriosos y la sorpresa compartiendo espacio con la precaución en su rostro.

—Amalia...

—Sofía... Sé que he estado ausente, y... quiero hablar contigo, quiero escucharte. De verdad.

Sofía la dejó pasar sin decir nada más, antes de cerrar la puerta detrás de ella. La casa de su abuela olía a café recién hecho, a libros y a un toque de perfume de lavanda que la abuela de Sofía siempre usaba y le recordaba a la infancia de ambas jugando en verano entre aquellas paredes.

Amalia se sentó en el sofá, observando cómo Sofía la miraba con cautela.

—Sofía... —empezó al fin—. Siento haber estado tan centrada en mí misma. Sé que no he estado para ti como debería. —Tragó saliva, y sostuvo su mirada esta vez, sin apartarla—. Pero ahora estoy aquí. Y quiero escucharte. De verdad —repitió—. ¿Cómo estás?

Sofía tardó un instante en responder. Su gesto no cambió del todo, seguía siendo cauteloso, como si no terminara de confiar en que aquella apertura fuera real.

—Te lo dije en el hospital, Amalia —arrancó al fin—. Me has hecho sentir... invisible. Como si mis problemas no importaran, como si todo girara solo alrededor de ti y de lo que te estaba pasando.

Amalia bajó la mirada, sintiendo un nudo en la garganta.

—Lo sé... y tenías toda la razón —admitió—. He sido una egoísta. Estaba tan atrapada en mi miedo, en Laura, en todo... que no vi que tú también necesitabas que estuviera ahí. Que te escuchara.

Sofía dejó escapar una pequeña exhalación, como si llevara demasiado tiempo conteniendo todo aquello. Apartó la mirada un segundo, fijándola en un punto indefinido del salón antes de volver a Amalia.

—Han sido unas semanas de mierda —dijo—. Dejé a Marcos y estoy pensando en dejar el doctorado. Me siento perdida...

Hizo una pausa, como si lo siguiente le costara más decirlo que todo lo anterior.

—Y tú... tú nunca preguntabas por mí —añadió, con la voz más baja, pero más firme—. Tres veces intenté decírtelo y siempre era un momento «inapropiado» para ti.

Se encogió ligeramente de hombros, en un gesto que intentaba restarle importancia, pero que no lo conseguía.

—Me siento sola.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, demasiado limpias, demasiado honestas como para poder esquivarlas. Amalia sintió cómo algo se le apretaba en el pecho, una mezcla incómoda de culpa y reconocimiento. No era solo que Sofía tuviera razón: era la claridad con la que se lo decía, sin rabia, sin reproche exagerado, solo desde el cansancio de haberlo sentido durante demasiado tiempo.

Intentó no llorar. Le vino a la mente, con una nitidez incómoda, cada vez que había pospuesto una conversación, cada vez que había asumido que Sofía «estaría bien» porque siempre parecía estarlo. Y ahora entendía que no lo estaba.

—Lo siento tanto, Sofía —dijo al fin—. No fue porque no me importaras. Fue porque... me perdí a mí misma entre mis miedos y mis duelos. No supe priorizarte, y eso estuvo mal. Muy mal.

Amalia dudó un segundo antes de moverse. Luego, con un gesto lento, como si temiera romper algo frágil, extendió las manos y tomó las de Sofía. No las apretó con fuerza, solo lo suficiente para sostenerlas, para anclarla ahí, para que no se apartara. Era un contacto pequeño, pero deliberado: una forma de decir «estoy aquí» sin necesidad de prometer aún nada más.

Sofía respiró hondo y la miró fijamente, evaluando cada palabra.

—Yo solo quería que me escucharas, que no me ignoraras —dijo—. Y también quería que me entendieras.

—Te entiendo ahora —aseguró—. Y quiero que sepas que voy a hacerlo mejor. Que voy a estar cuando me necesites, sin excusas.

Sofía bajó un poco la guardia y sonrió tan aliviada como exhausta.

—Gracias... —susurró—. No sabes cuánto significa que lo digas.

—Y quiero escucharte —continuó Amalia—. Todo. Cuéntame lo que quieras, sin reservas. Quiero estar aquí contigo, como amiga, de verdad.

Sofía suspiró y comenzó a hablar, poco a poco, sobre todo lo que había estado guardando: cómo se había sentido tras la ruptura, sus dudas sobre el doctorado, su miedo a quedarse sola en Madrid. Amalia la escuchaba con atención, sin interrumpir, asintiendo, ofreciendo palabras de apoyo cuando era necesario, sosteniendo la mirada de su amiga con sinceridad.

—Gracias —dijo Sofía al final, con la voz quebrada—. Gracias por escucharme. No es fácil abrirse después de sentir que no estabas para mí.

Amalia le tomó la mano y la apretó con suavidad. Trazó un pequeño movimiento con el pulgar sobre su piel, casi sin darse cuenta, como si aquel gesto pudiera reparar todo lo que había dejado en suspenso entre ellas. La miró con atención, sin esconderse detrás de excusas o silencios.

—Te prometo que nunca más te haré sentir así —dijo—. Eres muy importante para mí, Sofía. Más de lo que he sabido demostrarte.

Por un instante, ambas se quedaron en silencio, solo compartiendo la calidez de estar juntas de nuevo. La tensión acumulada, los malentendidos, los silencios dolorosos... todo eso comenzaba a disolverse en la sinceridad y el afecto compartido.

Sofía le regaló una sonrisa más amplia, la primera genuina en semanas.

—¿Sabes? —dijo—. Creo que necesitábamos este momento. Aunque haya dolido llegar hasta aquí, creo que era necesario.

—Sí —dijo Amalia—. Para seguir siendo amigas de verdad.

Se abrazaron, largo y fuerte, como si quisieran salvar en ese abrazo cualquier asomo de distancia entre ellas.

El sol de la tarde entraba por la ventana, iluminando la habitación con un resplandor cálido, como una señal de que, aunque las cosas habían sido difíciles, los lazos de amistad y cariño verdadero podían volver a brillar.

—Voy a por dos cafés —dijo Sofía al fin, limpiándose las mejillas con el dorso de la mano.

Ambas se sentaron en el sofá, con café humeante frente a ellas, hablando y riendo, como si el tiempo se hubiera detenido solo para permitir que todo lo que había quedado pendiente encontrara su lugar. Amalia supo, en ese instante, que este reencuentro no era solo un perdón, sino un nuevo comienzo.

## **Abre las ventanas para que la luz entre**

*1 de noviembre*

Amalia caminaba hacia su antigua casa en Alicante. Por el camino se encontró con aquellos aromas familiares a los que había vuelto a acostumbrarse: la humedad del mar mezclada con el olor a pan recién horneado de la panadería de la esquina. Cada paso le parecía extraño y familiar al mismo tiempo. Tras semanas de hospital, de prisas, de conflictos y reconciliaciones, había tomado una decisión que le había llevado años: iba a quedarse en Alicante, no huiría más, no iba a escapar de la vida que la había marcado y que aún tenía la posibilidad de reconstruir.

Laura la acompañaba, todavía en la silla de ruedas que empujaba Amalia. Hablaban poco, pero compartían una sensación de complicidad tranquila.

Esa mañana no era solo un regreso, era también una mudanza. Amalia no llevaba apenas nada consigo, únicamente la pequeña mochila con la que había llegado a Alicante, como si todo lo demás ya hubiera encontrado su sitio en otra parte. Había quedado con su hermana en el hospital para entrar juntas en la casa, para dar ese paso final sin prisas ni huidas.

El gato las acompañaba también, acurrucado ahora en el regazo de Laura. Había aparecido de nuevo junto a la pensión aquella

misma mañana, como si supiera que algo estaba a punto de cambiar, y no se había separado de ellas desde entonces. Ronroneaba con calma, ajeno a todo, como si aquel camino también le perteneciera.

—¿Estás segura de que no quieres hacerlo sola? —preguntó Laura de repente, sin mirar atrás.

Amalia suspiró y sonrió con suavidad.

—No, no quiero hacerlo sola. Aunque tampoco necesito que me empujen. Solo quiero hacerlo... con calma, a mi ritmo.

Laura asintió, comprendiendo la mezcla de determinación y vulnerabilidad en la voz de su hermana.

—Entonces vamos juntas, pero dejando que tú marques el camino —dijo—. No tenemos prisa.

Llegaron a la puerta de la casa en la que crecieron y Amalia sacó las llaves del llavero. El gato maulló suavemente, como si quisiera animarla. Entonces Amalia giró la llave y descorrió el cerrojo. La puerta chirrió con familiaridad al abrirse, dándoles la bienvenida.

Nada más cruzar el umbral los recuerdos invadieron su mente de golpe: risas, peleas pequeñas, tardes interminables de juegos y dibujos, la voz de su madre llamándolas a cenar.

—Es increíble... ¿no crees? —murmuró Amalia—. Parece que el tiempo se quedó detenido aquí.

Laura sonrió y empujó suavemente la silla de ruedas por el pasillo, hacia el salón.

—Lo he cuidado todo lo que he podido —dijo con un deje de orgullo—. Sabía que algún día volverías.

El gato saltó del regazo de Laura con naturalidad y comenzó a reclamar el espacio como si fuese suyo. Amalia recorrió la casa lentamente, deteniéndose frente a cada ventana. Se acercó a una de las más grandes del salón, y recordó la voz de su madre, clara y

suave, diciéndole a ella y a Laura: «Abrid las ventanas para que entre la luz, que la vida se siente mejor así».

Inspiró el aire que entraba con la brisa y dejó que la luz inundara la habitación. Cerró los ojos un momento y sintió cómo aquella frase simple contenía toda la fuerza que necesitaba: abrirse al mundo, dejar entrar lo bueno, dejar salir lo que dolía.

—Mamá siempre decía que la luz cambia la forma en que vemos las cosas —dijo, más para sí misma que para Laura—. Creo que... necesito dejar que entre también en mi vida.

Laura la miró con ternura.

—Entonces abre todas las ventanas que necesites, Amalia. No solo las de la casa, también las de tu corazón.

Ella sonrió, con lágrimas brillando en sus ojos, y caminó hacia cada ventana, para abrir las contraventanas con cuidado. Cada golpe de luz que entraba despejaba un poco más de las sombras que había arrastrado durante años. La casa se llenó de claridad, del sol reflejando los muebles, los cuadros en las paredes y los recuerdos acumulados.

—Es... perfecto —susurró—. Me hace sentir que puedo empezar de nuevo.

Laura se acercó con la silla y le tomó la mano.

—Empezar de nuevo —dijo—. Ahora que volvemos a tenernos cerca.

Amalia asintió y se dejó caer en el sofá todavía con la mochila al hombro. Miró cómo el sol se abría paso, sintiendo que la decisión de quedarse en Alicante no era solo geográfica, sino un acto de reconciliación consigo misma, con su pasado y con su futuro.

El gato saltó entonces al sofá con suavidad, como si también reclamara su lugar en aquel momento. Se acurrucó junto a Amalia, ronroneando con insistencia, buscando calor y contacto, como si

quisiera formar parte de aquel pequeño cierre de mundo que acababan de construir. Amalia dejó escapar una risa suave entre lágrimas y le pasó la mano por el lomo, agradeciendo sin palabras su presencia constante.

—Voy a instalarme aquí —dijo con voz firme—. Voy a retomar mi vida, mis cosas, mi espacio... y esta vez no me voy a esconder.

Laura sonrió y le estrechó la mano.

—Bienvenida a casa, Amalia. Tu casa.

Amalia cerró los ojos y dejó que el silencio y la luz llenaran cada rincón de su cuerpo y de su alma. Sabía que aún quedaban desafíos, emociones difíciles y decisiones por tomar, pero sintió que podía enfrentarlos desde un lugar de fortaleza y calma.

Amalia se levantó del sofá y caminó por la casa con paso tranquilo, observando cada rincón, cada detalle que permanecía intacto desde su infancia. Sus dedos rozaban los marcos de los cuadros, los libros alineados en las estanterías, las cortinas que habían visto tantas estaciones pasar. Todo parecía igual, y sin embargo, ella sentía que algo había cambiado: esta vez, era ella quien estaba regresando, y no huyendo.

Y no era solo la casa. Era Alicante entera. Amalia lo sintió de pronto, con una claridad que la descolocó: las calles que había evitado durante años, el sonido del mar que se filtraba incluso en los días más cerrados, las esquinas donde había sido otra persona. Volver no era únicamente una decisión práctica o un lugar donde quedarse; era enfrentarse a una versión de sí misma que había dejado suspendida en el tiempo. Le generaba calma, sí, pero también una leve incertidumbre, como si aún no supiera del todo quién era en esta ciudad ahora que había dejado de huir. Y, sin embargo, bajo todo eso, comenzaba a abrirse paso una sensación nueva, tenue pero persistente: la esperanza de que esta vez Alicante

no fuera un lugar del que escapar, sino un lugar al que pertenecer. La vida, finalmente, parecía tener espacio para ella otra vez.

—Podemos dejar algunas cosas como estaban —dijo Laura, desplazándose con la silla hacia la cocina, tras los pasos de su hermana—. O cambiarlo todo. Como quieras.

Amalia sonrió al contemplar la cocina que en su infancia siempre olía a galletas recién horneadas y café.

—Creo que voy a hacer una mezcla —dijo—. Mantener recuerdos, pero también darle espacio a lo que quiero construir ahora.

Se dirigió a su antigua habitación. Allí estaban sus pósteres de adolescente, sus libros favoritos sobre la estantería, un calendario que parecía haber detenido el tiempo. Todo evocaba de nuevo recuerdos de su niñez y adolescencia, de los días en que dibujaba para Laura, creando historias y personajes que les contaba su madre. Con cuidado, dejó su mochila, llena de todas sus cosas, sobre el escritorio. Era un gesto sencillo, uno que había repetido cientos de veces a lo largo de su vida, pero esta vez llevaba consigo algo distinto: la decisión de quedarse.

Se dejó caer en la cama y cerró los ojos. De repente, un recuerdo volvió con claridad.

*Ella y Laura, acurrucadas en la habitación de ambas, escuchando cómo su madre les contaba historias mientras Amalia las ilustraba en cuadernos improvisados. La luz de la tarde entraba inclinada por la ventana, cayendo sobre las sábanas revueltas y sobre los lápices de colores desperdigados por el suelo.*

*—Había una vez —decía su madre, con esa voz suave que parecía inventar el mundo mientras lo narraba— dos hermanas que no sabían que eran valientes...*

*Amalia levantaba la vista del cuaderno justo a tiempo para dibujar lo que escuchaba: dos niñas diminutas cruzando un bosque hecho de sombras azules, con una mariposa luminosa guiándolas entre los árboles. Laura, a su lado, seguía la historia con los ojos muy abiertos, como si pudiera entrar en ella en cualquier momento.*

*—Una de ellas —continuaba su madre— tenía miedo de perderlo todo. La otra tenía miedo de no ser suficiente. Y aun así, juntas atravesaban puertas que nadie más se atrevía a abrir...*

*Amalia añadía detalles sin pensar: puertas entre raíces, cielos que se partían en colores imposibles, caminos que cambiaban según quién los mirara. Cada dibujo era una extensión de la voz de su madre, una forma de hacerla durar un poco más en el papel.*

*—Porque —concluía ella siempre— cuando las hermanas están juntas, incluso los mundos más oscuros se vuelven un lugar para explorar.*

*Laura sonreía entonces, y Amalia sentía que aquella historia no terminaba nunca, que seguía creciendo entre sus manos, entre sus cuadernos, entre ellas tres.*

Por un instante se quedó así, en silencio, dejando que la imagen de su madre se asentara en ella sin dolor, sino con una especie de gratitud serena. Pensó en todo lo que les había dado: la forma de contar historias para sobrevivir al miedo, la manera de encontrar belleza incluso en los días más difíciles, la idea de que la felicidad no era la ausencia de dolor, sino la capacidad de seguir adelante a pesar de él. Y sintió, con una claridad inesperada, que su madre estaría orgullosa de verla allí, sin huir, sin esconderse más, sosteniendo por fin su propia vida. También la imaginó sonriendo al

ver a Laura y a ella juntas de nuevo en aquella casa, como si todo lo roto hubiera encontrado, al fin, un lugar donde empezar a repararse.

Amalia abrió la ventana más grande de su habitación y dejó que el sol inundara todo el espacio. Inspiró hondo, sintiendo cómo la luz entraba también en su pecho, en sus pensamientos, en cada rincón que había estado cerrado durante tanto tiempo.

—Abre las ventanas para que la luz entre —susurró para sí misma, recordando la voz de su madre—. Y esta vez... la dejo entrar de verdad. Te lo prometo, mamá.

Laura se acercó a la cama, frente a Amalia, y tomó su mano.

—Estoy feliz de que hayas decidido quedarte —dijo—. Y de que estemos juntas en esto.

—Yo también. —Sonrió con alivio—. Ahora puedo retomar mi vida, dibujar, pensar, sentir... y no huir más. Se acabaron las oposiciones, las imposiciones y lo de ir tirando. Se acabó.

El sol seguía entrando, iluminando las paredes y el mobiliario. Amalia tomó su cuaderno de bocetos y comenzó a dibujar, primero tímidamente, luego con más seguridad, como si el tiempo que había estado ausente no hubiera existido. Cada línea, cada trazo, le devolvía la sensación de ser ella misma, completa y dueña de sus decisiones.

—Es increíble cómo algo tan pequeño puede hacerme sentir... entera —dijo en voz alta, feliz de poder encontrarse en aquellas líneas.

Laura la miró y sonrió.

—No es pequeño. Es todo tú. Y yo estoy aquí para recordarte quién eres, si alguna vez lo olvidas.

Amalia suspiró. Sentía que, por fin, estaba en el lugar correcto, con la gente correcta, y que el pasado doloroso había dejado espacio para algo nuevo: creatividad, libertad y amor compartido.

Fue entonces cuando el gato saltó a la cama con suavidad, como si también supiera que aquel lugar ya le pertenecía. Se acomodó junto a Amalia, enroscándose contra su costado, buscando calor con una confianza absoluta. Amalia soltó una risita y le pasó la mano por el lomo con cariño.

—Parece que este gato te ha escogido —rio Laura, divertida.

Amalia se quedó mirándolo en silencio unos segundos. Aquella frase la atravesó con una certeza inesperada. No era solo que el gato la hubiera seguido en los momentos difíciles; era que había estado ahí cuando todo se rompía, cuando todo se reconstruía, como si también él hubiera esperado a que ella encontrara su lugar para decidir quedarse. Y ahora que Amalia también había decidido dejar de huir, entendió que no podía abandonarlo. Había espacio. Había hogar. Había familia.

El gato alzó ligeramente la cabeza, como si la escuchara.

—¿Quieres quedarte conmigo? —le preguntó Amalia en voz baja, casi con ternura—. De verdad... conmigo.

El animal respondió acurrucándose aún más contra ella.

Amalia sonrió, con los ojos húmedos, y negó suavemente con la cabeza.

—Vale... entonces ya está decidido. Te quedas.

Lo acarició despacio antes de añadir, después de un segundo de duda:

—Te llamarás Nilo. Como el río de las historias que nos contaba mamá... el que siempre volvía a casa.

Laura sonrió con ternura, mirando la escena en silencio.

Amalia volvió a apoyar la cabeza en la cama, sintiendo el peso suave del gato junto a ella y la mano de su hermana cerca. Y no tuvo miedo de que aquello terminara.

El día avanzaba lentamente, con el sol bañando la casa de recuerdos, esperanzas y planes por venir. Amalia dejó que la luz llenara cada rincón de su ser, entendiendo que, aunque el camino había sido doloroso y lleno de obstáculos, ahora estaba lista para seguir adelante. Con su hermana, con sus dibujos, con su hogar, con la certeza de que, finalmente, podía abrir todas las ventanas que quisiera y dejar que la luz entrara para quedarse.

Y esta vez no estaba sola. A sus pies, el pequeño Nilo se enroscó con tranquilidad, como si sus caminos estuvieran destinados a cruzarse y convertirse en familia, como si también él hubiera encontrado en ella un hogar.

## Epílogo

### *Tres años después*

El aire olía a pasteles recién horneados y a flores de primavera. La terraza del apartamento de Laura y Jorge estaba llena de globos, serpentinas y risas. La pequeña Elena, la hija de Laura, que llevaba el nombre de su abuela materna, gateaba entre sus padres, haciendo que todos rieran con sus torpes intentos de alcanzarlos.

Amalia entró desde la cocina con el transportín de Nilo entre las manos y una sonrisa tranquila. Ya no era una visita ni una llegada puntual: vivía en Alicante, en la antigua casa familiar, donde había decidido quedarse después de todo lo ocurrido, cuando por fin dejó de huir de su propia vida. Se movía por aquel espacio con naturalidad creciente, como si cada día fuera afianzando un poco más su lugar en él.

Los últimos años no habían sido perfectos, pero sí serenos. Trabajaba desde casa como ilustradora, aceptando encargos que le permitían vivir sin prisa y dedicar tiempo a los proyectos personales que antes siempre posponía. Había recuperado el hábito de dibujar por placer, de llenar cuadernos sin preguntarse si aquello serviría para algo más que para hacerla feliz.

De Gael no había vuelto a saber nada. Durante un tiempo llegaron mensajes esporádicos, intentos torpes de reabrir una conversación que ambos habían dejado atrás. Al final lo bloqueó. No por rencor,

sino porque entendió que algunas historias terminan de verdad cuando dejamos de esperar una explicación más.

Ahora sus días estaban llenos de pequeñas certezas: las visitas de Laura y Elena, las cenas improvisadas, los paseos junto al mar y la sensación, todavía nueva a veces, de que ya no necesitaba escapar de ninguna parte.

Se detuvo unos segundos en el umbral, observando la escena desde allí, dejándose atravesar por la imagen completa de lo que ahora era su presente.

Dentro, su hermana reía mientras ayudaba a Jorge a colocar comida sobre los platos. Él estaba concentrado, haciendo equilibrios con una bandeja llena de *cupcakes* en equilibrio precario.

Laura se giró hacia Amalia, con una sonrisa enorme.

—¡Mira quién ha llegado! —exclamó, abrazando a Amalia con fuerza—. ¡Justo a tiempo para la fiesta!

—No me perdería esto por nada del mundo —respondió ella, devolviendo el abrazo y observando con ojos brillantes a la niña que correteaba por el suelo—. Está enorme...

Jorge sonrió y le dio un codazo amistoso.

—Se parece mucho a su madre —dijo, orgulloso—. Aunque creo que ha heredado algo de mi torpeza también.

Laura se rio y le tendió a Amalia unos platos con comida.

—Por favor, ayúdame a sacar esto antes de que a Jorge se le caiga algo al suelo —bromeó.

Amalia cogió los platos y siguió a su hermana hasta la mesa de la terraza. La pequeña Elena iba tras ellas, gateando, como si quisiera participar también en el movimiento constante de aquella celebración.

Sofía estaba sentada junto a Sergio en la terraza, los dos cogidos de la mano y hablando en susurros llenos de sonrisas. Vivían en

Barcelona, donde ella había terminado dejando atrás la incertidumbre del doctorado para abrir su propia galería de arte contemporáneo, un espacio pequeño pero lleno de vida en el que trabajaba como comisaria, dando forma a exposiciones que conectaban artistas y público. Sergio la acompañaba en esa etapa, mientras seguía desarrollando su obra, y habían viajado hasta Alicante para no perderse el primer cumpleaños de Elena.

Su amiga levantó la vista al verla y sonrió de inmediato.

—¡Amalia! —la saludó, incorporándose un poco en la silla.

Sergio también se giró hacia ella, levantando la mano para saludarla.

—¡Eh! Cuánto tiempo sin vernos —dijo con familiaridad.

Amalia respondió con una sonrisa cálida, sintiendo la naturalidad del reencuentro.

La complicidad entre ellos era evidente, un vínculo que había nacido lentamente a partir de la amistad de Amalia y aquella inauguración de años atrás.

—Elena es una monada —intervino Sergio.

—¡Una auténtica obra de arte! —dijo Sofía, mientras la cogía en brazos—. Vale, lo de mi deformación profesional de «recién graduada» tiene que parar.

Amalia se acercó a la mesa y, con cuidado de que Laura no la viese, sacó de su bolso su regalo y lo dejó preparado bajo un papel de colores. Solo Sofía sabía qué le iba a regalar a la pequeña Elena y también a Laura.

Pero Laura la había visto esconder algo entre las manos.

—¿Qué tienes ahí, Amalia? —preguntó intrigada, mientras ayudaba a colocar los vasos.

Amalia dudó un segundo, como si ya no tuviera sentido seguir guardando el secreto. Respiró hondo antes de responder.

—Es algo para la niña... pero, sobre todo, para ti —dijo con una sonrisa tímida.

Laura la miró con desconcierto.

—¿Para mí? ¿Qué es esto? Amalia... —Hizo una pausa, más seria—. ¿Qué estás escondiendo?

Amalia bajó la mirada, y entonces lo soltó, sin más rodeos.

—Hace meses que firmé un contrato editorial para escribir e ilustrar el cuento de mamá. Lo he estado trabajando en secreto todo este tiempo. Quería terminarlo antes de decirte nada.

Laura abrió mucho los ojos, y se llevó una mano a la boca.

—¿Meses? —repitió, incrédula.

Había sorpresa, pero también una emoción creciente en su voz.

—Amalia... —añadió, más suave, como si empezara a entenderlo—. ¿Has estado haciendo esto sola?

Ella asintió, encogiéndose ligeramente de hombros.

—No sola del todo —murmuró—. Pero quería que fuera algo mío antes de compartirlo. Y tenía miedo de que no saliera bien... o de que no estuviera a la altura de lo que mamá nos contaba.

Laura soltó una risa breve, entre emocionada y rota.

—Siempre estás a la altura de todo lo que haces —dijo, y sus ojos se le llenaron de lágrimas—. Es que... Amalia... esto es enorme. Es nuestro cuento. Es mamá. Es... todo.

Se quedó unos segundos mirándola, intentando asimilarlo, y de pronto la emoción la venció.

—Estoy orgullosa de ti —dijo finalmente, con la voz quebrada—. Muchísimo.

Amalia sintió cómo se le apretaba el pecho, no de dolor esta vez, sino de algo cálido y firme que llevaba años buscando.

—Quería que lo tuvieras tú primero —dijo entonces, más tranquila—. Siempre quise ilustrar esta historia para ti y, ahora, también

quería hacerlo para la niña. Para que tenga un pedacito de su abuela y para que las historias de mamá sigan vivas en nuestras vidas.

Sofía, que observaba la escena desde un poco más atrás, sonrió y se acercó para abrazar a su mejor amiga.

—Es hermoso, Amalia. Me alegra tanto ver lo que has conseguido y verte así de feliz —dijo, abrazándola por un instante—. Lo mereces.

Laura abrió el libro y comenzó a leer en voz alta el cuento ilustrado, mientras la pequeña Elena escuchaba atentamente, fascinada por los colores y los dibujos. Jorge se acercó a Amalia y le guiñó un ojo cómplice.

—Creo que tu hermana te perdonará por todas las veces que la hiciste esperar para recibir algo tan bonito —bromeó.

Amalia rio, conteniendo las lágrimas. Todo el peso de los últimos años parecía disolverse en la luz del día, en las risas de la pequeña y en la complicidad de su familia y amigos. Por primera vez se sentía completa, conectada con quienes amaba y con su propia vida.

Mientras Laura leía, Amalia se permitió mirar a su alrededor: Jorge y su hermana habían trabajado en equipo para crear aquel hogar; Sergio y Sofía, tomados de la mano, habían sido capaces de perseguir sus sueños sin dejar de lado a los suyos; Elena reía con inocencia y dejaba en aquella casa la misma luz que Amalia recordaba en su madre... y ella misma, en el centro de todo aquello que amaba.

El gato se había acomodado en el sofá, acurrucado como si siempre hubiera pertenecido a aquel lugar. Desde allí observaba la escena con calma, y de vez en cuando cerraba los ojos, completamente tranquilo, como si también él hubiera encontrado su hogar.

Amalia sonrió entre lágrimas, sintiendo que, de algún modo, todo encajaba. La luz había entrado por todas las ventanas, incluso las que había cerrado durante tanto tiempo en su corazón.

—Gracias, Amalia —susurró Laura, inclinándose para abrazarla—. Gracias por esto... y por todo.

Amalia la abrazó de vuelta, sabiendo que todo el dolor, las pérdidas y los miedos habían valido la pena. Porque ahora estaban juntos, sanos, reconciliados, y podían mirar hacia el futuro sin sombra ni remordimientos.

Entonces la vio.

Una mariposa azul se posó unos segundos en la barandilla de la terraza. Amalia la observó en silencio, recordando sin querer aquella otra mañana lejana en la que una mariposa semejante golpeaba una y otra vez un cristal, buscando una salida que parecía imposible encontrar.

Esta vez fue distinto.

La mariposa abrió las alas y echó a volar. Ascendió despacio, ligera, hasta fundir el azul de sus alas con el azul limpio del cielo.

Amalia siguió su vuelo mientras, a su alrededor, las risas, las voces y el tintineo de los vasos llenaban la terraza.

Durante mucho tiempo había confundido el dolor con la verdad. Había escuchado el miedo, la culpa y la ausencia hasta creer que eran lo único que quedaba. Pero no lo eran.

Debajo de todo aquello siempre había existido otra cosa.

El amor de su madre.

El de Laura.

Lo que no era ruido.

Y ahora, por fin, podía escucharlo.

Sonrió.

Por primera vez en mucho tiempo, no sintió que estuviera dejando algo atrás.

Sintió que, al fin, había llegado.

## **Agradecimientos**

A mi padre, mi lector más fiel, por haberme hecho creer que lo que hacía valía la pena. A mi hermana y a mi madre, por inspirarme como mujeres y como guerreras. A mi abuelo Máximo, que desde el cielo me acompaña en cada paso con su voz y su poesía. A Jaime, mi compañero de aventuras profesionales, y a mi equipo editorial: Ana, Lidia, Noelia, Isabel y María.

*Lo que no era ruido*  
Javier Gallardo

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra ([www.cedro.org](http://www.cedro.org); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Javier Gallardo, 2026

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño  
Ilustración de la cubierta: © Maria Simavilla

© Editorial Planeta, S. A., 2026  
MatchStories es una colección de Ediciones Martínez Roca,  
sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662664, 08034 Barcelona  
[www.mrediciones.es](http://www.mrediciones.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2026

ISBN: 978-84-270-5553-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

# Table of Contents

Portadilla

Dedicatoria

1. El amor también se mide en silencios concedidos
2. Un tren hacia el lugar del que huyó
3. Un encuentro con el pasado
4. Un hospital con demasiadas ventanas
5. A pesar de todo, sigo aquí
6. Pequeñas treguas de paz (o de guerra)
7. Lo que queda cuando el ruido se apaga
8. El día que amaneció distinto
9. Lo que se mueve en silencio
10. Lo que permanece
11. Un boceto a lo que era y había olvidado
12. A veces la ayuda es no insistir
13. Hay límites que no deberían cruzarse
14. El dolor de los demás también importa
15. Un paseo por el puerto
16. Una llamada llena de esperanza
17. Mucho más que una libreta
18. No olvides nunca de dónde vienes
19. Enfrentarse al pasado
20. Nunca culpes por amar
21. Empezar de nuevo
22. Nuevos límites y nuevas promesas
23. La fuerza de una persona se mide por lo que defiende, no por lo que soporta
24. No nací para ir tirando
25. No fallarte de nuevo
26. Abre las ventanas para que la luz entre

Epílogo

Agradecimientos

Créditos